Premio Unicaja
de Novela
Fernando Quiñones
Xenia
García
Kudryavka
(perra de
pelo rizado)
FundaciónUnicaja
AlianzaLit

Xenia García

Kudryavka
(Perra de pelo rizado)

Alianza editorial

Xenia García

Kudryavka
(Perra de pelo rizado)

Alianza editorial

Los monstruos son reales, y los fantasmas también: viven dentro de nosotros y, a veces, ellos ganan.

STEPHEN KING

Una cosa sé de la muerte. Cuanto «mejor» es la persona, cuanto más cariñosa, feliz y comprensiva, menor es el vacío que deja su muerte.

Manual para mujeres de la limpieza
LUCIA BERLIN

Hijo

Los ojos del Hijo.

Los primeros latidos del corazón del Hijo. Las primeras brazadas en el líquido amniótico. El primer llanto a la vida. Los ojos del Hijo en los ojos del padre. El alumbramiento agarrándose al pecho de la madre.

Los ojos de la madre.

Los primeros pasos del Hijo de la mano de la madre. Los primeros tropiezos de la mano del padre. El abismo acechando entre el padre y la madre. La costra abriéndose paso en la piel de la madre. Engrosando.

La mano del padre despidiéndose. La primera vez que se marchó. La mano del padre soltando la del Hijo. La mano de la madre desatando las noches. Nuevos pasos del Hijo. La primera caída. La segunda caída del Hijo.

La guardería que detestaba. La primera cuidadora supliendo al padre. La primera mujer supliendo a la madre. El primer disfraz del Hijo. Sus primeras palabras. El primer cuento del Hijo. La primera pesadilla. El segundo beso de buenas noches. El segundo llanto. El tercero.

Los ojos del padre en los ojos del Hijo. La segunda cuidadora supliendo a la madre. Los ojos del Hijo en los ojos de la madre.

El primer beso de buenas noches en la distancia. En la soledad del reparto por quincenas, del régimen de visitas. El primer día de colegio. La mañana en que se agarró a la pierna de la madre suplicando no quedarse en el aula. No quedarse nunca. La noche en que se abrazó a la pierna del padre para que no lo dejara. No me dejes. No me dejes nunca. Por favor. La tercera cuidadora supliendo al Hijo. A la madre. Al padre.

Su primer sobresaliente sin goce. Su hambre silenciosa y persistente. Su primer día de instituto. Sus primeros días felices porque ya no necesitaba tanto la mano del padre. Su primer

beso. Su risa abierta porque ya no necesitaba tanto la mano de la madre. Su pelo largo acunado en los hombros. Sus botines del 40. Su futuro cuajado de. Sus planes con el padre. Los últimos latidos del corazón del padre pensando en el Hijo. Las pupilas fijas del padre en la noche. Sus planes sin.

El tutor sacándolo de clase. La madre escupiendo la noticia. El cuerpo roto de la madre. La tristeza haciendo agujeros en el rostro del Hijo, en su mañana. En las pupilas del Hijo. En el número 40 del Hijo. Cubitos de hielo frotándose en la cabeza del Hijo. El tintineo constante. El cuerpo quebrado del Hijo. La hermandad de la muerte entre la madre y el Hijo. La madre lamiendo los cubitos de hielo. Lamiendo la tristeza del Hijo. Su lengua pegada en la escarcha. La soledad en los ojos del Hijo. La despedida en los ojos del Hijo. El desconsuelo en los ojos del Hijo. La renuncia en los ojos del Hijo.

Los ojos del Hijo.

El Hijo.

Hijo.

Ojalá te mueras

La noche en la que lo odio más que nunca, suena el teléfono. El cielo se ha roto.

Qué hay, digo. Tengo cinco llamadas perdidas en un intervalo de veinte minutos de alguien con el que hace más de diez años que no hablo. Un conato por cada dos años de silencio.

La voz me dice: Verás, no sé cómo.

Respondo: Qué.

La voz repite: No sé cómo. Pero ya no está.

Respondo: Calla.

Insiste: Ha muerto.

Suplico: Calla.

Me dice: No sabemos. No sabemos qué ha pasado.

Le digo: Que te calles.

Me dice: Vamos de camino. Parece que ha sido un infarto. En su casa.

Él no calla. En algún lado de mi cabeza hay gritos. Estoy de rodillas en cualquier calle, intentando localizar de dónde proceden los lamentos que escupe mi cabeza. Pero él no calla por más que le pido. Reconozco la voz del hermano menor de mi exmarido, aunque no hablemos desde hace más de diez años. Él no calla, no puede callar. El cielo se ha roto.

Los años de desasosiego con el Hijo y el Hombre me han creado una costra en la piel de unos tres centímetros de grosor. Esa barrera contribuye a que mi apariencia sea calma y mantiene mis órganos a una temperatura constante, a pesar de las inclemencias del tiempo. Por ejemplo, ahora tendría que estar tiritando de frío por la noticia. Aullando. Pero no. Permanezco inalterable gracias a la costra. El hermano del Hombre no lo sabe, no puede saberlo, pensando que tras el tono de voz filtrado por el móvil está la misma niña perdida que conoció hace veinte años y a la que despidió hace unos

doce con un par de besos, cuando anunciamos el divorcio. Él no conoce mi costra.

Continúa: ¿Estás con el Hijo?

No respondo. Siento que se me riza el pelo de la nuca, aunque siempre lo llevo planchado, liso, domado. Tampoco lloro. Qué fea te pones cuando lloras, pero qué fea. Me secaron por dentro siendo chiquitita. La costra.

¿Estás con el Hijo? No le digas nada, por favor. Aún no sabemos qué ha pasado. La policía ha precintado su casa. Ha habido un incendio. Ya te contaremos. Ya te diremos qué hacer. Tú solo ocúpate de que no vaya por allí. De que no aparezca. No le cuentes nada hasta que no sepamos. Por favor. Mañana lo recogemos del colegio.

No le cuentes.

El cielo se ha roto y la culpa es mía, me digo. Soy culpable de la muerte del Hombre porque una vez pensé, hace años, *ojalá te mueras.* Ojalá te mueras para que el Hijo deje de sufrir. Ojalá te mueras para que yo pueda dormir sin sobresaltos, sin llantos, sin dolor. Para que no vuelvas a amenazarme con contarle. Con pedir la custodia. Un ojalá te mueras que concentra todos los deseos de felicidad de los últimos años, licuando el derecho a remontar, a que la casa huela a pan. Pero qué fea te pones cuando lloras, hija, qué fea. No recuerdo si llegué a pronunciar alguna vez estas palabras delante de alguien más que no fuera yo misma. Si dije: Ojalá te mueras. Así. Sin ningún paliativo.

Cuelgo el teléfono. No me han llamado por ser la ex de un muerto. No me han llamado por haber sido la esposa y haber compartido casi una década de vida con el Hombre, sino por ser la madre del único Hijo. Lo maldigo. En medio del dolor maldigo su marcha. Cuando llego a casa, beso al Hijo sin mirarlo. Recuerdo: fingir se me da bien, no es para tanto. Tan solo requiere cierto tiempo para averiguar lo que cada uno quiere escuchar y decirlo.

Te quiero tanto, le digo. Mi costra se reblandece, adelgaza. Cenamos en silencio. Al Hijo ahora mismo no le interesa el telediario. Tampoco si lo quiero o no. He perdido el hábito del artificio. Se presupone que una madre ama a su hijo. No hace

falta expresar obviedades y menos aún a la hora de la cena, justo antes del momento de poner un nuevo episodio de la serie que estamos compartiendo en mi afán por encontrar resquicios en su piel por los que colarme. Vemos *Sex Education.*

Dice: Explícame. Por qué.

Le contesto: No sé por qué. Son personajes. No son reales. Nadie odia tanto porque sí.

Mi respuesta parece satisfacerle o, al menos, no hace ningún comentario más.

Pienso: El padre se ha ido. El Hombre me llamó por la tarde y yo no quise cogerlo. Jamás sabré qué quería de mí. Me han dicho que no puedo decirle, contarle. Y el Hijo, el Hijo siempre arrastrará un por qué sin que pueda ser respondido. A mí siempre me desbordará la culpa.

Mi costra supura: ojalá te mueras.

Él era río

Por ejemplo, cuando nos acariciábamos sin sentimientos definidos.

Mi piel es ahora una extensión de sus ojos. Cuando me besa, cuando me susurra, mi piel lo ata. No dice nada. No digo nada. Únicamente temblamos mientras se empañan los cristales, o nuestros ojos, se nos empañan también los ojos y la humedad de nuestros cuerpos inunda el asiento de atrás del coche de su padre. La noche bosteza fuera. Fuera es invierno. Fuera es campo. Fuera está el romero. Los dientes de león. El brezo. Fuera está demasiado lejos para importarnos ahora. Hace meses que no existe un fuera para nosotros. Ni siquiera el río, al que intuimos próximo. No tenemos hogar donde acudir a los veintitantos. Tenemos hambre, siempre, todo el tiempo y delante de todos, pero ya en esta noche intuyo que no lo conoceré nunca por más que saciemos el apetito con banquetes como este —nunca, no lo suficiente— sino que el hambre continuará sacudiendo nuestros cuerpos de cuando en cuando empujándonos al interior del Citroën gris.

Qué piensas, le pregunto. Clava los dedos en mi pelo. Se enreda. Le gusta enredarse. Me acaricia un pecho, primero con la mano por fin liberada, luego con sus dientes. Retrae la lengua para reservarla. El pezón se endurece y todo mi cuerpo tiembla como las aguas del río que nos rodea allá fuera. Las manos son expertas. No me habla de su familia ni de la soledad de vivir en una casa sin hermanos. No me habla de la Obra. Ni de las preguntas que suenan en su cabeza, todo el tiempo. No me habla más que de la vida y de ese río que ama y que a veces, me explica, acaba en zonas desérticas donde sus aguas se pierden bajo la tierra. Hay mañanas en las que él se siente río bajo la tierra, confiesa. No comprendo entonces el alcance de su confidencia. Tantas cosas que no intuyo. Algunos años después, tendré que escarbar muchas veces en el polvo para

encontrar agua y poder sobrevivir a la sequía. Pero eso será después.

Nada, no pienso nada. Cuando estoy contigo no pienso nada, dice. Y es liberador y doloroso a partes iguales. Le digo: No se puede no pensar en nada. Yo no puedo no pensar en nada. Y sin darme cuenta le estoy hablando de la madre Amparo, de don Pedro, de Valentina y de la muñeca tarada. De mi madre. De que una vez fui Kudryavka o quizás desde entonces. No son juguetes los recuerdos, suspiro. Por eso me detengo y me ofrezco a su boca como una fruta madura.

Me dice: Yo te ayudaré a no pensar en nada.

Y emprende el viaje hacia el otro pezón.

Durante meses, el Hombre me lava, me peina, me baña, me ama. O no. Lava, peina, baña, ama a la niña fea hasta hacerla desaparecer. Usamos el coche de su familia en esta carretera del Aljarafe que persigue al río. Otras veces, cuando el poco dinero que nos pagan en el periódico nos lo permite, escapamos a alguna habitación del centro de la ciudad que se alquile por horas. Descubrimos el Virgen de la Luz y es allí donde regresamos durante meses, porque la chica de la pensión sonríe a pesar de que tiene que aporrear cada vez la puerta para avisarnos de que es la hora, cada vez, de que nuestro tiempo se acaba, como se acaban todos los tiempos. Allí no hay río, pero nosotros lo escuchamos. No fuera, no, sino bien dentro. Si mi cabeza descansa en su pecho, oigo su río correr enloquecido. A veces, el Hombre parece feliz. Puede ser muy feliz en determinados momentos de olvido, cuando su caudal crece y casi se desborda y me arrastra en su locura. En esos momentos de plenitud se levanta, me coge de la mano y comienza a bailar al ritmo de una música que solo él y yo escuchamos, esa melodía provocada por el agua al sacudir las tierras baldías y forzar a la vida en su camino. Así nos movemos y bailamos desnudos en cualquier sitio, fuera del coche, en mitad de la oscuridad, pisoteando la noche y los dientes de león, o en la calle a plena luz del día, a la vista de todos. En esos momentos siento una punzada de felicidad que no se parece en absoluto a la de tener un cromo nuevo ni a cazar un zapatero para Valentina, que apenas duraba unos

minutos. Esta es una dicha desconocida, como casi todo con él, una alegría que no sabemos nombrar, pero que se nos pega a la palma de las manos y a los ojos y a la piel durante varias noches seguidas.

Digo: Qué piensas.

Clarea en las marismas del Guadalquivir. Los pocos coches con los que compartimos el paisaje hace horas que marcharon. El mundo parece recién pintado y los objetos adquieren otros matices y volúmenes, otros contornos nunca vistos, nuevas formas que exigen acercarse para descubrir las pinceladas fascinantes de la vida o alejarse, correr, correr juntos, desnudos, para fundirnos con ese fuera del que tanto hablamos durante tantos meses y que a tan poco nos supo.

Insisto: Qué piensas.

Contesta: Niña de pelo rizado. Cásate conmigo.

Pequeña de pelo rizado

Tengo doce años. Soy fea. Da igual lo que otros digan sobre mi físico. No me importa. Sé que soy fea. Desconfío de las personas que halagan a otras sin venir a cuento. No saben que cuando adulan mis manos, qué preciosas manos que tienes, con esos dedos tan largos y delicados, tan finos; o cuando resaltan que mis ojos almendrados son lo más bonito que tengo, no se dan cuenta, digo, de que en realidad están declarando que eso es lo único hermoso que pueden decir de mi físico. Una fea criatura de bonitas manos. Siempre me han dicho que una mujer hermosa todo lo consigue, pero yo no lo creo. He visto mujeres feas alcanzar sus deseos y manejar otras vidas con solo una mirada o una sacudida de melena. Y también he visto mujeres bellas, como mi madre, ser infelices.

En cada sesión, M. me pide que le hable de mi infancia. De mis primeras relaciones con los hombres. Del Hombre. De cómo ser fea dejó de importar, porque aprendí a mover el culo, a fingirme bonita. Le sorprende que lo haga en presente. Tengo doce años, le digo. El presente es el tiempo verbal de las heridas abiertas, el idioma de mi costra.

Todo empezó un 6 de enero.

Es 6 de enero y Laika está podrida en el espacio. Laika es una perra callejera, rusa, mestiza, al servicio del hombre y de su sueño tecnológico conquistador. Pesa cinco kilos y tiene tres años. Hace cuarenta años estuvo muerta, podrida en el espacio. Antes de ser Laika, se llamaba «Pequeña de pelo rizado». Luego pasó a ser «Ladradora». En el espacio no hay días ni meses ni pelos rizados. Fuera, en el corral, el gallo canta más tímidamente que de costumbre. No lo hace por tristeza ni por Laika ni por mí. No lo hace por nadie. Mamá dice que está enfermo, que a veces se le cae el cuello y se le paralizan las patas. Que pronto tendremos que sacrificarlo. Que para lo que

sirve, bien podría estar muerto. Mamá también me cuenta la historia de Laika. No creo que los gallos entiendan de viajes espaciales. Las perras tampoco sabían hasta que escogieron a Laika. Los gallos de por aquí no entienden de nada, no entienden de muerte, aunque hayan visto mil veces a otros gallos corriendo sin cabeza a su alrededor, regando la tierra de sangre. No aprenden. Gallos, perras, niñas. Y yo, a pesar de la calma y del silencio fuera, llevo un rato con los ojos entreabiertos y quieta en el catre frotándome las piernas contra las mantas para retener el calor.

Escucho cómo mis cinco hermanos resuellan cerca. Chasquean la lengua contra los dientes o contra las mellas, no sé bien. En general, me gusta la compañía de esos sonidos, la certeza de saberme escoltada por cinco varones. Sobre todo en las noches con la oscuridad más pesada, cuando siento mis piernas paralizadas como las patas del gallo a pesar de las manos que me tocan, o cuando sueño con Laika quedándose sin oxígeno allá arriba y no puedo respirar. Yo tengo los pelos rizados como Laika y las patas como el gallo.

Hay otras veces que odio no contar jamás con un rato de silencio y echo en falta tener una hermana. Es entonces, amaneciendo en este cubículo rodeada de mis cinco hermanos, de sus molestos sonidos corporales, de su compañía impuesta, es justo ahí cuando comprendo qué es la soledad y cómo a veces necesito la palabra para luchar contra ella. Es ahí donde se cierra el primer eslabón de una cadena que me atará durante años. Todo esto es por ser la única hembra, estoy segura. Por eso los Reyes Magos han pasado ya doce veces de largo sin reparar en mí. Hay tantas vueltas que darle a la Tierra. ¡Tantas! 2570 veces giró el Sputnik 2 alrededor del planeta, durante 163 días, con Laika ya muerta.

Ser fea, saberlo y que además no me importe es lo que me vuelve intrépida.

Un ejemplo: miento a menudo. A los doce, fingir se me da bien. Es de lo más sencillo. Tan solo requiere cierto tiempo para averiguar lo que cada uno quiere escuchar y decirlo. Entonces mis palabras ocupan el lugar de sus deseos.

Somos palabras. Somos mentiras.

Lo pienso cuando me arrodillo y finjo rezar para que mi madre me vea y crea que aunque soy fea y lista, a veces me porto bien y no todo está perdido. También lo hago en la capilla del colegio. Les dejo creer y por un instante son un poco más felices. Cruzo los dedos y los aprieto. Acerco la boca a ellos y juego a bañarlos con mi aliento. Como no quiero rezar, canto bajito:

Al pasar la barca,
me dijo el barquero,
las niñas bonitas
no pagan dinero;
yo no soy bonita
ni lo quiero ser.

Una y otra vez, sin apenas mover los labios para que no sepan.

Le he dicho a mi madre: Lo que quiero, más que nada en el mundo, más que una hermana, más que una bici, más que ser linda, más que una madre que haga de madre y entienda que no solo tiene cinco varones, es una muñeca. Lo de la madre que haga de madre, me lo callo, claro. Para ahorrarme la paliza y los gritos y porque yo sé que ella sabe sin necesidad de palabras.

Le digo: Una muñeca es una amiga.

Me dice: No seas estúpida. Una amiga no tiene nada que ver con una muñeca, no puede responderte. No te escucha. Está ahí parada.

Le digo: Pero puedo jugar con ella.

Me dice: Juega con tus hermanos. Tienes donde elegir.

Pienso: Odio a mis hermanos. Ellos no tienen que aprender a cuidar a un bebé, ni a una muñeca. Mean de pie. No tienen que esconder lo que les cuelga. Lo sacan cuando quieren, como un arma.

En cambio, le digo: Estoy cansada de sus juegos, solo corren y golpean. No hablan nunca.

Ella dice: Ni tampoco una muñeca.

Le digo: Pero le puedo contar mis secretos.

Me dice: Qué secretos. Qué secretos puedes tener tú.
Digo: Secretos.
Y me marcho.

Por fin ha descansado

Durante las últimas veinticuatro horas los períodos de embotamiento mental están salpicados por apenas unos segundos de lucidez. Tengo los ojos enrojecidos de llorar. Del peso de la llamada que no atendí. De las peleas que tuvimos por nada. Por mucho. De la demanda por impago. Del Hijo que llora lágrimas deshidratadas desde unos ojos que ya no son los suyos.

Nunca más serán los mismos ojos.

El Hombre no va a volver.

El Hombre no va a llamar.

La maternidad te convierte en una actriz hábil. Me cargo de paciencia, esa misma paciencia que aumenta el grosor y la dureza de mi costra. Hace que todo me resbale, aunque bajo la amalgama de plaquetas y sangre late la convicción visceral de que me mienten, de que son una gran mentira.

En el tanatorio, Ellos miran al suelo cuando pregunto: ¿De qué murió?

Silencio.

Que de qué murió. De qué.

Apenas me miran. Responden todos con una única voz: Se le paró el corazón. Algo congénito que no conocíamos.

Ninguno llora. Conozco ese simulacro de afecto y la educación tan controladora de las emociones que ejercita la Obra en sus familias. Se les pide que den la respuesta adecuada en cada momento. El recato en los sentimientos es preceptivo. En los clanes de la Obra, todos saben. El conocimiento dosificado es la masilla perfecta para mantener el ideal de familia. Me sorprende que no conozcan y que lo asuman con esa fría naturalidad, con la franqueza implícita en la mentira.

Nos permiten despedirnos y entramos en la sala diminuta por turnos. No quiero verlo, no quiero tocarlo, porque entonces

tendré que disculparme por haberle deseado la muerte. Ojalá te mueras. Y por no haberle cogido el teléfono aquella tarde en la que quizás me necesitara. Ojalá te mueras, culpa. Y por haberle sido infiel. Ojalá te mueras. Por haberle reclamado judicialmente el pago de alimentos del Hijo. Y le haré preguntas, pero sin signos de interrogación, porque mis preguntas no aguardan respuesta alguna, como tampoco obtenían réplica en vida. Por qué dejaste de quererme. Por qué no cuidabas del Hijo. Por qué te engañé. Ojalá me muera. Ojalá pueda enterrar la culpa contigo. Por qué mentías, siempre, todo el rato.

Hay quien me observa creyendo que lloro por el Hijo. Y sí, claro, también la pena es por eso.

La muerte distorsiona la imagen misma del difunto. La vapulea y le da la vuelta como a un calcetín. El Hombre de carne y hueso es sustituido por su recuerdo, por lo que deseé que fuera. Me doy cuenta de que es su imagen, edificada por mi culpa, la que realmente lloro.

Acabemos de una puta vez con todo esto, me digo. Lo miro apenas unos instantes y no reconozco al Hombre. Lo miro apenas unos instantes. Lo hago por acompañar al Hijo. Sus manos enmarcan la cara del Hombre dentro del féretro. La belleza de los muertos, su descanso, su rostro sin contracciones, por fin, sin tensiones ni amargura. Nunca sabré qué ocurrió, aunque intento ahogar esta punzada de presentimiento, la intuición de que todos saben menos el Hijo y yo, por fin convertidos en un nosotros de forma legítima, o en un ellos. Somos ellos en el centro de esta gran familia, pero yo siento la mentira, huelo la podredumbre de la mentira, se me pega a los tres centímetros de costra como si fuera una mosca fondeando la mierda, esa punzada de engaño que no se esfuma ni siquiera con el olor a cuerpo quemado de este crematorio a pleno sol. Quiero taparle la nariz al Hijo. Qué haces, loca de mierda. Hay algo que Ellos ocultan tras el desconsuelo y que no sé. Pero sabré. Un hedor que ya invade mi pituitaria amarilla. Por fin ha descansado, escucho de la familia. Por fin. Una exhalación de alivio que no responde a los ojos en blanco de una muerte por sorpresa, sino a la sensación

de que si uno espera lo suficiente, si uno acecha pacientemente, si uno lo desea, por más que tarde, al final ocurre algo. Quizás no lo que aguardábamos, pero algo al fin y al cabo que modifique el curso de nuestra existencia. No entienden que yo me acosté con la mentira muchos años, cuando apenas dormía y escuchaba la respiración del engaño en mi espalda. No saben que yo también me senté a esperar para que algo ocurriera, carente de toda fuerza y todo propósito. Ya. No ese algo que ocurrió, claro, pero algo al fin y al cabo. No saben que observé, paciente, durante una década, los pies fríos de la calumnia, sus ronquidos, las uñas sin cortar, la impostura de follar por obligación. Y detrás de Ellos, tras su *por fin,* Dios. Siempre presente.

Dicen: Recemos un padrenuestro.

Yo también rezo:

Al pasar la barca,
me dijo el barquero,
las niñas bonitas,
no pagan dinero.

Secretos

No sé por qué quiero una muñeca, le miento a M. No sé si porque es algo que mis hermanos nunca desearán y entonces será solo mía —no algo que compartir, ni que trocear ni defender—, o es porque mi madre piensa que si deseo una muñeca en el fondo no soy tan rara y me parezco a las otras niñas. Casi todas las niñas de la clase tienen una. Las niñas de mi clase son idénticas, uniformadas, pulcras, con su pelo lacio recogido en una cola y cierto temor en los ojos. Cuando se les escapa un mechón, lo colocan inmediatamente detrás de la oreja. Si pellizcas a una sola, todas se revuelven y gritan y lloran para que las hermanas vengan y te aticen. Todas son una, como mis hermanos. No soy como ellas, no sé cuidar de los demás, no quiero cuidar de nadie, ni vestir un bebé, limpiarle el culo o cantarle hasta que se duerma. Tampoco pienso cuidar a mi madre cuando esté vieja, enferma y sola en el mundo, cuando sus ojos dejen de ser tristes y se vuelvan saltones y secos, aunque ella me haya impuesto esa tarea desde que murió papá. Cuando yo sea viejita y cuides de mí, cocinaremos juntas, me dice. Pero yo solo alcanzo a oler su enfermedad futura y su boca desdentada, su veneno.

Tampoco soy como las hermanas. No soy como ninguna chica de este lugar. Sé muchas cosas, muchas, pero aún no he conseguido averiguar por qué razón puedo ir al colegio si en casa apenas hay para comer, si no tengo nada que ver con las niñas de mi clase ni con las monjas. Valentina me dijo una vez que se me permite ir a clase porque mi padre hizo algo importante por ellas. Están pagando una deuda y solo por eso me aceptan, aunque cuando terminan las clases la madre Amparo me manda limpiar la pizarra, los pupitres, los suelos y el retrete. Las raras, las diferentes, tenemos siempre que pagar un precio para que nos dejen un hueco: en la clase, en la piola, en la gallinita ciega, en las siete y media. Ninguna niña

pregunta al día siguiente quién ha limpiado su mierda. Creen que no haciéndose preguntas sus ojos van a estar más libres de miedos. Pienso en papá y en que a él sí lo hubiera cuidado. Papá era un valiente como yo.

Aun así, pido a gritos y a todo el mundo una muñeca. Me digo que las razones no siempre importan.

Mamá es bonita y la hermosura no le ha servido más que para parir siete niños y tener los ojos cansados y llenos de nubes. Uno de los bebés se le murió en el parto, pero en casa nunca se habla de eso. Es raro pensar que infelicidad y belleza puedan ir juntas, pero a mamá le corre la tristeza por las venas. No es que la padezca, es que ella misma es desgracia. Yo prefiero ser fea y tener ganas de hacer cosas, de vivir. O ser como Valentina, que es bonita y encima tiene todo lo que desea, no porque se lo merezca, porque lo haya peleado o suplicado, no, sino porque todo le viene dado. Esa despreocupación en los ojos la hace más bonita aún.

Valentina y yo somos amigas por un pacto de sabiduría, como yo lo llamo. Un pacto basado en el conocimiento mutuo de nuestros límites y debilidades, en el pacto silencioso de nuestras complementariedades.

Yo soy fea y ella bonita.

Ella tiene la piel suave y traslúcida, mientras que la mía es oscura, a veces por el sol, a veces por la mugre. A ella no le gusta su nombre pero a mí me parece diferente, único y exquisito. Preferiría mil veces llamarme Valentina a Pepa. Si me llamara Valentina podría incluso fingir no ser de aquí, estar solo de paso. Ella tiene una Nancy y muchas Barriguitas con la piel brillante que parece porcelana. También una caja de Alpinos de colores, siempre largos, siempre intactos. Es tan fácil cuidar lo nuevo. A las cosas viejas entran muchas ganas de abandonarlas o incluso de terminar de romperlas. Yo tengo lápices menguados, algunos inservibles, porque masco las puntas de colores para teñir los chicles que a veces me compro con los duros que me da a escondidas don Pedro cuando voy a su casa. Masticados junto con la punta de los lápices, los chicles parecen de sabores, aunque el gusto es el mismo. La gente te trata diferente cuando masticas chicles de sabores.

Nunca cuento que el color es de mentira. Tampoco dónde consigo los duros ni que después, a solas, tengo que escupir los restos de punta que quedan entre las muelas para que no duela.

A veces el deseo me puede y le quito algo de su cartera: un lápiz, una hoja de la libreta, un cromo. Luego, en casa, tengo que esconderlo bien para que mis hermanos no lo encuentren. La felicidad de tener un cromo nuevo dura apenas unos segundos. Me pregunto entonces si vale la pena. Algunos días siento un pellizco en la barriga por lo que he hecho, aunque desaparece tan rápido que vuelvo a hacerlo en cuanto aprieta el hambre por acariciar cosas bonitas. En esas ocasiones le propongo ir juntas al descampado cerca de su casa y jugar a la caza del zapatero para que se olvide. De todos los juegos, la caza del zapatero y saltar a la comba mientras ellas cantan «Al pasar la barca» son mis preferidos. Encontramos cientos de ellos. Elijo uno bien hermoso. Lo cojo por las alas. Valentina grita: ¡Pobre! Pero se acerca cada vez más con esa excitación en los ojos que conozco bien. Las niñas hermosas también mienten, solo que a ellas las creen sin fisuras. Eso lo descubrí un poco más tarde, y por eso cuando me propongo mentir lo hago del todo, fingiendo ser quien no soy, creyéndome guapa y bonita y poniendo los ojos chiquititos, tocándome el pelo, sonriendo mucho y abriendo tímidamente la boca. También meneo las caderas. Creer de verdad que somos algo obliga a los demás a creerlo también.

Ella grita: ¡Pobre! Pero no lo siente. Por eso no la creo. Un poco más tarde, de vuelta a su casa, le ato un hilo en la cola al zapatero y lo amarro a su ventana, mientras las dos matamos el tiempo viendo cómo el bicho intenta escapar sin conseguirlo. Así son mis regalos: de colores, traslúcidos como la piel de Valentina, de brisa hecha de aleteos de zapateros queriendo libertad, ofreciéndole el espectáculo más bello, más que sus lápices Alpino, su Nancy de ojos azules, su Cinexin y los cromos que de vez en cuando le robo.

En clase, nos sentamos juntas en el pupitre y con mi proximidad parece más hermosa, más nívea, más delicada y singular. Ella lo sabe. Yo lo sé. Es nuestro pacto de sabiduría. A

veces dice: Explícame esto de mates. Se lo explico. Sé que soy lista, de igual forma que sé que no soy bonita. En unos años, Valentina se casará y ya no necesitará que yo le explique los diagramas de Venn. A mí, sin embargo, me servirán toda la vida.

Nos encontraremos mucho tiempo después por la calle, ella de la mano de dos críos impecables como su caja de Alpinos; Valentina afectuosa, atenta, dócil, todas las necesidades de su hombre y de sus hijos satisfechas. Me la encontré años después, digo, cuando ya había lavadoras, lavavajillas, aspiradoras y las mujeres que no sabían mates valían un poco menos. Se alegró de verme, aunque apenas si podía hablar, mientras sus ojos se llenaban de nubes. Exactamente como los de mi madre. Creo que la boca lenta era por los antidepresivos. Me habló de las bondades de tener un robot de cocina. Yo nunca he deseado tener un robot de cocina. En realidad, soy capaz de desayunar, comer y cenar todos los días en las tascas del centro.

Pero no es de Valentina de lo que quería hablar —le digo a M.—, sino del momento en que empezó todo y que me empuja a estar ahora desalojando el piso de mi exmarido muerto.

Lista de 27 pasos para que pida la admisión una chica al mes

1. Conocerla.
2. Quedar para salir a hablar de pájaros y flores.
3. Fomentar la amistad con actividades que le apetezcan: deporte, excursiones, aprovechar planes divertidos que se monten desde el centro.
4. Acudir al centro.
5. Empezar a estudiar en el centro. Halagar las instalaciones y las facilidades que se ofrecen.
6. Visita a los pobres.
7. Encargo material o ayuda en el centro: hacer el turno, poner ornamentos, etc.
8. Meditación.
9. Traer alguna amiga por el centro.
10. Charla de formación, si es posible con amigas.
11. Oración: enseñarle y quedar todos los días para hacerla, proporcionarle tema y siempre recoger y anotar lo que haya sacado.
12. Dirección espiritual.
13. Constancia. Hablar todas las semanas: fijar día y hora.
14. Círculo.
15. Plan de vida I (diez minutos de oración, ángelus, visita; tres días, misa).
16. Curso de retiro.
17. Plan de vida II (quince minutos de oración, ángelus, visita, rosario; tres días, misa).
18. Convivencia de fin de semana.
19. Libro sobre la Obra.
20. Plan de vida III (veinte minutos de oración, ángelus, misa todos los días, visita y rosario).
21. Película de nuestro Padre: devoción a nuestro Padre.
22. Convencer al Consejo local.

23. Hablarle para pedir admisión y visita a los pobres de la Virgen, si no lo ha hecho.
24. Conversación con la directora.
25. Preparar conversaciones breves con el sacerdote: que pase y le cuente lo que va viendo en la oración y sus propósitos.
26. Romería para pedir luces.
27. Carta de admisión.

Cuéntame algo que hayas aprendido hoy

6 de enero. Era 6 de enero.

Diría que puedo escuchar cómo mis cinco hermanos resuellan a mi alrededor. Yo soy parte de ellos, me confundo con ellos. Mi madre se refiere a sus hijos y ahí entro yo y el bebé muerto. Mi madre habla de sus hijos y eso también me incluye. Yo soy ellos pero ellos no son yo. ¿Tiene sentido? Ellos se sienten nombrados y yo invisible. Hay veces que me pongo el vestido del revés para que me vean. Y entonces todos me ven. Resulta igual de divertido que fingir ser otra persona. Me giro en la cama mirando la pared, poniendo las manos heladas entre las piernas para intentar volver a conciliar el sueño. Las manos frías me despiertan el hueco. A veces me froto, pero me cuesta mantener la concentración y el silencio con todos a mi alrededor. Eso me cabrea. Oigo un nuevo cacareo —esta vez más vigoroso— y me apresuro. Tengo que correr si quiero llegar la primera. Recuerdo al fondo de la habitación la escupidera de metal bajo la cama de mi hermano mayor. Él ocupó el lugar de papá y por eso goza de numerosos privilegios, desde los más sencillos, como guardar la escupidera bajo su catre y así no tener que caminar en mitad de la noche o comerse el trozo de pan más grande, hasta aquellos de los que no puede hablarse porque solo los escuchan los muros del hogar.

Dudo un instante, pero prefiero mi privacidad a las bajas temperaturas, así que me calzo a oscuras las botas raídas heredadas de mis hermanos. ¿Del cuarto o del quinto? Salgo hacia el patio comunitario. Hace frío, pero hay mañanas en las que siento más frío dentro. Continúo caminando hasta resguardarme tras los tablones de madera que marcan las fronteras del baño. Estornudo. Busco el agujero del suelo que sé lleno de moscas y estoy a punto de sorberme los mocos cuando el olor empieza a ser insoportable.

Detesto salpicarme las botas y las piernas, aunque sea de mi propio fluido. Separo aún más las piernas intentando guardar el equilibrio. No respiro durante unos segundos ni me sorbo los mocos para no tragar la peste. Extiendo el brazo derecho y alcanzo los trozos de papel de periódico que hay colgados de una puntilla mohosa. Antes de limpiarme veo en una de las páginas la imagen de Laika metida en un armatoste. Me da pena lo que le ocurrió hace más de cuarenta años, pero me limpio con ella lo más rápidamente que puedo para que las moscas no se metan entre mis piernas y aniden.

Fuera gritan: ¡Pepa! ¡Pepa! ¿Dónde estás, Pepa? ¡Ven acá, Pepa! ¡No te vas a creer lo que hemos visto! ¡Peeeeeepaaaaaaa!

Grito: ¡Ya voy!

Me olvido de Laika. Entro en el cuartucho y veo a mis hermanos saltando, excitados, tirándose aquello unos a otros. Es una muñeca.

Gritan: ¡Pepa, Pepa! ¡Mira lo que dejaron los Reyes!

Yo me quedo inmóvil y cierro fuerte los puños. A veces la alegría y la rabia se me confunden. Doy un paso adelante y extiendo los brazos para que me den la muñeca. No hablo. No puedo.

Gritan: ¡Qué fea! ¡Qué fea es! ¡Es un monstruo! ¡Es como tú, Pepa!

La veo volar de un extremo a otro y desde donde estoy me digo que no es fea. Tiene la cara gorda, el pelo con tirabuzones rubios y un vestido almidonado. La miro de lejos. Continúo con los puños apretados. Cuando se la lanzan a mi hermano pequeño, me arrojo contra él con todas mis fuerzas. Es más flaco y más bajo que yo. Más cobarde. Lo empujo, le quito la muñeca. Se golpea la cabeza contra el muro. Llama a mamá, gritando. Llora, pero yo ya me he ido corriendo a donde Valentina con la muñeca pegada a mi pecho.

Las calles están vacías. Ya puedo contarle mis secretos, me digo. Por ejemplo, lo del vecino. El pago por asistir a clase en un colegio de señoritas no solo incluye limpiar su mierda, sino también hacer visitas. A veces basta con hacerle compañía a alguna vieja, leerle o ayudarla a desplumar un pollo o recoger los huevos de las gallinas. Otras, la madre Amparo me pide que

le haga compañía a un vecino viudo que se siente solo. Me lo dice en voz muy baja y al oído, no sé si porque piensa que así Dios no la oye.

Durante mucho tiempo voy a casa de don Pedro únicamente para jugar a la peonza que él guarda en una caja de madera. Él se sienta y me mira. Luego, un día, me pide que me quede un rato más y me ofrece un vaso de leche fresca y un chicle para luego. El envoltorio es rosa y pone «Boomer» en letras bien grandes. La primera vez no puedo contenerme las ganas y lo pruebo incluso antes que la leche. Temo que me riña, pero no parece un padre, no se parece a ningún hombre que yo haya conocido ni tampoco creo que sea un tipo de esos que regaña por tonterías así. El chicle es de fresa de verdad, por eso me quedo.

Me dice: Siéntate un rato. Me siento en una silla de la cocina y comenzamos a charlar mientras el sabor a fresa va desapareciendo. Su casa es luminosa y tiene hortensias y mariquitas por todos lados. Baja la radio para que podamos entendernos. Marifé de Triana y Juanito Valderrama apenas se escuchan ya. Él no alaba nada de mi físico. Eso me gusta. Cuéntame algo que hayas aprendido hoy, me dice. Don Pedro pronuncia todas las letras al hablar, sobre todo las eses. Le cuento de Laika y de los rusos. Le digo que mi pelo es rizado como el de Laika. Y que a veces me siento como ella. Se ríe.

Dice: ¿Laika tenía el pelo rizado?

Contesto: Antes de llamarse Laika se llamaba Kudryavka. Significa «pequeña de pelo rizado». Ellos le cambiaron el nombre.

Decir una palabra en ruso me hace sentir mayor. Veo a través de la ventana que atardece y el campo se llena de sombras. Don Pedro ha dejado de escucharme y ahora está pegado a mí. Su aliento se mezcla con el olor a fresa del chicle. Me acaricia el pelo. Pero qué lista que eres, Pepa. Las eses que pronuncia se me meten por los oídos y me hacen temblar un poco. Así nos quedamos un rato, quietos, con las eses sacudiéndonos. Enciende un cigarrillo y lo posa en mis labios. Los abro un poco y pienso que no siento ningún asco por la humedad de la boquilla. Lo que de verdad me da ganas de

vomitar es limpiar el retrete de la escuela. Así que abro los labios y aspiro. Nunca toso.

Del mismo modo que en el colegio las niñas no preguntan por la mañana quién ha limpiado la noche anterior, la madre Amparo nunca se acerca para interesarse por lo que ocurre durante las visitas a casa de don Pedro. Tampoco yo le cuento a nadie que cada vez él me mete en la palma de la mano un duro, toma, para que juntes para esa muñeca, o para chicles, o para lo que tú quieras, me dice. Cuando se dirige a mí ya nunca me llama Pepa. Kudryavka, me susurra. Para lo que tú quieras, Kudryavka. Me hace sentir diferente en este llano de todas idénticas.

A veces sí, a veces me gasto algunas pesetas en chicles de sabores para no usar las puntas de los lápices de colores y tener que escupir luego.

El Hombre estaba muerto mucho antes de morirse

—¿Y vivo por última vez? ¿Cuándo lo vio? ¿Notó algo extraño?

La muerte es como un par de patines viejos con las cuchillas gastadas derrapando por los cuerpos de amigos, familiares y vecinos, dejando una huella tan débil y blandengue, tan poca cosa, que la olvidamos enseguida. Hasta que se ancla. Un día se ancla y ya. Por eso no hay una muerte final y definitiva, sino que en esta Sevilla nuestra todos tenemos algún vecino, familiar o amigo que ya llevaba semanas, meses incluso, muerto. Mucho antes de morir. ¿Cuándo muere uno? ¿Únicamente cuando la carne podrida empieza a oler? Qué quiere que le diga, señor policía, si es la purita verdad. A mis sesenta, cuento ya con varios surcos de trineos sobre mi cuerpo. Son tantas las anécdotas que tenemos de ellos, de los vecinos muertos, con sus chascarrillos de buena voluntad y entrega vecinal, que pudiera uno pensar que están bien vivos, pero no. Como aquel día que nos ayudó a montar el escenario para la velá y la recaudación de fondos. ¿Sabe? Nos hacía falta un tío grande y forzudo y allí estaba él. Nos montó el escenario. Los niños le aplaudieron y todo. No imagina la cara de los chiquillos. Así que no sabría decirle. Hacía años que andaba por el barrio como una sombra. Era uno de esos tipos que se van alejando poco a poco de la vida. Que un día no vienen a la reunión de comunidad y al siguiente, sin razón aparente, dejan de saludar al cruzarse contigo por la escalera. Hasta que un día llamas a su puerta para pedirle sal o comentar sin más de los nuevos vecinos del sexto acabados de mudar, con esa piara de chiquillos todo el día montando follón, y ya no te abre, agazapado tras la mirilla. Pero sabes que está ahí detrás. Lo oyes respirar, aunque esté bien muerto. Ese tío dejó de vivir hace mucho, señor policía, aunque

respirara. En realidad es lo único que hacía: un silbido vago e impreciso, sin llamar mucho la atención. Todo el día como esperando algo.

Si me lo encontraba por la calle o desayunando en el bar de abajo con el Hijo, entonces era diferente. Ahí sí que me saludaba, claro, y me hablaba con entusiasmo de sus proyectos y de sus viajes. El tipo viajaba mucho, ¿sabe? A muchos países. O eso contaba. No sabría decirle, agente, no sabría explicarlo, pero siempre hubo algo fantasmal en su forma de deslizarse, como una pose, una mentira, como un trineo en pleno centro de la ciudad. Pero fue muy buen vecino, eso hay que reconocérselo. Pobre. Tan joven y ya muerto desde hacía tanto. No montaba jaleo ni hacía fiestas ni nada. Trabajaba por la noche, eso sí. Dejaba una mínima luz encendida que a veces se veía por el descansillo. Como si tuviera miedo a la noche. No es que a mí me importe, señor agente, cada cual con su vida, pero yo también trabajo de noche y a veces llegaba tarde y ahí estaba esa luz, detrás de la puerta. A las dos, las tres, las cuatro de la mañana. Eso sí, con el Hijo delante todo era entusiasmo y promesas y preparativos. Vamos a ir a este sitio, y a este otro, en cuanto acabe mi libro, en cuanto deje enjaretado el proyecto que tengo entre manos, nos pegamos un año sabático los dos. ¿Sabe? Le va a decir a la madre que se viene a vivir conmigo. Solo es cuestión de tiempo. Poco, ¿verdad, Hijo? En poco tiempo, todo resuelto.

Pero luego me lo volvía a cruzar en la escalera y quizás, con mucha suerte, me regalaba un movimiento de cejas, o de cabeza, pero sin una palabra. Es terrible no saber qué le pasa a un tipo con el que te encuentras a menudo, un tipo que un día se comporta como un amigo de la infancia que te pone su mano en el hombro y al día siguiente parece un extraño. Ese no saber qué le pasa es lo peor. Aunque nunca le pregunté, claro. Somos muy respetuosos con la vida de los vecinos, no vaya usted a pensar. Así que verlo, señor agente, lo vi aquella mañana cuando salía a tirar la basura, aunque no era la hora, señor agente, y le aseguro que él conocía bien las normas del vecindario, y la basura hay que tirarla por la noche. Pero pobre. Qué iba a imaginar él que todas estas cosas dejarían de

tener importancia: tirar la basura a deshoras, pagar la comunidad con retraso, no abrir la puerta al vecino. Gilipolleces frente a un infarto siendo tan joven, con toda la vida por delante, aunque ya le digo que yo pienso que estaba muerto. Porque, ¿cuántos tenía? ¿Treinta y cinco? ¿Cuarenta? Un infarto a los cuarenta y luego toda esa bulla, el incendio, la casa precintada por la policía, el grupo de homicidios preguntándonos a todos. Y la Niña, la Niña gritando escaleras arriba, que nunca entendimos qué hacía la Niña metida todo el puto día en su casa, descalza y sucia, aunque no nos importe ni nos incumba. En fin, señor agente, que el Hombre llevaba ya muchos meses muerto; muerto y solo. Ahora, cuando subo a casa, hay veces que me parece sentir una sombra que levanta la ceja. Ya sé, ya sé, los fantasmas no existen, pero yo no puedo evitar acordarme en el descansillo de su puerta del día que nos ayudó a montar el escenario para la velá y de que quizás, ese día ya, mientras sostenía el trompo con ese porte tan seductor y tanta seguridad en sí mismo, ese pobre hombre estaba ya bien muerto.

—La misma mañana, sacando la basura. Pero el capullo ni me saludó.

Prohibido prohibir

Te gusta pisarle. Te cautiva la velocidad, ver pasar el mundo sin contornos. ¡Más rápido, papá, más rápido!, te grita el Hijo desde la sillita trasera. Lo miras a través del espejo interior y ves sus enormes ojos brillando de orgullo. ¡Más rápido, papi! Pisas el acelerador. Los olivos son una mancha de tonos pardos. Tú sabes que son olivos porque recorriste mil veces esta ruta hacia el mar. Os deslizáis por la autopista prácticamente desierta. No hay que tenerle miedo a la vida. Ni a la muerte, ¿me oyes? No hay que tener miedo a nada. El Hijo toca las palmas. Prohibido prohibir, ríes. ¡Prohibido prohibir!, grita.

Tendrías unos cinco años cuando pensabas que el intermitente del coche era el salvoconducto para girarlo. Si no usabas el intermitente, el coche simplemente no podía modificar su dirección. Esa simplicidad de tu mundo perduró algunos años: luz parpadeante a la derecha para girar a la derecha, luz parpadeante a la izquierda para girar a la izquierda. Y todo estaba en orden y en calma, porque papá siempre accionaba la palanca en el momento perfecto, oportuno, justo. Para que las ruedas viraran y el cosmos siguiera su curso.

Una tarde, en plenas Navidades, tendrías ya seis o siete, fuisteis los tres en coche a hacer recados. Todos tus hermanos mayores habían volado, unos para alistarse en la Obra y otros para huir bien lejos de ella, pero tú, al recordarlo, sabes que te criaste como hijo único en una casa donde cada objeto tenía un pasado y respondía a una ausencia. Los recados solían hacerse en familia, en clan, porque si no recibían el nombre de «mandadito». ¿Dónde fue papá? A un mandadito. ¿Por qué no viene papá? Está haciendo un mandadito. Intuiste pronto que los mandaditos eran los secretos confesables de los hombres de la casa. Salir a fumar, tomarse un carajillo. Mandaditos. Tú, en

unos años, tejerás los tuyos propios al resguardo de la mirada de los demás.

Papá y mamá entran en una tienda de pequeños electrodomésticos. En la puerta, un Papá Noel regala caramelos y escucha deseos infantiles, mientras tú esperas paciente en el coche, siempre fuiste un niño bueno y obediente, todos lo dicen, el dócil, hasta que un día tu cabeza haga crac y todo se tuerza y nada salga como ellos esperan, hasta que un día pretendas tomar un camino distinto al que te diseñaron, y entonces… Lo observas desde la ventanilla. No recuerdas bien cómo ocurrió, pero sabes que en la vida hay simultaneidades indescifrables, de modo que a la vez que ellos entran en el coche con sus paquetes, tú te atreves por fin, y sales de él.

Le pides caramelos al Papá Noel, aunque en realidad tu propósito es otro, pedirle, suplicarle, que no deseas entrar en la Obra, sea lo que sea. Ahora mismo solo tienes un pensamiento, el caramelo en tu boca. Pero sabes que cuando el dulce se deshaga, volverás a sentir la angustia. El desconsuelo es un aullido que te sube por la garganta, se te enreda en los dientes y vuelve a bajar, intacto. Te acercas a él y observas, con cierto asombro, que bajo la barba blanca no hay ni una sola arruga pero sí vellos negros que quieres tocar. También piensas que es imposible que este Papá Noel de doble capa pueda retener todos los deseos escupidos por los niños. Menos aún hacerlos realidad. Tampoco te convence su ridícula voz, pero ahora mismo solo quieres algunos caramelos, así que vale, te dices, vamos a fingir que creemos la historia completa, como cuando papá se va a hacer un mandadito y vuelve con olor a tabaco en la ropa y los dedos y mamá finge también. Te acuerdas de tus padres y los buscas con la mirada, pero el coche ha arrancado sin ti; lo distingues a lo lejos, avenida Luis Montoto abajo, sin —¿cómo demonios era posible, eh?— sin poner el intermitente izquierdo para incorporarse en su correspondiente carril.

En esta ocasión, tu orfandad duró apenas unos minutos, claro, el tiempo necesario para que, según te contaron, papá pensara qué callado va el niño, para que mamá dijera qué callado va, sí, para que uno mirara por el espejo retrovisor sin verte, mientras papá forzaba un cambio de sentido sin

intermitente.

Desde que fuiste testigo del primer giro sin intermitente te has dedicado a observar quién los pone. Ya no en el coche, no, sino en la vida. Quién lanza una luz a la izquierda o a la derecha para facilitar la comprensión de los otros. O quién exhibe su luz derecha para girar a la izquierda y provocar desconcierto. Hay tardes como hoy en las que la luz del atardecer te recuerda a todos los intermitentes doblegados y durante unos minutos vuelves a sentirte un niño solo apretando en el puño un caramelo, mientras te reprimes el deseo de tocar las barbas reales y oscuras que hay bajo todas las demás postizas y observas cómo las horas desaparecen por el horizonte de olivos sin un intermitente al que agarrarse.

Informe de conciencia sobre un supernumerario

Ref 2570/20, 1

1. Inteligente y ordenado. Sentimental. Con don de gentes. Tiene un carácter peculiar que se manifiesta en sus gustos, aficiones, y en su afectividad.
2. Cumple el plan de vida. Es sentimental en la oración, que sale bien si hay afectos: alegrías, penas, enfados… Le resulta más complicado hacer la oración con un libro, meterse en las escenas del Evangelio, profundizar sobre algún aspecto más concreto.
3. Es un chico de gran sensibilidad al que afectan mucho las cosas y que da demasiadas vueltas a todo. Especialmente, necesita sentirse atendido y comprendido por los demás y sentir también que sus preocupaciones y esfuerzos sean valorados o al menos tenidos en cuenta. Por ejemplo, si pasa una propuesta o hace alguna sugerencia al director, parece importante que reciba pronta contestación o al menos unas palabras que le sirvan de acuse de recibo; en todo caso, es mejor darle un no por respuesta —con las motivaciones que sean oportunas— que no contestarle. Sabe que tiene que crecer en humildad y docilidad. En la charla fraterna también da mucha importancia a sentirse comprendido y querido.
4. La situación familiar le pesa. De alguna manera piensa que es el único capaz de resolver esos problemas. Le hemos explicado que, si bien es cierto que puede y debe hacer mucho, aunque sus hermanos se hayan marchado no debe sentirse imprescindible, ni sentir que la resolución de todo el problema familiar depende de él. Reza y se mortifica por este motivo.
5. Debe seguir creciendo en madurez, sentido común y

conocimiento propio. Es cumplidor, pero le falta rectitud de intención y poner amor de Dios en las cosas.

6. Últimamente le hemos insistido en moverse por motivos sobrenaturales y desarrollar una actividad seria, en el trabajo y en el encargo apostólico, huyendo de los caprichos y de lo que no supone esfuerzo. Es poco constante y le cuesta someterse a un horario de trabajo continuado. Tiene que amar más la cruz, también para vivir el desprendimiento de sus propios juicios, de los gustos personales y del afán de pasárselo bien: planes de descanso, deporte, cine, lecturas, etc. Aunque el origen de su situación es la falta de virtudes, tanto humanas como sobrenaturales, no dejan de sorprender la reacciones que manifiesta, muy lejos de las que corresponderían por la edad que tiene.
7. Sigue con algunos juicios críticos hacia ciertos asuntos de nuestra familia. Con la soberbia se mezclan cuestiones que no entiende o no ha asimilado; le conviene tratar esas cosas en la dirección espiritual, también para aclarar dudas y lo que no comprende. Su carácter fuerte y algo caprichoso, con algunas reacciones desproporcionadas que no está acostumbrado a dominar, contribuyen a crear conflictos internos y a agrandar algunos juicios críticos. Esta situación le hace sufrir y le lleva a dudar de su capacidad para superar el alejamiento de los Directores que le provoca. Actualmente parece estar más tranquilo y contento. Le hemos insistido en que hable con sinceridad antes, sin dejarse llevar por las primeras reacciones, y que concentre su lucha en el día a día, sin preocuparse de hipotéticas dificultades futuras.
8. Le conviene tener un trabajo con un horario bien determinado y del que tenga que rendir cuentas. También le vendrá bien un encargo apostólico atrayente para que pueda tomar gusto a la labor.
9. Se ha dejado llevar por algunos caprichos en los últimos meses —en dos ocasiones ha ido a dar un paseo a la playa en vez de ir al club, y en otra ha ido al cine, también en horario del club—. Después de estos episodios ha acudido

con prontitud a la dirección espiritual.

10. Al final del verano comenzó a replantearse problemas de perseverancia. No fue sincero: en la charla fraterna solo manifestó su deseo de volver a Sevilla para reincorporarse al mundo laboral, un poco cansado del ritmo de trabajo de interno y de lo arduo de la labor del club. Le hablamos de la conveniencia de que permaneciera en Valencia tal como se le había explicado a final de curso, para consolidar las disposiciones y hacer hábitos en la virtud de la laboriosidad y la fortaleza, a la vez que iba poco a poco resolviendo el espíritu crítico. […]
11. Tiene muchos amigos. Algunos frecuentan la labor. Habla con ellos de Dios, hace romerías y todos los años asiste con algunos a la novena de la Inmaculada. Tiene prestigio entre los padres del club.
12. Tiene facilidad para el trato con mujeres. Últimamente abusa de actividades con una chica que no es del círculo.
13. Padece sinusitis crónica; esto junto al nerviosismo hacen que se desvele con frecuencia. Alguna vez ha tomado pastillas que le ayudan a dormir mejor, pero prefiere no hacerlo; a veces basta con que se acueste antes un día de la semana. Debe salir a correr al menos cada 15 días. Disfruta con el cine, leyendo o en una buena visita cultural. Hay que vigilar su peso y animarle a comer, a veces pidiendo algo que le guste más.
14. Tiene muy buenas condiciones para el encargo apostólico en un centro con club. Conoce la problemática de esas edades, sabe tratarles y exigirles, también a los padres. No ha llegado a estar con bachilleres, aunque le ilusionaba afrontar esa etapa con los que han sido sus preceptuados en los últimos años.
15. Nos parece que respecto a su entrega, en la dirección espiritual, hay que afrontar dos puntos concretos:

    a) La estrecha relación que mantiene con su familia de sangre. Tenemos que lograr que entienda y quiera vivir el *relictis omnibus* del que nos habló nuestro Padre.
    b) El excesivo uso que hace de internet. Es evidente que

forma parte de ese mundo suyo personal que quizá podría transparentar en la dirección espiritual y evitar tener una doble vida. Vale la pena que en el consejo local se planteen darle un consejo imperativo respecto al uso que ha de darle a ese instrumento de trabajo, que podría ir en la línea de utilizarlo solo para lo imprescindible y nunca solo.

Dos manchas de aceite sobre el asfalto

Hay que ser muy mujer para romper un precinto. Muy hembra. Muy leona. Cortar un precinto policial obedeciendo a la súplica del Hijo adolescente es como la elección de parir con dolor por petición del Hijo no nacido. Voces inaudibles para la inmensa mayoría y acciones poco defendibles ante el tribunal de la cordura. Lo haces por complacerlo en momentos clave de su vida, porque ya comiendo de tu placenta conoces sus necesidades y apetencias, y por esa razón decides parirlo a gritos, a empujones dolorosos, cualquier cosa con tal de que la anestesia no bañe su cerebro y pueda anidar en él, mientras la matrona te mete la mano hasta las entrañas porque el Hijo no baja, sino que sube tras cada contracción —haber pedido la epidural, tía loca, haberla pedido—, porque el Hijo no quiere nacer en este instante y abandonar el suntuoso abrazo, de forma que cuando por fin ve la luz y tú sus ojos, sabes que el Hijo se ha llevado parte de tu sangre y de tu carne, parte de tus vísceras, como las que voy a dejar aquí una vez entre en la casa del Hombre y desgarre el cordón umbilical.

No se puede cortar un precinto sin desangrarse, loca de mierda.

El Hijo cree que se sobrepone a la pena entregándose en vida a los aspectos prácticos de la muerte: atender a los familiares, reconocer el cadáver en el Hospital Clínico Forense, esperar para rumiar qué hacer con él. Todos sabemos que no tiene edad para eso, pero yo quiero que el Hijo le diga adiós al Hombre de la forma en que él prefiera, que elija la temperatura de su último abrazo. En lugar de sentir el duelo, de llorar la pérdida, me pide, me suplica, que vaya a la casa del Hombre, a su hogar en semanas alternas, y recoja la mochila del instituto, una sudadera y un jersey negro de cuello vuelto del Hombre, junto con el móvil. El móvil del Hombre. No sé para qué necesita libros ni ropa ahora —no los necesitas

ahora, le susurro—, pero he aprendido a no preguntar cuando ninguno de los dos queremos conocer la respuesta. Tengo ganas de decirle que planificar la vida no sirve de nada, no sirve, Hijo mío, o si no de qué íbamos a estar aquí hablando de infringir la ley saltándome el precinto de la casa del Hombre, de qué íbamos a estar discutiendo sobre la mejor forma de hacerlo a salvo de la mirada de los vecinos del bloque, de la familia que nos cuenta que únicamente está precintada porque hubo un incendio, un incendio de qué, ¿acaso un muerto prende fuego? ¿Acaso un cadáver puede temer a las llamas? ¿Acaso se precinta un infarto?

Elijo el domingo apenas amanecido porque el corazón de la ciudad vive una calma fugaz, una tregua que dan los comercios y bares cerrados. Aun así me encuentro con una pareja que ha desgastado la noche besándose en la esquina de la casa del Hombre y con un chico pasado de todo que vomita sobre el escalón de una tienda de recuerdos.

El portón de abajo, como anunció el Hijo, está abierto. Me pongo de perfil para pasar sin rozar nada. No quiero tocar nada. No es por miedo. En este instante no cabe un ápice de temor en mi cuerpo. La costra me protege. Sin embargo, sí me inquieta el sentimiento de estar violando un espacio íntimo y protegido, el riesgo a encontrar lo no deseado, lo no preguntado. Pienso: la mochila del instituto. Las dos sudaderas. El móvil.

La puerta de arriba cede al segundo intento. Cuando la abro, me invade un olor a goma quemada insoportable. Temo encontrarme con una casa deshecha en cenizas, pero a pesar de todo, entro rápidamente para no permanecer en el rellano y arriesgarme a ser vista por alguno de los vecinos.

Pienso que nunca he conocido el olor de la casa del Hombre. A veces sí que me parecía intuir un atisbo a incienso y a polvo, o a ropa guardada sin ventilar, o a perro mojado: en las camisetas del Hijo, en el pelo del Hijo cuando volvía de sus períodos con el Hombre, una fragancia encubriendo un hedor apenas perceptible. Desde que el Hombre se mudó a esta casa, hace casi una década, no he pasado nunca más allá del descansillo. De pronto, toda mi vida me parece insólita y

singular, los intercambios del Hijo delante de una puerta cerrada, jamás una invitación cortés a esperar dentro mientras el Hijo termina de recoger su ropa o sus libros o sus juguetes, jamás un quieres un vaso de agua, necesitas ir al baño. Jamás.

Una vez dentro permanezco de pie, inmóvil, abrazada a mi chaqueta de pana en el centro del salón. Intento buscar con la mirada lo que me ha pedido el Hijo. Experimento un destello de felicidad por haber sido capaz de llevar a cabo lo encomendado, al menos en su primera fase. Sé que es una felicidad absurda, vacua, violar un precinto y deslizarme dentro del apartamento del Hombre muerto. No, no quiero epidural. Ni oxitocina. Que nazca cuando quiera, joder, que decida él cuándo quiere abrir los ojos a este mundo miserable.

El contento perdura escasos segundos. El salón es pequeño y todo parece demasiado ordenado, el montón de facturas sin abrir alineadas sobre la mesa, otra pila con algunas notificaciones de correo certificado sin recoger, los zapatos perfectamente dispuestos en la entrada, el abrigo sobre el perchero, todo impregnado de una meticulosidad impropia de un Hombre sorprendido por un infarto, de una casa arrasada por un incendio, por el trabajo de los bomberos y de la policía. En el piso, bajo la niebla del hedor a goma quemada, se respira una normalidad fingida que se me adhiere a la costra. No lloro ni tiemblo ni me dejo el pelo rizado, sino que lo aliso todo y continúo avanzando por las distintas habitaciones. Una sudadera, la mochila del Hijo, el fregadero con una única taza sin lavar con restos de café, el jersey de cuello vuelto.

Me recreo en el trayecto de una habitación a otra buscando el móvil del Hombre en la penumbra, aunque desde el principio he tenido el propósito de no complacer ese último deseo del Hijo. Romper el precinto policial es un delito, sí, pero llevarse el móvil de un muerto es una temeridad incluso para mi costra.

En la mesita de noche veo el cargador perfectamente extendido junto a un libro de relatos de Salinger del que asoma un punto de lectura. ¿Qué le ocurre a un libro a medio terminar cuando su lector muere, cuando su lectura se ve interrumpida de esta forma? Me contengo las ganas de

llevármelo. No hay rastro del móvil, así que cojo la mochila y la ropa y echo un último vistazo antes de abandonar la casa. Las ventanas del salón comienzan a filtrar voces y pasos en un despertar perezoso de la ciudad. Al fondo, encima de una pila de libros abandonados en el suelo, intuyo una fotografía enmarcada que me resulta familiar. No sé por qué deambulo hasta ella, pero lo hago sin pensar. Sé que no es por el Hijo ni por el Hombre, ni siquiera por mí. La imagen del Hombre en el féretro, su plácida sonrisa, no deja de retumbar en mi cabeza. La culpa es mi única defensa, porque no puede haber razón que alumbre mis excentricidades. Quiero saberlo todo de Él, ahora, cuando ya es tarde, quiero borrar ese odio que nos profesamos y quererlo en la muerte con una obscenidad desatinada. Si sientes culpa, debes ser culpable, ¿no?

Tomo la fotografía, la recreación de una celebración, el bautizo del Hijo, y me pierdo en ella, retrocedo trece años. Esa fotografía, tomada hace más de una década, es la intersección sombreada de nuestros diagramas de Venn. Recuerdo cómo durante mi embarazo me dediqué a planear cada día de la existencia del Hijo, porque la vida que tenía no me saciaba. Es ahí, en la celebración del bautizo en casa de mis suegros, rodeada de amigos y familiares posando —yo con un vestido negro del todo inapropiado para celebrar la vida—, es ahí donde comprendo que los planes con el Hijo y con el Hombre serán estériles. No sé quién hizo la foto de aquella epifanía. No la recuerdo nunca en nuestra casa. La cojo sin pensar y la meto en la mochila.

Al marcharme, cierro la puerta con llave tal y como me indicó el Hijo: dos vueltas la de arriba, una la de abajo. Es la primera vez en diez años que el Hijo comparte un objeto de la casa del Hombre conmigo. Antes de sacar la llave siento una respiración entrecortada a mi espalda. Mi cuerpo se congela y arde al mismo tiempo.

Es una niña. Una niña de ojos grandes repletos de cenizas. Una niña con rostro y cuerpo imprecisos, descalza, apoyada en la pared del primer tramo de escaleras hacia la calle. Está chupando un mechón de su larga melena. Su gesto me interroga.

—¿Quién eres?

Respondo sin mucha convicción: La exmujer del Hombre. La madre del Hijo.

Pienso: Soy un complemento circunstancial de posesión. Pero únicamente digo: He venido a recoger algunas cosas. Y tú, ¿quién eres?

La Niña se encoge de hombros.

Dice: Nadie.

¿Nadie?, insisto. No se puede ser nadie.

Nos sonreímos. Aguarda en silencio. Creo que está tan desconcertada como yo.

Dice: Sí que se puede. Cuando nadie te ve, no eres nadie.

Llego a dudar si la niña es real o es fruto de mi mente enferma, de las escasas horas de sueño de los últimos días.

Continúa: Aunque el Hombre sí que me veía. ¿Lo contó en su carta?

Mi cuerpo se congela y arde al mismo tiempo. No le pregunto a qué se refiere. No le pregunto de qué carta está hablando. Me dejo caer escaleras abajo, dejándola allí fagocitando un nuevo mechón de pelo castaño. La leona que hace apenas una hora rompía con los dientes el precinto policial vuelve a ser un cachorro de pelo rizado, una perra perdida en el espacio sideral. Miro una última vez a la Niña antes de marcharme: las cenizas de sus ojos parecen ahora dos manchas de aceite sobre el asfalto.

Al Hijo no le alcanzarán las llamas del infierno

Para qué, pregunto.

Un día el Hombre me dijo que deberíamos bautizar al Hijo. No es el Hombre el que habla, bien lo sé. No es su boca, ni su lengua. Lo dejo continuar. Estamos tumbados en la cama, yo de lado, porque el volumen de mi barriga únicamente me permite respirar de forma holgada en esta posición. Para qué, pregunto. Para que no vaya al purgatorio si le pasa algo. Qué le va a pasar, digo. No sé, algo. Pero no es su voz la que habla.

Para complacer a la familia, añade. Si total, qué diferencia puede haber. Ya nos hemos casado por la iglesia. Ellos lo arreglan todo y en una semana hacemos los cursillos. Así está todo listo antes de que nazca. Ya hemos claudicado, pienso. No seremos nosotros nunca más, libres, coherentes. No seremos nunca más nosotros.

Qué es el purgatorio, me pregunto. El Hijo se mueve inquieto en mi interior. El estupor al escuchar al Hombre apenas cabe en mi cuerpo, pero ahora soy un recipiente donde el Hijo no nacido lo ocupa todo. Mi panza es tan grande, mis tetas tan pesadas, las areolas desmesuradas y mi pelvis siempre como a punto de quebrarse, que es imposible reconocerse en este cuerpo. ¿Cómo será cuando nazca, cuando yo deje de ser una vasija?

El Hijo aún no ha nacido y ya no me pertenece.

El Hombre se levanta de la cama. Yo me ocupo de todo, dice. Qué es todo. Todo es nosotros, nuestra familia. Intuyo que él habla de ellos como mamá hablaba de mis hermanos, incluyéndome en el pronombre y haciéndome invisible en el mismo gesto. No quiero ser ellos. Ni los cursos de bautismo, ni buscar una parroquia, ni un lugar donde celebrar. Veo mi barriga agitarse como un flan. Un talón del Hijo no nacido asoma cerca de mi ombligo y exudo un gesto de dolor. Durante

la última semana, el Hijo me ha desplazado una de las costillas flotantes de tanto darme patadas. ¿Cómo debe una madre gestante interpretar eso? ¿Sabe el Hijo lo que me está haciendo y, lo que es peor, la de veces que me lo hará en los próximos años?

El Hombre pone su mano sobre mi línea alba, sobre el trazo que me parte en dos y que no es blanca sino de color oscuro. El calor lo tranquiliza, lo apacigua, mientras yo intento recordar cómo era mi cuerpo antes. Antes no existe. El antes se desmiga como un trozo de pan olvidado al pretender partirlo. No es posible trocear el antes. Por más que busco, no logro rescatar de mi memoria una sola imagen de mi yo sin barriga, sin este culo inmenso, sin estas ubres destilando el calostro. La niña fea llora en algún rincón envuelta en liquido amniótico. La escucho tan lejana, amortiguada por mi nuevo estado, que no logro encontrarla.

Temo no volver jamás a ser yo.

La niña fea dice sí. Sí, digo.

El Hijo ya no me pertenece, pero, al menos, no le alcanzarán las llamas del infierno.

Loca de mierda

Cada vez que vengo a la consulta de M. soy de nuevo esa niña de doce años. Pero ya no soy un ser feo con manos bonitas. Me obligaron a ser guapa, a comportarme como una persona bella, a medir mis palabras, mi genio, a planchar mi pelo rizado, a no sentarme abriendo las piernas y esconder mi sexo para que no les perturbe. Me domaron, alimentaron la costra de mi piel, esta armadura de tres centímetros que me protege y que a veces se reseca tanto que se quiebra, supura un líquido lechoso que deja penetrar la inmundicia y que me transforma de nuevo en una niña de doce años. Una perra de pelo rizado perdida. Perdida en el espacio o en esta realidad sofocante, qué más da. Soy Kudryavka por dentro, llena de rebeldía. No hay acomodo posible.

Es 6 de enero.

Corro donde Valentina a enseñarle mi regalo de Reyes. Corro todo lo que puedo con la muñeca pegada a mi pecho y a pesar del frío logro retener ahí mismo el calor. Es parecido al que sentí cuando don Pedro me puso el cigarro encendido en los labios por primera vez. Corro un buen trecho, cantando: *Yo no soy bonita, ni lo quiero ser.* Bajo ese pelo rizado y dorado, bajo esa apariencia bella y de normalidad, descubro de pronto que uno de sus ojos está vacío, cerrado. No hay nada bajo uno de sus ojos. Y sus manos, ay, una de sus manos tiene un dedo a medio completar. La muñeca que siempre he deseado es tuerta, está incompleta. No pasa nada, me digo. No pasa nada, yo soy fea, ¿no? ¿Y acaso valgo menos por ser fea?

Cuando llego a casa de Valentina se la enseño como un trofeo. Ella sonríe y se alegra, pero es una alegría como el ojo cerrado de la muñeca de cartón piedra: vacía, hueca. ¿Por qué la mía es de cartón y la suya de plástico brillante? Ella me enseña sus regalos, mientras su madre anda de un lado a otro

recogiendo paquetes.

Me dice: Hola, Pepa. Qué muñeca tan linda. ¿Has desayunado? Hoy es un día feliz, ¿no? Hay que darle gracias al Señor.

Le digo: Sí, al Señor.

Continúa moviéndose por la casa, pero me mira de la cabeza a los pies todo el rato y entonces caigo en la cuenta de que aún estoy con el camisón y el abrigo encima. No es como ponerse el vestido al revés queriendo. Siento un poco de vergüenza por mis piernas al aire y por mi muñeca tuerta y tullida. ¿Tiene sentido avergonzarse de tener algo que siempre se ha deseado? A mí me gustaría un día echarle un vistazo a Dios. Preguntarle cosas como esa, o por qué Laika está muerta en el espacio, o por qué hay que matar al gallo solo porque ya no sirve. Cuando limpio la capilla, me quedo casi sin respirar para ver si aparece, pero nunca he visto nada que se parezca a Dios.

Le digo a Valentina: Vamos a jugar.

Ella trae su Nancy y la pone junto a mi muñeca, la que no tiene nombre, ni ojo, ni dedo meñique. Salimos al patio, salimos a jugar. Le digo: Ven. Tengo un plan. Cojo un lebrillo que parece abandonado y lo lleno de agua. Valentina me sigue. No habla. Pero no puede dejar de mirar la cara de mi muñeca, igual que su madre no puede evitar mirar mi camisón y mis botas salpicadas. Las dos son bonitas.

No sé por qué lo hago. Yo, que sé tantas cosas, ahora no sé por qué cojo a la muñeca, mi niña-mi amor-vamos a bañarnos, un bañito que te limpie, que estás toda sucia, no llores, bonita, no llores que llorar no sirve de nada, ni aprietes los labios ni cierres las piernas. Poco a poco parece una muñeca destripada y ya no importa que no tenga ojo ni dedo meñique, porque el agua la va deshaciendo lentamente mientras yo continúo frotando el cuerpo de la muñeca sin nombre —dime: ¿por qué tienes que ser de cartón?—, mientras sigo hablándole con cariño a los jirones de piel que flotan en el líquido del lebrillo, de sus brazos y sus piernas, de su vientre hinchado, de sus manos gordas deshechas hasta que ya no queda apenas nada de su cuerpo, sino tan solo el vestido almidonado, vacío.

Valentina se pone loca, grita, sacude la cabeza. Yo no puedo

dejar de reír, de gritar, de seguir frotando lo que queda de las manos, las rodillas, la cara. Ella inventa palabras que no entiendo, qué haces, loca de mierda, fea de mierda, rara de mierda, no puedes hacer eso, por qué le haces eso, si tanto querías una muñeca, si tanto la deseabas, y le tiembla la voz y el cuerpo al decirlo porque son palabras nunca pronunciadas, hasta que de un zarpazo me golpea el labio inferior y el guantazo hace brotar mi sangre, que desciende por mi pecho, por mi barriga, hasta mezclarse con el frío líquido del lebrillo, con el cuerpo leproso de la muñeca, de Laika, de Kudryavka, del gallo enfermo del corral que no puede mover las patas, amor, no aprietes los muslos, relaja las piernas, tan lista, tan intrépida, con esa lengua tan rápida.

Ahí comenzó todo. La que soy hoy y la que no. Justo en esa herida abierta comenzó a crecer mi costra:

Loca de mierda.
Fea de mierda.
Rara de mierda.

Abolición

—El bautizo fue un éxito, aunque habría que prevenir a la gente de que el infierno se mueve.

M. permanece en silencio. No debo de ser una buena madre, porque me importa una mierda qué ocurriría con su alma si el Hijo muriera. Solo me obsesiona que no tenga frío ni hambre ni dolor. Que se le pase el cólico del lactante y me permita dormir al menos dos horas seguidas. Que las necesidades fundamentales parezcan estar cubiertas para que yo aparente ser una buena madre. Finjo que, de morir ahora mismo, me preocupa el paradero de su alma, aunque la muerte súbita nunca estuvo entre mis obsesiones. ¿Y si se muere durante la noche? Finjo ser una buena madre y que por eso accedo a bautizar al Hijo, para que no vaya a ese lugar sin tormento pero alejado de Dios, aunque ni el Hombre ni yo creamos en su salvador ni en la Obra. El Hombre finge ser un buen hijo. Mis suegros fingen olvidar los desagravios hechos por el Hijo a Dios, cuando con trece años confesó no creer en su existencia. Mi madre finge ser una buena madre y suegra ejemplar. Mis hermanos comen canapés y beben vino. Entre una copa y otra echan una mirada al nuevo miembro de la familia. Fingen ser un clan. Los que abandonaron la Obra fingen ante sus esposas que nunca fueron miembros. Los que fueron captados siendo niños fingen felicidad y la determinación de no querer marcharse, de no haber errado en su decisión. Todos fingen menos el Hijo-Bebé, que no ha dejado de llorar desde que en casa de mis suegros me invitaron a enfundarlo en el batón blanco con encajes. Llora cuando pasa de unos brazos a otros, llora cuando el sacerdote vomita el agua bendita sobre su cabeza, llora cuando mi leche no sale, llora cuando le pido que duerma, cuando le suplico que duerma. Llora cuando lo dejo llorar.

¿Cuánto tiempo necesita el ser humano dilatar una farsa

para creérsela? ¿Días? ¿Y para hacerla realidad? ¿Es posible hacer realidad una pantomima a golpe de repetición? ¿Meses? ¿Cuántos ensayos son necesarios? ¿Una vida? Me pregunto si la representación de familia unida puede desembocar en imagen de familia unida. Me miro al espejo y sé que sí, que irremediablemente sí, igual que yo aprendí a mover el culo y sacudir la melena y todos me ven —o me veían hasta ahora— como una chica atractiva, incapaces de oír gritar a la niña fea que tengo dentro.

El bautizo es un éxito, aunque habría que prevenir a la gente de que el infierno se mueve.

El Hijo apenas ha sobrepasado la cuarentena y mis ocho puntos de la episiotomía aún están frescos. La línea que me desgarraba en dos se ha extendido hasta mi sexo. El dolor ni siquiera me permite sentarme, pero recreándome en él consigo borrarlos a ellos. Ya en la celebración me tomo varias copas de vino. Logro así que su existencia sea vacua, los desenfoco y se calma el dolor. No bebas más, escucho. Solo tenemos un bibi de leche congelada. Mis fluidos bajo cero. Mis pezones supurando vino blancuzco, castigándome por el exceso. La única razón por la que merezco consideración para ellos es que me necesitan para acercarse al Hijo. En realidad, no existo.

A las dos semanas de haber bautizado al Hijo, leo en los periódicos: «Desde hoy, los niños que mueran sin ser bautizados no irán al limbo, sino al Cielo».

2007. El limbo ha sido abolido oficialmente.

La fruta más fea

¿Lo contó en una carta? Desde que la Niña dijo esas palabras no duermo.

Le suplico a M. que me recete algo, cualquier cosa que logre desconectarme durante la noche y no pensar en esa nota, una nota de suicidio, qué otra cosa si no, pero cuando por fin lo hace, cuando por fin estampa un nombre en un trozo de papel con membrete del azul de sus ojos, no soy capaz de meterme nada en la boca. Mi rostro ha envejecido varios años. No son las bolsas bajo los ojos ni las arrugas. No son los cercos más profundos ni los contornos más definidos.

Es la culpa.

No sé cuántos días han pasado. ¿Cuántas noches? No me levanto de la cama. No me duele nada ni tengo fiebre. Si doliera, al menos. Si doliera, podría lamerme la herida. Pero no. Es la culpa. No logro levantarme de la cama. El Hijo me ha suplicado que pidamos permiso para entrar en la casa del Hombre. La casa del Hombre que es ahora su casa. No quiero que suplique. Prefiero que me duela, arrancarme la costra, que sangre, pero no supliques. El Hijo es el que necesita ayuda y yo apenas puedo abrir los ojos. Ahora todo es distinto. Ahora hay una carta y una culpa. En la distancia que media entre ambas tan solo cabe una cama como esta, una cama sobada de llanto, de sudor podrido, de sudor miedoso. Una cama en el barro, cubierta de hojas secas, cubierta por un *Ojalá te mueras.* Oigo al Hijo arrastrar sus pasos, agujereado por el dolor. Recuerdo: fingir se me da bien, no es para tanto. Finjo. Ven, le pido. Pero soy una voz que no se escucha.

¿En qué parte del cuerpo alberga una mujer la culpa, loca de mierda?

¿En los ojos? ¿En los oídos?

Quiero vestir la cama de limpio, airear las sábanas, apartar

para siempre las cortezas, la hojarasca, el polvo y el barro que enfundan mi secreto. No. La culpa se acomoda en todas las grietas, brinda un volumen nuevo a un rostro devastado. Por eso no veo. Por eso no oigo. ¿Es porque hice algo mal? ¿Es porque te fui infiel? ¿Porque me cansé de escarbar, con las uñas, con los dientes, y ya nunca hubo agua en aquella tierra, ni siquiera una abatida filtración? ¿O porque te exigí que te ocuparas del Hijo? ¿Fue por eso? ¿O porque fui una mala madre? ¿Una mala esposa? ¿Una mala amante?

¿En qué parte del cuerpo alberga una mujer la culpa, rara de mierda? ¿En la boca?

El Hijo no escucha mis palabras. Yo no recuerdo las palabras del Hombre. Solo sus manos. Solo sus labios. O no: su boca, su boca con la lengua y los dientes y la saliva. Es la boca del Hombre la que me convence para confesar mi infidelidad a la familia.

Dice: Tienen que saber, Pepa, tienen que saber por qué nos divorciamos. Con la verdad te liberarás y así perdonarán un divorcio.

No sé quiénes son ellos. ¿Y yo? ¿Quién soy yo? La culpa siempre viene de otro, el poderoso castigando al desobediente. No pregunto. Le ruego, le suplico, que no me obligue a esa humillación. Pero el Hombre me mete la culpa en la boca. No solo quiere el castigo impuesto desde fuera. El Hombre me mete la culpa en la boca y me pide que la mastique. Mastica, Pepa. Mastica, coño. La culpa como una forma de violencia, de control, de agarrarte por el brazo, de atarte las extremidades con lazos negros. Trágatela, Pepa. Además de castigo, el Hombre anhela escarnio público y arrepentimiento.

A los pocos días, frente a la familia, deshago la culpa en la boca y confieso haberle sido infiel al Hombre. Estoy sentada en un taburete que me ayuda a permanecer erguida y a que mi voz brote libremente. Los hombres están sentados en el sofá. Las mujeres, las de la Obra, han elegido el lugar más incómodo si exceptuamos el mío, buscando siempre la mortificación en las pequeñas cosas, en los gestos más insignificantes, como dejar de comer algo que les gusta en el almuerzo, o no beber agua, o servirte menos del plato que más te gusta, o tomar la

fruta más fea, esa que tiene la piel picada y que puede esconder un insecto que también es una criatura del Señor. La templanza. Hacen ostentación de esa moderación en el deseo que yo no tuve.

Después de ser juzgada, obtengo varios veredictos. Todos me condenan. Termino el monólogo casi sin respirar. La culpa se me ha hecho una bola en el estómago. La culpa no se digiere. La culpa continúa bajando. El Hombre me mira desde el fondo de la sala con ojos que supuran orgullo por su creación. En su mirada, allí al fondo, detrás de la soberbia y la honra, detrás de sus aguas aparentemente mansas, intuyo partículas de muerte. Recuerdo que hubo un tiempo en el que no podíamos dejar de bailar ni bucear ni de amarnos en cualquier sitio.

Ojalá te mueras.

Finalizo mi discurso: Y eso es todo.

Silencio.

Mi madre lo rompe.

Mi madre dice: Puta.

Ellos no. Ellos no hablan. Asienten con los ojos, aprietan los labios, comprendiendo, confirmando una sospecha. La verdad que solo ellos conocen los hace poderosos, los hace sostener las riendas con más violencia. Ser una fulana es ser una mala madre. Tardo algunas semanas en darme cuenta del movimiento, justo el tiempo en que comenzamos a negociar el convenio de divorcio. Ser una puta es ser una mala madre. La culpa comienza a confundirse con el miedo, con el terror a perder al Hijo, y pienso que quizás sea en ese momento cuando se produce una nueva mutación, donde se comienza a gestar la perra que soy ahora, donde abandono a Pepa para siempre, a la niña fea de pelo rizado que ahoga su muñeca tarada. Kudryavka. Laika. Preparada para dar 2570 vueltas alrededor del planeta. Yo quiero quitarles ese poder, arrancárselo, que no sean los únicos que sepan. Por eso, una vez que la culpa comienza a licuarse, en cada simulacro de intimidad con cualquiera, yo confieso mi pecado: Le fui infiel. Lo engañé. Soy una puta.

¿En qué parte del cuerpo alberga una mujer la culpa? ¿En el

coño?

Confieso mis pecados con la picazón naciente del nuevo vello púbico. Al Hombre le gustaba rasurármelo y yo vuelvo a hacerlo de vez en cuando como castigo o quizás solo para contemplarlo desde arriba. Siento vergüenza de mi propio cuerpo. Así, sin ser mujer ni niña, sin ser nada en realidad. O quizás sí, quizás solo una perra, una puta que empujó al Hombre al suicidio. Y pienso que claro, que no puedo ser sino culpable, tanto mal he hecho como para tener treinta años y estar sentada en un taburete despintado confesando haberle puesto los cuernos a mi marido.

Durante los meses siguientes olvido la pasión embriagadora de que ocupen mi territorio. Mi epidermis, el órgano más extenso, es ahora una única corteza. La culpa está ahí, contra la piel, entre los pliegues de mi clítoris, secándolo. La culpa exilia todo placer en mí y durante años mi sexo es el deleite de los hombres que me tocan, pero no me pertenece, porque no hay placer que pueda albergar ya mi cuerpo.

M. me pregunta por mi frigidez.

No respondo.

M. me pregunta por la culpa.

No respondo.

M. dice: Tienes un nivel de tolerancia a la violencia insoportable.

Se ha quitado los zapatos. Se acerca descalza recreándose en el tacto de la moqueta. Me ofrece una bandeja repleta de piezas de fruta que siempre tiene junto a la jarra de agua fresca y una caja de pañuelos de papel. Me ofrece la bandeja con un gesto amable. De todas las piezas de fruta, mandarinas, uvas, plátanos y ciruelas, veo una manzana con la piel picada. Quiero coger la pieza más bonita, la más brillante, quiero hacerlo, de veras, pero antes de comenzar la lucha me dejo tentar por la fruta podrida, y sin mirar sus ojos azules, sin poder ver nada más que lo putrefacto, tiendo la mano y cojo la fruta más fea.

El árbol fantasma

Por qué lo haces. Por qué lo has hecho, me pregunta M.

Solo es un jersey de cuello vuelto.

Ya. Pero es un jersey del Hombre.

Es que no paraba de oler su ropa. ¿Qué querías? Él siente que el Hombre desaparecerá cuando su ropa deje de oler. Solo estoy ayudándolo a despedirse. Le estoy dando tiempo.

Metiendo su jersey en una bolsa al vacío.

Exacto.

Los días se acumulan sobre mis hombros. Exacto. He cogido el jersey negro de cuello vuelto que aún estaba sobre la silla del dormitorio del Hombre y lo he metido en una bolsa al vacío porque el Hijo no paraba de oler su ropa. Culpable. De vez en cuando, sobre todo si cree que no lo estoy mirando, el Hijo abre la bolsa y respira y ya no está aquí sino bien lejos. No parece haber nada que le obsesione más que esto, el olor primigenio, el aroma de los juegos y las nanas y la sangre y las confidencias, la perdurabilidad mágica del olor que concentra los recuerdos.

El jersey del Hombre es ahora un árbol albino de hojas blancas, único, bajo cuya sombra cobijarse, pero condenado a una muerte segura. Una vez me hablaste sobre los árboles albinos y sobre su incapacidad para producir clorofila. Son vampiros vegetales, me dijiste mordiéndome el cuello. Son vampiros que chupan la savia del árbol que les dio la vida, a través de sus raíces. Todo eso me contaste un día, abrazados sobre las gigantescas raíces del árbol más longevo del Parque de María Luisa. Pero tu jersey negro es un árbol sin raíces, huérfano, un árbol fantasma condenado al olvido en una bolsa al vacío.

¿Le dolió?

Me despierta una leve brisa en la cara que alerta todo mi cuerpo. Duermo y como aquí hasta que el apartamento quede limpio, vacío, y pueda entregarlo al propietario sin pagar ninguna multa por el estado en el que lo dejó. Abro los ojos y la veo a pocos centímetros de mi rostro, con los párpados hinchados, soplándome. Su aliento huele a chicle de fresa.

La Niña.

A estas alturas, ya no trato de averiguar cómo entra en este zulo cada vez que le apetece. Ni por qué con la edad que tiene vaga sola por el edificio. No sé la edad que tiene en realidad. Mi vida durante el último mes es un cúmulo de suposiciones que tratan de cubrir lo que creía que era mi vida. No importa cómo entra aquí cada vez que quiere, me digo. Supongo que tiene una copia de las llaves, aunque nunca lleva mochila ni bolsa ni nada donde esconderlas. Jamás he escuchado su tintineo. Es como si perteneciera a este lugar sombrío. O quizás sus padres le abren la puerta y se marchan, qué sé yo.

¿Le dolió?, me pregunta.

¿Cómo decirle que sentir es una propiedad de los seres vivos? ¿Acaso estaba vivo él antes de morir?

Pienso: duele la vida, no la muerte.

Contesto: ¿A quién?

Responde: Al Hombre.

Al decirlo, le tiembla la barbilla y sus ojos se vuelven grises, como a punto de llover.

No sé bien qué responder sobre el dolor. La Niña me mira mientras se arranca una de las postillas de la rodilla. Lo hace cada vez con más frecuencia y sin tanto pudor como al principio. Se sienta a mi lado, en el suelo, y mientras mira, o habla, o no hace nada, mientras sus pupilas se mueven deprisa, o mientras cierra los ojos y los aprieta fuerte, su índice va rascando la postilla de la pierna izquierda hasta que la

desgarra y cae al suelo. La recoge y se la guarda en la palma de la mano. Prefiero no preguntarme para qué. La herida ha comenzado a sangrar.

—No sé. ¿Te gustaría que le hubiera dolido?

—Ni idea. Entonces, ¿le dolió?

—¿Te duele cuando te haces eso?

—¿Esto?

—Sí.

—Claro que no. Me lo hago yo. Lo que una se hace no puede doler. Sé bien cuándo parar. ¿Ves? En cuanto duele mucho, paro y ya está.

—Pues deja de hacer eso. No me gusta. ¿No te dice nada tu madre?

—¿Por qué te comes las uñas?

—No me las como. Me las arranco. Cuando estoy nerviosa, me las arranco.

—¿Y no te dice nada tu madre? Mamá dice que las uñas comidas te hacen los dedos porrones.

—A mi madre hace tiempo que no le preocupo. Y soy adulta. Puedo arrancarme las uñas si quiero.

—¿Y por qué te planchas el pelo, si es rizado?

Descubro que le tengo miedo. Algo me sacude cada vez que la veo aparecer sin llamar, cada vez que escupe una pregunta. Se levanta con el puño derecho cerrado guardando la postilla y comienza a dar vueltas por el salón.

¿Dónde vas?, le pregunto.

Dice: Ventanas. Vecinos. Luz.

Y luego, sin apenas respirar: A-ante-bajo-cabe-con-contra-de-desde-en-entre-hacia-hasta-para-por-según-sin-sobre-tras-mediante-durante-excepto y salvo.

No estoy segura de entenderla, pero no tengo fuerzas para preguntarle por qué recita las preposiciones. La Niña cierra las persianas antes de marcharse.

Dice: A salvo. Yo creo que no. Que no le dolió.

Ni uno solo

—¿Y nunca notó alguno de estos comportamientos de la lista en su hija? ¿Ni uno solo? ¿Nada que le hiciera sospechar que algo raro ocurría?

Mi niña no es así, qué va a ser así. ¿Creen que yo no lo hubiera sabido? ¿Que no me habría dado cuenta, o qué? Qué poco les cuesta a los tíos señalar con el dedo a una mujer. ¿Dónde estáis vosotros, eh, dónde estáis? El mío me dejó cuando la niña no había cumplido ni la cuarentena. Se largó con una fulana y nunca más se supo. Me pasé los meses siguientes llorando con la niña en brazos. Yo creo que por eso la niña no llora. No le sale, de todas las lágrimas mías que bebió mientras mamaba. Yo la ponía a horcajadas en mi cadera y con ella cocinaba y cosía y andaba por el barrio a por los mandaíllos de las vecinas. Cuando tenía hambre se enganchaba a la teta y listo. Había vecinas que me ayudaban así. Anda, ve a por fruta y a por huevos y te quedas la vuelta. Por Dios, decían por lo bajini, si eres una niña —¿cuántos tienes, eh? ¿dieciséis? ¿diecisiete?—, cómo carajo vas a criar a otra, pero yo no me achantaba ni una mijita y les decía que ya averiguaríamos y claro, claro que averigüé. Tuve que dejar de llorar y ponerme a limpiar en casas del barrio. Al principio me llevaba a la niña, pero había señoras a las que les molestaba una mocosa todo el día gateando y comiéndose los restos de lo que fuera, aunque yo les decía que mi niña era un angelito porque nunca lloraba, ni un puchero ponía nunca, por más que le gritara ¡eso no, niña, eso no!

A veces sí que se pone triste y deja de comer durante mucho tiempo, pero yo no me preocupo porque al tercer día como máximo abre el frigo y se atiborra con todo lo que pilla. Más de tres días nunca duró, o como mucho cuatro, sobre todo si le traigo del bar un serranito de esos que le pirran, con tortilla dentro como los ponen ahora, y sus pimientos fritos y

mayonesa. Le quito el migajón, eso sí, que es como le gusta a la niña, y entonces ya sí que manda al carajo el ayuno y devora. Empieza por el serranito y no para en horas, es como si de pronto se diera cuenta de que tiene un agujero dentro, una tenia de esas. La niña está canija porque siempre fue canija. Ya está. Es una chuminá andarse preocupando por estas cosas. Se lo dije una vez al pediatra. ¿Es que no me ve a mí? Estoy en las llantas, aunque lo mío es por trabajar tantas horas en el bar, que en esta ciudad otra cosa no, pero los bares nunca se vacían de gente pidiendo una caña tras otra y la quieren ya —muchacha, ¿pa cuándo esa cervecita?, me gritan los desgraciados—, sobre la marcha, no hay espera. No es el mejor trabajo del mundo, eso es verdad, pero yo lo prefiero mil veces a limpiar la mierda de otros y además está aquí mismito, a la vuelta de la esquina, así que la niña se queda en casa viendo dibujitos o haciendo sus deberes y yo me escapo de tanto en tanto para echarle un ojo. Cuando se encarta cerrar más tarde porque hay bulla, me acerco a darle de cenar y a acostarla y listo. Claro que me gustaría estar más tiempo con ella, ¿qué se piensa? Pero tenemos que comer y pagar la luz y el alquiler. Y una madre tiene que hacer lo que tiene que hacer, no lo que le gustaría. Eso es así. ¿Tiene usted hijos? Qué va a tener hijos, los hijos los tendrá su mujer, no usted. Ahora que ya va pa doce tengo que explicarle bien para que no le pase como a mí y se me preñe. Tendría que haber aprovechado aquel día que me pidió que le enseñara mi minuso —Mami, ¿me lo enseñas? —, pero me entró una cosa mala por el ombligo y empecé a sentirme hirviendo. Y na. Le dí una guantá. Es la única vez que la he visto a puntito de llorar. Me entraron ganas de decirle: llora, niña, llora, que llorando toda la mierda se va por los ojos. ¿Qué quería? ¿Que me abriera de piernas pa que ella me mirara? Mi madre decía: no hay na como un cate a tiempo. Ya nunca me lo volvió a pedir y cuando hacía pipí y yo entraba en el baño se tapaba todo el tiempo, pero yo creía que lo hacía pa vengarse de mí, por no haberle enseñado aquello. Tú no me lo enseñas, yo a ti tampoco. No es tan raro. Si yo le hubiera pedido eso a mi madre me hubiera empotrado contra la pared. Y claro, si le dolía o le picaba yo nunca lo supe, cómo lo iba a

saber, si la niña a mí no me cuenta na de na. ¿Soy una mala madre por no darme cuenta de que a la niña le picaba aquello? Tampoco cuando empezó a obsesionarse dibujando gusanos todo el santo día, que ahí sí nos extrañó y llamé a la seño para preguntarle, pero no supo qué decirme. Si yo soy una mala madre, la seño no vale pa na. Mira que no darse cuenta, si pasaba todo el día con la niña. Pero cuando le pregunté si era normal eso de dibujar gusanos solo me dijo que la niña faltaba mucho a clase, que si lo sabía, y me dio vergüenza decirle que no, que no tenía ni pajolera idea, aunque algún día suelto me había pedido no ir al cole por estar malita. Es verdad que desde el asunto de los gusanos la voz de la niña se volvió un pelín más oscura, pero una se dice: es lo que hay. Está creciendo, y hacerse mujer es ennegrecer poco a poco todas las partes del cuerpo. ¿Qué puede una contestar a una lista de la que no entiende la mitad? ¿Que no se dio cuenta? ¿Acaso se va a tragar que la niña ha sido rara siempre, así como su madre? ¿A qué sirve ahora decir que sí, que quizás hubiera algo raro en sus gusanos, sus preposiciones, su comerse el pelo y las uñas y las postillas? De nada. No serviría de nada. Solo pa llamarme mala madre.

—Palabrita, agente. Ni uno solo, ya se lo dije.

Para, bicho, para

Lo sabes. Sabes que eres pura ocurrencia y brillantez. Sabes que deslumbras, que tus manos son grandes, son seguras y bellas, que todos susurran y padecen esa picazón de envidia por cómo cuentas tu vida. ¿Y qué cuentas? No importa. El Hombre que eres sabe que tu porte es seductor, que tu seguridad excita a las mujeres y perturba a los hombres, que tus abrazos son enormes y abarcan varios mundos.

Aprendiste el arte de narrar las historias que quieren ser escuchadas siendo niño, hablando día y noche con tu ángel de la guarda, ese niño gentil y prudente que te acompañó en tu infancia solitaria. Eso lo dedujiste años más tarde, cuando le hablabas a tus agujeros porque él ya no estaba. Luego perfeccionaste tanto la técnica, le pusiste tanto ahínco, mezclabas tantos ingredientes, personajes y puntos de giro, que comenzaste a inventar todo el tiempo. Cuando cocinabas, cuando te duchabas, cuando navegabas por la *dark web* hasta la madrugada, cuando estafabas a tus amigos con promesas, cuando no pagabas los impuestos, cuando te metías en la cama y no podías levantarte por la mañana de la carga de tus propias historias. Era agotador y al mismo tiempo reconfortante crearte en cada historia contada, inventarte. Decías, no me molesten, no me molesten, tengo que acabar este proyecto, este libro, este contrato, este viaje. Es que no entendéis nada, no tenéis ni puta idea de lo duro que resulta. Poco importaba ya, porque aquella mentira en la que convertiste tu vida comenzó a parir crías, a construir nidos por los rincones de tu casa —no, no era una casa, ni un hogar, ni siquiera un apartamento en un lugar privilegiado del centro; era un zulo, era otro engaño, una épica más—, crías con patas y pelos y múltiples ojos que anidaban nuevas crías, que fornicaban con padres, madres y otros vástagos en esa amalgama en la que se convirtió tu vida, alimentándose de tus

excrementos, copulando por los rincones húmedos de tu sótano húmedo —jódete, bicho—, de tu mirada húmeda de tu existencia húmeda de tu red húmeda. De.

Hasta que llegó el día.

Hasta que llegó el minuto insoslayable en el que el Hombre que eras pasó de ser un ático soleado a una tumba sin cerrar, hasta que uno de los insectos, desorientado y cansado de sortear cuerpos en el lodo, subió a la superficie —para, bicho, para— y encontró en su camino la cama del Hijo trepando sin demasiada dificultad, todo hay que decirlo. Sus patas peludas encaramándose a las de la cama —no lo hagas, bicho, para—, sus filamentos cobijándose entre las mantas del Hijo, el engendro violando el púlpito de lo único que te anclaba al suelo, al mundo de los vivos, del único ser que entraba en la fosa abierta que el Hombre era, que tú eras, y veía un ático soleado y no sentía ni miedo ni repugnancia ni terror. Porque es solo al estar con el Hijo que el Hombre siente corazón y estómago y ojos y manos y riñones y piernas, o lo que es lo mismo: solo al estar con el Hijo el Hombre se siente hombre, mientras que el resto del tiempo, sin precisión suficiente para definirse, te sabes gusano y te arrastras y fornicas y escupes como tal. ¿Quién se va a fijar en un bicho muerto, eh, en un insecto pequeño? ¿Alguien, acaso, echa de menos a los parásitos? Basta, bicho, basta.

Y entonces, el Hombre, tú, el bicho, exhausto de tanta lucha, dijo:

Se acabó.

Casi doce

Podría transformarse en rutina, acostumbrarme a esto. Abrir los ojos y que sea mi conciencia la primera en espabilarse, cuando aún no ha aparecido el calvario del cuerpo por los abusos del día anterior. Unos segundos libres de dolor antes de amanecer con la espalda destrozada y levantarme del suelo en el que duermo desde hace algunos días, porque no quiero usar la cama donde murió. Me he traído una manta de casa y mi propia almohada para que al despertarme en mitad de la noche no me sacuda el olor a plástico quemado, sino que huela a mí y al Hijo. Ir a la cocina, encender la cafetera blanca de cápsulas que le regaló su padre. Su padre pensando en el Hombre muerto por un infarto. Su Hijo pensando en el Hombre muerto por un infarto. Los amigos pensando en el Hombre muerto por un infarto. La familia cosiendo bocas, arrancando lenguas, mientras el corazón del Hombre se vuelve a detener cada mañana en los ojos del Hijo y en la máquina de café. El Hombre muriendo en cada objeto que rodea al Hijo.

Hacerme un café mientras desentumezco el cuerpo. Me gusta el dolor, me hace sentir viva y recordar cada paso. Ser consciente de la costra. Lavarme la cara. Ver el agua estancarse en el lavabo. No mirarme en el espejo roto del baño. No mirarme en ningún sitio para no verme. Observar cómo el agua naufraga y se tiñe de negro con el paso de los minutos, pero sin marcharse. Dejar el rostro húmedo porque no hay una sola toalla. No hay ya nada que usar en esta casa de sombras. Continuar con la tarea abandonada la noche anterior. Limpiar. Desempaquetar. Escupir. Tirar. Donar. Llorar. Tirarme al suelo. Por la noche, cuando apenas tengo fuerzas para nada, escribir estas páginas.

Escribir tiene algo de morirse, de abandonar momentáneamente este mundo que durante más de una semana llevo habitando para intentar comprender sus razones.

Los motivos de un muerto: ¿es acaso posible intuirlos? Escribir es también una forma respetable de morirse, la única posible. Lo hago porque confío. Porque escribir tiene también algo de renacer a la vida una vez hemos acabado con los fantasmas, con los remordimientos, con los chicles de fresa. Quizás la costra, después de todo, se haga más liviana una vez escriba.

De tanto en tanto, me gusta explicarme en voz alta lo que ocurre en nuestras vidas. Me cuento las cosas que me ocurren para comprenderlas y a la vez tamizarlas con la distancia que ofrece la otredad. La tercera persona.

Me tranquiliza convertirme en tercera persona, decirme a veces: le han dado solo dos semanas de baja, no es gran cosa. *La paciente, tras situación personal, sufre crisis de angustia y necesita reposo de quince días.* Está limpiando y desalojando el piso de su exmarido porque no tiene otra opción. La pobre. Es lo que quiere el Hijo. Las clases de primaria pueden esperar. Los diagramas de Venn. Es lo que quiere el Hijo. Lo que necesita el Hijo. *Mamá, solo tú, quiero que seas tú. Esta era mi casa también. No quiero que nadie más entre.*

Probablemente él no es consciente del sacrificio que supone materializar sus deseos, paliar el dolor que no saca. Pero lo hago con mesura y delicadeza, rememorando las manos del Hijo en él cada vez que toco un objeto. Por eso sobrevivo. Por eso el Hijo se ha marchado unos días con Mamá. La que no me cuidó vela ahora por mi cachorro, la que jamás me regaló una muñeca, pero alentó a hombres a que me trataran como una pequeña mujer de trapo. Yo limpio la casa del Hombre al que amé. Del Hombre al que le deseé la muerte. Veo el suicidio del Hombre bajo los mismos colores que mi niñez. Por eso me mudo a su apartamento, y ando medio desnuda y descalza por el sucio suelo cerámico. Y me arranco las uñas. Por eso.

Su familia no entiende por qué lo hago, pero les basta con mi afonía. El mundo no comprende mis razones. Piensan: pobre tía loca. Pobre tía rara. Doce años separada del tipo y se pone a limpiar y desalojar la casa del muerto. Pero no preguntan, como tampoco preguntaban las niñas en el colegio quién limpiaba su mierda. Como tampoco la madre Amparo nunca se interesó por lo que ocurría en casa de don Pedro. Hay

mierdas que es mejor no conocer.

Ser rara, saberlo y que además no me importe es lo que me vuelve temeraria. Las raras, las diferentes, las perras de pelo rizado olvidadas en el espacio tenemos siempre que pagar un precio para que nos dejen un hueco. El mío, mi precio, es el silencio.

Mientras me acabo el café frío, termino de amontonar todos los zapatos del Hombre en una esquina del salón. Hay decenas de ellos. Los clasifico por colores, les hago fotos, las subo a varios foros para donarlos. Hablo con el comedor social del barrio que ha triplicado los menús tras el COVID. Familias completas que la crisis ha dejado descalzos. No menciono que se trata de los zapatos de un muerto, claro. Ni que hubo un incendio provocado por la Niña. Ni que el Hombre murió descalzo porque escogió bien su momento de retirada, porque no fue un infarto, sino algo minuciosamente diseñado en su mente enferma. Hay muchas cosas que no digo. A nadie. Por eso me narro en tercera persona. Quién querría caminar con el calzado de un muerto, con sus botas de montaña, sus botines de correr por las mañanas, sus mocasines. Quién querría sentir los pies de un suicida, quién.

Es mala cosa morir sin zapatos, me digo. Tiene tanto de estar aguardando la muerte, de cuenta atrás, de contener la respiración. Los zapatos nos blindan ante la sospecha, nos vuelven inocentes ante Dios, ante la sociedad o el Estado. La vida es un regalo de Dios sobre el que tenemos derecho de uso, pero no de gobierno. Por eso no se nos permite acabar con ella, ni podemos descalzarnos. Por eso lo visten de pecado, aunque yo sé que es un castigo por el acto de insubordinación que supone; ellos, que promueven el sometimiento. Y por eso su familia finge una muerte natural mientras me cose la lengua al paladar.

De niña le pregunté muchas veces a Dios por qué Laika estaba muerta en el espacio, o por qué había que matar al gallo solo porque ya no servía, pero Dios nunca estuvo, su Dios no se entera de nada, ni siquiera cuando don Pedro me decía: Amor, no aprietes los muslos, relaja las piernas, tan lista, tan intrépida, con esa lengua tan rápida.

Dios es un gusano sordo.

Llaman a la puerta. La Niña nunca usa el timbre. La mayoría de las veces entra sin avisar; otras, da tres golpes, tímidos aunque no infantiles, en la entrada de contrachapado. Cuando abro no sé bien cómo saludarla. No sé qué hace la Niña de nuevo en la casa. No sé qué quiere. Ni por qué nunca usa el timbre. Tantas cosas que no sé.

Le digo: Qué hay.

Ya sé, no es forma de saludar a una niña. Pero yo no soy una madre al uso. Me gustan los bebés que huelen a agrio, a leche materna, sus ojos hambrientos, sus manos. Pero luego crecen y no sé cómo comunicarme con ellos. Por eso me hice profesora.

Loca de mierda.

Fea de mierda.

Rara de mierda.

No sé por qué hace trece años quise un bebé. Quise un bebé igual que con doce años quise una muñeca. ¿Para asemejarme al resto? Intuyo que ahí están las verdaderas razones, el sentirme como otras tantas mujeres.

Qué, repito ante el silencio de la Niña. Tendría que ser más fácil, me digo, siendo yo una niña de doce años encerrada en este cuerpo. No es una invitación, pero igualmente la Niña se cuela por el hueco que dejo bajo mi brazo. Apenas me mira, apenas habla. Apenas nada. Eso sí: la Niña se sabe bonita. Su melena es lisa, de una longitud un tanto inusual a su edad, tan larga, tan excesiva. Y tiene los ojos llenos de nubes, como los de mi madre. Como los de Valentina. Su mirada la hace parecer adulta. No se siente bonita, pienso, se sabe bonita. ¿Cómo se mata a una niña para hacerla una mujer?

La sigo por el pasillo. Se mueve resuelta, sabiendo dónde está cada objeto, cada habitación. Abre un cajón del recibidor y coge una caja de lápices Alpino. Yo robaba colores para masticar las puntas y colorear así los chicles, para que parecieran de sabores. Hay cajas de colores sin abrir por todos lados. No hay toallas, ni sábanas, ni comida, ni tragan los fregaderos, pero hay lápices de colores en cada rincón de esta

casa.

Le pregunto: ¿Cuántos años tienes?

Me dice: Quiero uno. No los tires. ¿Me das un par?

Señala los zapatos del Hombre. Del montón, elige los más sobados, unos marrones de cordones que reconozco.

Le pregunto: ¿No te gusta dibujar? ¿No los quieres? Los voy a tirar. Mi hijo ya es mayor.

Insiste: Es que quiero otra cosa. Quiero eso.

Pienso: ¿Para qué puede querer una niña los zapatos de un vecino muerto?

Le pregunto: ¿Para qué quieres sus zapatos?

Me dice: Para qué va a ser. Para andar.

No sé por qué le respondo: Pues te los regalo con una condición. ¿Hacemos un trato? Te los doy si me cuentas. ¿Qué hacías aquí cuando el Hombre murió? ¿Por qué te dejó una carta? Cuéntamelo y te los puedes llevar.

La Niña hoy no viene descalza y quizás por eso su aspecto es menos indómito, aunque siento que es una pose. Se quita los suyos, unas merceditas azules a juego con la camiseta. Se mete en los zapatos del Hombre. Comienza a caminar por la casa arrastrando los pies, sacudiendo la melena. Vamos a la calle, me dice mientras me acerca otro par. No digo nada. Obedezco. A veces, obedezco. Caminamos alrededor de la manzana con los zapatos de un muerto. Ponerse los zapatos de un muerto, comenzar a sentir sus vicios al andar, sus inclinaciones y deformidades, el talón cuarteado de tanta sequedad, el hoyo en una de sus plantas, su dolor.

Me odio por no haber podido inocularle las ganas de vivir, aunque en el fondo, en la planta del pie que ahora muerde sus pasos, lo odio por no considerar al Hijo razón suficiente para la vida.

Cuando nos vayamos, cuando abandonemos este sitio para siempre, dejaré una nota clavada en la puerta que diga: *En esta casa de desamparo murió el Hombre sin zapatos.* Porque cuando me vaya, cuando limpie todo esto, no quedará nada. Ni del Hombre muerto, ni del Hombre vivo, ni de sus zapatos. Nada.

La Niña me coge de la mano. A veces me mira como si supiera.

Me dice: Vale. Si me los das, te cuento. Tengo once. Casi doce.

Diligencias previas Nº 2570

INSTITUTO DE MEDICINA LEGAL
SERVICIO DE GUARDIA
DILIGENCIAS PREVIAS Nº 2570
JUZGADO DE INSTRUCCIÓN Nº 163

Ante S. S. con mi asistencia, comparece la médico forense L. G. S., quien en virtud del juramento que tiene prestado de cumplir bien y fielmente a su cargo:

RELACIONA que, en cumplimiento de lo ordenado por el Juzgado, ha procedido a realizar la diligencia de levantamiento del cadáver identificado como

EL HOMBRE

A efectos de practicar el informe sobre el levantamiento del cadáver conforme al apartado 6º del artículo 778 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal.

Antecedentes del caso:

Varón con antecedentes médicos de trastornos depresivos desde hace unos dos años, según la información aportada por la familia. Fumador y bebedor ocasional. No estaba siguiendo tratamiento ni terapia alguna, según las declaraciones de los familiares. Tenía un hijo adolescente de su primer matrimonio, con quien mantenía una relación aparentemente cordial. El último contacto de su exmujer con el fallecido fue hace 7 días, mediante llamada telefónica.

Según la información aportada por los miembros del Grupo de Homicidios, el Hombre salió a tirar la basura alrededor de las 13:00 horas. En el portal del edificio, se encontró con un vecino con el que tuvo una disputa por la hora de tirar la basura. Volvió a su domicilio y cerró puertas y ventanas. Ya no volvió a salir.

En el bolsillo tenía una cuartilla plegada en cuatro: por una

cara, doce gusanos dibujados aparentemente por un niño con la lista de las preposiciones y por la otra, una relación de nombres y apellidos. Algunos son actores conocidos.

En el momento de la muerte se encuentra acompañado de una vecina, una niña de doce años. La niña avisa a la familia del Hombre y le dicen que no haga nada, que ellos se encargarán de todo. Mientras espera, pone incienso por la casa porque, según declara, una vez se murió su conejo y lo escondió debajo de la cama hasta que empezó a oler. No quería que su vecino oliera. El incienso prendió una de las mantas y aquello provocó el incendio. Los vecinos llamaron a los bomberos, que se presentaron en el domicilio a los 8 minutos. A su llegada, encuentran el cadáver, por lo que avisan al 061 e inician el protocolo judicial, acudiendo al lugar el forense de guardia, indicativo de policía científica ALFA20, indicativo de policía judicial del grupo de homicidio CAN20. La niña hace mención a una carta de despedida del difunto. No ha sido posible localizarla en el domicilio.

Que antes de la llegada del forense e indicativos de policía judicial y científica se persona ambulancia con médico M. P. y nº profesional 13243647, los cuales actúan con el finado dejando parte médico al indicativo actuante.

Que mientras la comitiva judicial realiza su trabajo, el indicativo actuante PABLO 06 se dedica a custodiar la entrada al domicilio para preservar el lugar de los hechos.

Que durante toda la intervención la Niña se encuentra sentada en el descansillo del bloque, no moviéndose de la escalera, mientras se intenta localizar a sus progenitores, sin éxito.

Que una vez terminada la actuación de la Comitiva Judicial y del Grupo de Investigación, la puerta se queda cerrada con llave y precintada informando a la familia de la prohibición de entrada en el domicilio hasta que lo autorice la policía judicial de homicidios.

Examen del cadáver:

Se realiza en el domicilio del fallecido a las 22:00 horas en presencia de la Policía Nacional, Grupo de Homicidios y Policía Científica.

El fallecido se encuentra en la cama, vestido con pantalón vaquero y camiseta negra. Está descalzo. En el bolsillo porta un folio doblado cuatro veces. Por una cara, la lista de las preposiciones y el dibujo de doce gusanos. Por la otra cara, una lista de nombres y apellidos.

Encima de la cama, junto al fallecido, hay abierto un libro titulado *Nueve cuentos,* que dejamos sobre la mesita de noche.

A la exploración presenta únicamente palidez cutáneo-mucosa. No se observan lesiones en ninguna parte del cuerpo.

El cuerpo se encuentra tibio al tacto. La rigidez es generalizada y se vence con dificultad y las livideces son violáceas intensas, que se localizan en planos dorsales y no desaparecen a la digitopresión.

La Niña relata que se encontraba con él en el momento de la muerte, que pasaron la tarde juntos. Él se tomó el líquido de un bote de cristal marrón porque le dolía la cabeza. El bote se encuentra en la mesita de noche con restos de líquido transparente en su interior y restos de haber despegado la etiqueta exterior (es remitido al SPF).

Conclusiones médico forenses:

Los datos obtenidos en el levantamiento orientan a que se trata de una muerte violenta de etiología suicida, cuyo mecanismo más probable es la sobreingesta medicamentosa. Sin embargo, al no conocer estos extremos con un mínimo de rigor pericial, se procede a su traslado al servicio de patología forense para la práctica de la autopsia médico legal.

Nada hace sospechar la implicación de terceras personas en el fatal desenlace, teniendo en cuenta que no se presentan signos de lucha o desorden en el domicilio, la puerta del mismo se encontró cerrada con llave y el fallecido no presentaba heridas ni lesiones de defensa.

Es todo cuanto tiene el honor de informar según la misión que le ha sido encomendada.

El Gran Profeta es solo un vacío

Agujeros: donde quieras que mires, únicamente ves agujeros.

Se lo has dicho esta mañana a tu mujer, cuando te ha enseñado las entradas del museo para ir a ver la exposición de Pablo Gargallo. ¿Por qué nunca se hace lo que tú quieres? No tienes ganas de ir a ver agujeros, piensas. No necesitas recrearte en cavidades de hierro forjado. No. No le dices nada. Cómo hacer. Permaneces de pie frente al espejo, mientras ella se pasea desnuda por la casa, haciendo ostentación de su libertad y de lo que ella llama su costra, esa acumulación de mierda bajo las costillas. ¿En esto se ha convertido tu matrimonio? Si tú no le muestras tus agujeros, ¿por qué ella se afana en exhibir lo putrefacto? Es impúdica, irreverente. Su cuerpo no concibe ataduras, ni siquiera las suyas. Antes te ponía. Te ponía ese cuerpo generoso y a la vez contenido, los pechos redondos, de una belleza casi molesta, su uno setenta y ocho desmedido envolviéndote y agarrándose a tu cintura. Te empalmabas con solo olerla cerca, pero luego comenzó a ocurrir aquello y tuviste que recurrir a otras correrías en las que ella, en un comienzo, te acompañaba con una sumisión que te ponía aún más. Desde que nació el Hijo, apenas si puedes tocarla, aunque su cuerpo ha cambiado tanto que únicamente la deseas cuando te golpea el deseo de otro hombre sobre lo que es tuyo, pero en cada exceso, en cada jugar a ser otros, experimentáis un renacer, una esperanza que aleja la línea del horizonte y que os ayuda a manteneros a flote. Porno. Cibersexo. *Pegging*. Sexo telefónico. Intercambio de parejas. Sexo en grupo. Todo vale con tal de reflotar el deseo.

¿Por qué nunca se hace lo que tú quieres?

La primera vez que ocurrió estabais en Ibiza. Habíais bebido y bailado durante horas y por eso, aunque no, no era por eso, lo sabes bien, lo supiste luego, porque aquella primera vez se

repitió más tarde, se repitió muchas otras veces implantándose en tu cabeza, de forma que a cualquier anuncio de sexo le precedía una especie de embriaguez paralizante que casi garantizaba tu falta de erección.

La primera vez que ocurrió, al llegar al hotel, pusiste una película porno. Os desnudasteis dando tumbos y rodasteis sobre la cama *king size,* ella rasgando con las uñas el envoltorio del preservativo, aunque tantas veces le advertiste, que no, cuidado con las uñas, que no, así no, cuidado con la goma, pero en casa nunca se hacía lo que tú querías. Tampoco ahora, te reprendes mientras te abrochas los vaqueros para acudir a la jodida exposición.

Recreas aquel día cientos de veces para intentar vislumbrar por qué o cómo se produjo el crac, aunque en realidad ya albergas pocas esperanzas de descubrirlo. Crac. Algo quebrándose. Tu deseo, tu erección, tu cabeza, tu infancia. Ella te colocó el condón, deslizándolo hacia la base. Tu mujer se percata enseguida de tu polla a medio camino, ligeramente desviada hacia la derecha y decide obviar el problema, porque reconocer un problema exige la búsqueda inmediata de una solución, claro, y a veces la solución lo arrastra a uno, la arrastraría a ella, así que no, en lugar de prestar atención a la evidente falta de deseo que descansa sobre tu muslo derecho, ella decide estimularte con la boca y gemir más alto, imitando los sonidos de la escena de fondo. Los gemidos no hacen que mejore, qué va, al contrario, te impiden la fantasía, la interrumpen, no te permiten irte lejos de la habitación de hotel. Se te pone floja. Se desinfla, de sangre, de vida, de ganas. Se arruga, se repliega dentro de ella misma. No quieres mirar. Sabes que tienes que deshacerte de la funda, tirarla a un lado, es como vestir un abrigo cinco tallas mayor y pretender encima llevarlo abrochado con dignidad, tapiado de arriba abajo. Cierras los ojos. Y entonces piensas: puta. Lo piensas bajito, casi sin ganas, con temor, no sabes de dónde ha surgido esa palabra, pero solo al pensarla percibes que tu sexo late con más fuerza mientras ella lo engulle, es casi un espasmo, y ella parece darse cuenta, parece gustarle y vislumbras en ella cierto alivio mezclado con la satisfacción de haber resuelto el

problema y te da la espalda tumbándose boca abajo y ofreciéndote sus caderas. Puta, vuelves a pensar, y de nuevo tu polla que reacciona, hasta que pronuncias la palabra con todas las letras y en mayúsculas, la pronuncias para ti y para ella, P-U-T-A, qué puta eres y sus ojos se empañan de desconcierto, quizás fuera incluso algo de temor, y escupes la palabra más alto, sin detenerte, ya sin condón, no quieres condón, fuera condón, dentro, fuera, dentro, fuera, dentro.

Ya.

Traspasaste el umbral, el oscuro límite. Ella se corre contigo y al acompasar la respiración, rompe en una risa nerviosa. La risa de ella es una ola de líquido amniótico meciendo un feto muerto. Tú eres el feto muerto. Ya. No sabes qué provocó este cambio. Crac. No lo sabes. Quizás una sombra encima de tu cabeza. Una corriente de aire frío. A partir de este momento comenzarás a ser dos. Puedes ser dos personas distintas, tú y esa sombra que planea sobre tu cabeza y que nadie ve. Tú y el que dice puta. Tú y el que piensa en ellas. Tampoco nadie siente la corriente de aire frío que a ti a veces te arrastra.

Llegáis al museo. Pagas la entrada con desgana. Diez pavos. En tu bolsillo derecho, palpas dos cápsulas de Nolotil que cogiste por si persistiera el fuerte dolor de cabeza que vienes sufriendo los últimos días. Tu mujer sigue las flechas y el recorrido indicado. Tú te alejas de ella y de su camino, decides hacer la travesía solo, vagas de forma caótica por la sala y te diriges sin demora a la que intuyes es la pieza central. *El profeta.* «Gargallo es el introductor del vacío como volumen en la creación de un nuevo lenguaje escultórico», lees. La idea de esculpir el vacío te parece sugerente. Las luces y sombras que proyectan los agujeros estimulan las tuyas propias. El agujero de la boca del profeta como un grito. Tú como un grito. A través del agujero superior del profeta vislumbras, al fondo de la sala, a tu mujer. Tu mujer embutida en un agujero. Tu mujer en la boca del profeta.

Cuando nadie mira, metes la mano en uno de sus agujeros, el más grande a la altura del pecho. Has pagado la entrada. Diez euros la entrada te da derecho a probar qué se siente al atravesar el vacío de su pecho. No sabes quién te hizo el

primer agujero, la primera convexidad que te transformó. ¿Quizás fue en el colegio? Sí, quién sabe, pudiera ser. La Obra es un coladero y quizás aquella conversación con tu padre espiritual, *Dios te ha elegido, hijo mío,* eso te dijo. Dios, a ti. Que me lo diga él, respondiste, que me hable. ¿Por qué Dios no me habla para que yo sepa que me ha elegido? ¿Por qué lo elige a usted para hablarle de mí? También aquel era un profeta, un intermediario entre la humanidad y Dios. Pero no le crees y tu escepticismo se inyecta en tu cuerpo abriendo el primer boquete, ese hueco origen de todo y que es como una gran boca hambrienta, como el grito del profeta.

Una joven uniformada interrumpe tus pensamientos: *Señor, por favor, no puede usted tocar las obras.* ¿La estoy tocando? No, no la estoy tocando. He metido mi brazo por uno de estos agujeros sin rozarla siquiera. Le he metido el brazo en el estómago a este profeta, a todos los profetas, sin rozar sus paredes. Desearías explicárselo a la chica para que se replantee tanta norma absurda. Seguro que no conoce el juego de *Operación,* ese al que jugabas con tus primos y al que siempre ganabas gracias a tu pulso, extrayendo cada pieza con pinzas de cirujano sin rozar las orillas. Desearías preguntarle cómo ha terminado trabajando en este lugar y si ella también tiene esos agujeros o qué orillas ha rozado al extraer qué piezas. Por eso le sonríes, aunque ella no te devuelva la sonrisa, porque nunca jugó a las operaciones. Perdón, crees que le dices. Miras hacia el fondo de la sala. Tu mujer está desapareciendo a través de uno de los agujeros del profeta.

Cuando robaron la *Mona Lisa* en el 56, recuerdas, el gentío, autómata, iba a contemplar el hueco que había dejado el cuadro, como si tal ausencia significara más que el cuadro en sí mismo. Te preguntas si cuando no estés, cuando todo tú seas un enorme agujero oscuro, ellos vendrán a contemplarte. ¿Se darán cuenta de que tú eres, sobre todo, tus huecos?

El peso de todos tus agujeros es la roca que empujas. A veces eres Sísifo y otras el profeta, un día te agujerean, otro te obligan a empujar tus carencias para luego volverlas a dejar caer al pie de la montaña. Tu condena, tu gran tragedia, no es otra que la conciencia de que no lo lograrás, de que la

pendiente es demasiado violenta como para permitir a cualquier piedra enraizar en la cima. De que por más que alcances la cima, siempre, siempre, volverás a caer.

La lista del Hombre

Edgar Allan Poe
Lewis Carroll
Irina Ionesco
Roman Polanski
David Hamilton
Fernando Sánchez Dragó
Jeffrey Epstein
Antonio Machado
Gabriel Matzneff
Gilles Deleuze
Louis Aragon
Roland Barthes
Jean-Paul Sartre
Simone de Beauvoir
Foucault
Salinger
Woody Allen
Stephen Collins
Charles Chaplin
Jerry Lee Lewis
Alejandro Díaz
Manuel Cociña y Abella
Cesáreo Gabaráin
Donald Trump
Ivanka e Ivana Trump
Mick Jagger
Naomi Campbell
Alec Baldwin
Charles Spencer
Kevin Spacey
Chris Evans
Michael Jackson

El pulgón del guisante estalla cuando se acerca la mariquita

Desde que hemos llegado a este pacto de aparente sinceridad, los silencios se vuelven más largos y las preguntas más difíciles.

La Niña ata mi mirada con preguntas en cada visita:

—¿Se suicidan los animales?

—No creo. No sé.

—¿Ninguno?

Se hurga en la postilla de la pierna izquierda.

—Deja de hacer eso, anda.

Hoy le noto algo especial. Lleva unas mallas cortas con un parche remendado a la altura del muslo y una camiseta rosa, pero del cuello le sobresale un lazo brillante de lo que creo que es un bañador. No es época de playa ni de chapuzones.

Supongo que la Niña siente mi extrañeza, porque se da una vuelta completa mostrándome —intuyo— su atuendo.

Pregunta: ¿Te gusta? Me lo ha regalado el novio de mi madre por mi cumple. Ya soy mayor. Tengo doce. Mamá dice que me han salido ya los botones.

Se levanta la camiseta. Es un bikini. Un bikini con relleno. Sospecho que mi estupor es el culpable de que la Niña se cubra de nuevo con rapidez. Quiero decirle que no es culpa suya, que sexualizar el cuerpo de una niña no está bien, pero no me da tregua. Insiste.

—¿Se suicidan los animales?

No sé digerir su naturalidad al abordar un secreto que todos intentan ocultar. No hay duda de que la Niña sabe y me lo muestra, cada vez, con sus preguntas.

—¿Los animales? No sé. Algunos.

Las abejas. Ellas mueren cuando clavan el aguijón, ¿sabes? Se queda clavado dentro del enemigo. Ellas pierden el abdomen. Lo saben. Lo saben pero no les importa. Cuando se

sienten amenazadas prefieren la muerte. Todo para proteger la colmena. Atacan al enemigo aun sabiendo que van a morir. ¿Lo entiendes? Se sacrifican por el bien común.

No sé por qué le explico esto a la Niña. Ni siquiera sé si me entiende. La mayoría de las veces no consigo descifrar sus ojos.

Dice:

—Tontas. Son tontas. Yo escaparía. No perdería mi barriga por las demás.

Me encojo de hombros. Estamos sentadas en el suelo. Clasifico papeles en tres montones: «Tirar»; «Importantes»; «A revisar». La vida del Hombre, de cualquiera en realidad, en tres montones. Casi todo a tirar. Apenas nada importante. Poco que revisar.

—Y el pulgón del guisante también. Son capaces de hacerse estallar cuando se acerca la mariquita. Supongo que eso es prácticamente un suicidio.

Dice:

—Se lo merecen. No me gustan los pulgones, son asquerosos. Pero las mariquitas, ¡las mariquitas son tan monas!

Sonrío. Pienso que sí, que las mariquitas son bellas y voraces. Acaban con los pulgones, ácaros y cochinillas. Lo aprendí en una de las visitas a casa de don Pedro. Las mariquitas mantenían sus hortensias sin plagas. ¿Qué sentirá un pulgón para inmolarse antes de saberse devorado por la mariquita? ¿Pueden los animales dejarse morir?

Le digo:

—Ven, anda, acércate. Cuéntame algo. Dime, ¿por qué crees que quiso morir el Hombre?

La Niña se chupa un mechón de pelo. A veces creo que incluso lo mastica, como si estuviera engulléndose a sí misma.

—Tú lo sabes.

—No, no lo sé. El Hombre y yo no hablábamos mucho. No nos entendíamos. Por eso nos divorciamos.

—Él no hablaba con nadie. No hablaba mucho.

—¿No? ¿Contigo sí?

—Estaba triste.

—¿Triste? ¿Por no tener a nadie con quien hablar?

—Tú lo sabes.

—No, no lo sé. Te lo he explicado.

—Sí que lo sabes. ¿Te gustaría ser una mariquita y poder volar y marcharte lejos?

—Supongo.

—Yo también. El Hombre no podía ser mariquita. El Hombre era pulgón, ¿no? ¿Por eso estalló?

—Quizás, no sé. La tristeza a veces puede hacernos explotar.

—¿Por qué no le dejabas ver al Hijo?

—¿Eso te contó?

—Y que te debía dinero. Por eso estaba triste. No tenía dinero ni tampoco al Hijo. Si el Hijo hubiera vivido aquí todo habría sido diferente.

—¿Diferente?

—Distinto.

—Pero, ¿por qué? Él sí que veía al Hijo. Tú misma lo conoces. Jugabais juntos a veces.

—Se te han olvidado los peces plátano: Entran en un pozo que está lleno de plátanos. Cuando entran, parecen peces como todos los demás. Pero una vez adentro, se portan como cochinos. ¿Sabes? Comen hasta reventar. Engordan tanto que luego no pueden volver a salir. No pasan por la puerta.

—¿Dónde has escuchado esa historia?

—No es una historia. Es un cuento. El Hombre me leía cuentos porque echaba de menos al Hijo. No se los podía leer a él. Tú no lo dejabas.

—Prometiste que me contarías. Te regalé sus zapatos.

—Yo nunca comeré como un cochino. Yo seré una mariquita.

—¿Por qué crees que quiso morir el Hombre?

—Tú lo sabes.

Piedra de Rosetta

—No, no sé cómo pasó.

—¿Qué ocurrió, amiga? ¿Acaso estaba enfermo? ¿De verdad que fue un infarto?

—No sé cómo pasó. No tendrías que haberme regalado una muñeca tarada. Éramos las mejores amigas. A tu mejor amiga no se le regala una muñeca tuerta y vieja y de cartón, sino una muñeca preciosa, entera. Y yo, yo estaba helada aquella mañana.

—A veces yo también coqueteo con la idea de dejar este mundo. ¿Cuánto vale una vida, Pepa? Mi madre se quitó la suya con barbitúricos. Aquella mañana estaba eufórica, feliz. Una vez toman la decisión, se animan, incluso se ríen, están alegres y radiantes, pero solo están celebrando la osadía, la liberación por fin. Lo dejó todo perdido de vómitos. Tardé dos días en quitarle el olor al sofá.

—Los desagües no tragan. Nada es lo que parece, ¿sabes? Abres el grifo y el agua se detiene, se estanca ahí durante horas. Nadie me cuenta la verdad. Solo los desagües hablan.

—Y tú, tú deberías dejar de plancharte el pelo. Lo estás quemando. Estás quemando tu precioso pelo de leona.

—No, no sé por qué lo hice. Lo siento tanto, Valentina. Yo, que sé tantas cosas, ahora no sé por qué destripé aquella muñeca.

—¿Te das cuenta? Nos pasamos la vida trabajándonos la aceptación de nuestro cuerpo y cuando por fin lo conseguimos, vuelve a cambiar y todo se empieza a caer. Alisar el pelo no sirve de nada.

—Sigo soñando con aquellos jirones de piel flotando en el líquido del lebrillo. Sus brazos y sus piernas, su vientre hinchado, sus manos gordas deshaciéndose.

—Siempre fuimos las mejores amigas, ¿o no? Siempre juntas, acuérdate.

—Todos me explicaban cómo ser una buena madre. Cómo dar el pecho, cómo hacer para que los pezones no se agrieten y sangren, cómo hacer para que duerma cuatro horas de un tirón, como hacer para que eche los gases. Todos, incluso los hombres que nunca parirían, me explicaban cómo hacer las cosas con el Hijo. No recuerdo prácticamente nada de aquella época.

—Por eso tuve que hacerlo. Tuve que abofetearte para que pararas. Me volviste loca, me sacaste de mis casillas.

—Sí, tienes razón. Me gustaría tanto contarte toda la verdad, todos los secretos. El de don Pedro y el de ahora. Pero me han cosido la boca.

—Te dolía más la fealdad que la pobreza, por más que fingieras lo contrario. Y yo te dejaba hacer. Te llevabas mis Alpino pensando que yo no sabía. Pero siempre supe. Supe todo, incluso lo otro.

—Yo no quería limosna ni dar pena. Tomaba lo que creía que me merecía. Por eso robaba. No lo hacía por hambre ni por pobreza. Lo hacía por rabia.

—Te hacía feliz un lápiz robado pero no uno mendigado.

—Ellos, son ellos los que me lo impiden. Todo esto pesa demasiado. Un infarto. Eso me dijeron.

—¿Que por qué? Una mujer es más mujer por las cosas que calla que por las que dice. Por eso. Por eso no te conté lo de tu padre ni por qué te dejaban ir a nuestro colegio.

—Me gustaría tanto. No sabes qué infierno.

—La veía a escondidas, en las afueras del pueblo. Hasta que la preñó.

—Qué bien que podamos hablar de todo.

—No te quito mérito, qué va. Te vendría genial un robot de cocina. Bien te lo has ganado. Pero deja de plancharte el pelo, mujer.

—Tienes razón. Hay momentos en que la vida adopta un nuevo centro y nos exige danzar en otra órbita. Pero la gente no es capaz de sentir el desplazamiento que esto provoca en el resto de elementos. Ese es el principio de todos los problemas, no entender que los nuevos centros generan huecos.

—Qué pena, Pepa. Tan joven que era.

—No, no sé cómo pasó.

Tenir au frais

Manténgase en refrigeración.

La idea es de la Niña: se esconderá en algún rincón de la casa mientras yo, en lugar de contar hasta diez, recito en voz alta las preposiciones.

Me pregunta: ¿Te sabes las preposiciones?

Claro, le digo.

Vale. Pues cántalas en voz alta mientras yo me escondo. Es un juego.

El apartamento está casi listo para ser devuelto al casero. Por primera vez vislumbro un final. He donado cuanto he podido, respetando en todo momento los deseos del Hijo. He guardado los objetos que él me ha ido señalando con el dedo: la cafetera; las fotos; algunas cartas; la pulsera rota del Espárrago Rock, concierto en el que nos besamos por primera vez; el jersey negro de cuello vuelto que más le gustaba; sus abrigos. La vida del Hombre cabe en un par de maletas y su contenido va a ir a parar a mi casa, para mezclarse con ella, con el Hijo, conmigo. Tan solo hay dos excepciones: Los *Nueve cuentos* de Salinger, último libro que el Hombre andaba leyendo y que escondí en mi bolso, y la taza que había en la encimera y que no he podido fregar ni guardar ni donar ni tirar, aquella donde el Hombre se tomó su último café, porque no es posible fregar ni guardar ni donar ni tirar la última vez de nadie.

Somos últimas veces.

¿Y con las primeras? ¿Qué hacemos con las primeras?

Manténgase en refrigeración.

La primera vez que te vi, acabé bailando desnuda bajo la lluvia. Fuera diluviaba, diluvia, pero nosotros nos resguardamos en el Citroën gris de tu padre donde muy pronto arañaremos nuestras horas y tú te harás río. Hay mañanas en las que soy río bajo la tierra, me dijiste, me dices, me dirás

luego, me dirás siempre, aunque no esa primera vez, de esa primera vez solo recuerdo un aguacero luminoso tras los cristales empañados cuyo único objetivo fue hacer de nuestra primera vez el relato de nuestra primera vez, ese que recrearemos en cada ocasión a lo largo de nuestro tiempo juntos, engalanándolo con detalles de los que ni tú ni yo estamos seguros, porque contar es vivir dos veces, me dijiste una noche de tormenta en la que comenzamos a ser nostalgia de lo que fuimos.

¿Apostamos?, me provocas. Aún estoy vestida. Aún no sé que la primera vez acabaré bailando desnuda. Y apostamos, claro, es fácil apostar cuando no se siente que se arriesga nada: no hay hipoteca, ni casa, ni trabajo fijo, ni coche propio, ni hijos; es tan fácil apostar cuando solo cabe ganar: un beso, unas risas, la libertad, un montón de primeras veces para narrarlas luego. Sin embargo, no consigo recordar en qué consistió el desafío. La pierdo, pierdo nuestra primera apuesta y tantas otras luego, porque tu caudal es rápido y profundo, exento de plantas acuáticas y dudas.

Dices: Hala. A bailar desnuda ahí fuera.

Me desnudo y obedezco. Mi niña fea aún le dice que sí a los hombres, aunque la que obedece ahora es una ninfa que se sabe poderosa. Bailo bajo la lluvia durante la última noche del último Espárrago Rock que acabó con sesenta mil metros cuadrados anegados de primeras veces en el Circuito de Jerez. Tú limpias el vaho de los cristales con la manga. Tú frotas el cristal mientras yo bailo, mientras en el pabellón más próximo ensayan los Celtas Cortos su «Cuéntame un cuento», mientras el cielo se pliega sin ningún sometimiento, mientras la lluvia golpea la noche con furia y arrastra tiendas de campaña, guitarras, pases de prensa, mochilas. A nosotros, no. Nosotros permanecemos anclados a nuestra primera vez. Cuéntame un cuento. Es 15 de abril y ya nunca más se celebrará otro Espárrago Rock en el Circuito de Jerez, pero somos demasiado jóvenes para intuir que basta un adverbio de tiempo, un adverbio de tiempo y ya luego, nunca, jamás, nada.

Manténgase en refrigeración: la primera vez que te vi, acabé bailando desnuda bajo la lluvia. Los vivos somos una cordillera

de primeras veces. Los muertos son, para los vivos, una constante cacería de últimas veces compartidas.

La Niña insiste: Es un juego, venga.

La Niña no tiene edad de preposiciones. Las recito sin mucha convicción mientras escucho cómo ella sale corriendo y sin saber bien por qué, me salto algunas de forma aleatoria. No digo: excepto, durante, cabe. Al terminar grito: ¡Quien no se haya escondido, tiempo ha tenido!, como solía hacer con el Hijo, emprendiendo una búsqueda absurda por un páramo donde no es posible esconderse al abrigo de nada, de puro desamparo.

Niña —susurro—, Niña, ¿dónde estás? Meras palabras para aturdir el tiempo y que llegue por fin la hora de rematar el jueguecito al que no sé por qué he accedido. En mi deambular por la casa, llego a la habitación del Hombre y veo asomar bajo su cama un par de zapatillas grises. No levanto la colcha. No me arrodillo. No quiero mirar bajo las faldas de un muerto. Tampoco voy a arrastrarme bajo su cama, de forma que continúo buscando a la Niña, ignorando el par de zapatillas que asoman y que nunca antes había visto porque —estoy segura— no estaban allí.

No me decido a acabar con el teatrillo de forma brusca, así que doy un par de vueltas mientras finjo que continúo con la búsqueda, cierro puertas y cajones rompiendo la penumbra, como si ella pudiera esconderse en el cajón de los cubiertos o tras el único espejo apoyado en la pared, hasta que regreso a la habitación del Hombre y le hablo a la cama: Niña, tengo que seguir recogiendo. Venga, va. Sal de ahí.

Las faldas de la cama sudan silencio. Estoy cansada, tengo hambre, apenas he dormido. Y necesito acabar con esto.

Digo: Venga ya, Niña. Que salgas.

Pero la Niña no sale y yo me impaciento: ¡Que salgas, coño!

Y ahora *sí* que me arrodillo, levanto la colcha y de un manotazo tiro las dos babuchas del Hombre bien lejos. Me llega una conocida sensación de estallido inmediato, excitante, temida, esa que me recuerda que estoy viva, como cuando de niña no sabía por qué hacía ciertas cosas y abrazaba a la muñeca, mi niña-mi amor-vamos a bañarnos, un bañito que te

limpie que estás toda sucia, quiero continuar frotando el cuerpo de la muñeca que ya es el mío y es el de la Niña, y las tres flotamos como jirones de piel muerta en aquel lebrillo de Valentina. Tiro las zapatillas que golpean el marco de la puerta del dormitorio, y junto a ellas, patina por el suelo de teselas de colores un móvil.

No un móvil.

El móvil.

Corro a alcanzarlo sin pensar, no sé si porque temo que se rompa o porque quiero cogerlo y guardarlo antes que ella, aunque sigue sin haber rastro de la Niña.

Cuando me agacho, algo retumba a mis espaldas. Me asusta. La puerta del armario del Hombre se ha abierto de un golpe. No sé si lo sueño o lo veo: la Niña maniatada con una cuerda negra, rodillas flexionadas, piernas juntas, todo su cuerpo envuelto en cinta de regalo negra. La Niña como un morcón.

Le digo: Me has asustado.

Me dice: Lo siento.

Agarro el móvil con fuerza. Está encendido. Mis manos arden.

Murmuro: Tú no sientes una mierda.

Mientras le quito la cuerda negra alrededor de su cuerpo, recuerdo la fotografía de una mujer de espaldas, desnuda, atada con fuerza por una delgada cuerda, su cuerpo deformado, vuelto una masa de carne desbordada. *Tenir au frais.* Así se titulaba la foto. Era la portada del número cuatro de la revista *Le surréalisme, même,* dirigida por André Breton en 1958. Una mujer hecha de sus propios pedazos, una mujer-embutido que había que refrigerar para conservar.

Le pregunto:

—Dime una cosa, ¿por qué has hecho esto?

—Es un juego.

—Ya, pero es extraño.

—¿Tú no juegas con el Hijo?

—Jugaba. Ya no. Pero no a esto.

—¿No? ¿Por qué no?

—No es divertido. Anda, dime, ¿cómo se llama este juego? ¿Tiene nombre?

—Me has mentido. No te las sabes. Te has saltado tres preposiciones.

—Sí que me las sé. Solo estaba comprobando que tú las sabías. Ahora ya sabemos que eres una niña muy lista. Venga, niña lista, ¿cómo se llama este juego?

—Tú lo sabes. Lo sabes igual que las preposiciones, ¿a que sí?

—No, esta vez no. No sé cómo se llama.

Por fin la libero. Sale del armario. La cuerda me quema las manos.

—Kudryavka. Se llama Kudryavka.

Escuchar las nueve letras me paraliza. Los ojos de la Niña son un campo de sus propios pedazos, una niña embutido que hay que mantener en refrigeración.

Lista de precios

Hackear un servidor web (VPS o *hosting):* 120 dólares
Hackear un ordenador personal: 80 dólares
Hackear un perfil de Facebook, Twitter, etc: 50 dólares
Desarrollar *spyware:* 180 dólares
Localizar a alguien: 140 dólares
Cambiar notas universitarias: 150 dólares
Investigar a alguien: 120 dólares
Ciberextorsión: consultar precios
Comprar drogas: consultar precios
Comprar armas: consultar precios
Pornografía infantil: gratuito
Clonar Mastercard con PIN: 25 dólares
Clonar American Express con PIN: 45 dólares
Clonar VISA con PIN: 35 dólares
Falsificar carné de conducir: 700 dólares
Falsificar pasaporte: 730 dólares
Hackear cuenta de Facebook: 75 dólares
Hackear cuenta de Instagram: 75 dólares
Hackear cuenta de Twitter: 75 dólares
Hackear cuenta de Gmail:75 dólares
Seguidores de Instagram x 1000: 7 dólares
Compra de órganos: 200 000 dólares
Palizas por encargo: 3359 dólares
Secuestro alto cargo: 30 000 dólares

No estoy en ningún lugar

Cuando por fin la Niña me entrega el móvil del Hombre, lo guardo en uno de los cajones del despacho junto con el portátil. Todos los reclaman. El Hijo, la Niña, la familia, yo misma. Todos queremos conocer los motivos.

No saben que el Hombre era río.

Lo siguiente que hago es llamar al Hijo. Le expongo mis razones: salvaguardar la intimidad del Hombre, conocer de él solo lo que quiso compartir en vida. Y cómo, pregunta. Cómo lo hacemos. Está intrigado. Le hablo de un perito informático amigo que puede extraer las imágenes y recuerdos del Hombre sin necesidad de que veamos todo el contenido de los dispositivos, sino exclusivamente los recuerdos que el Hijo quiera conservar y los datos útiles para los trámites exigidos por los vivos para los muertos. Accede a regañadientes, no comprende las razones para tanta precaución, porque el Hombre —argumenta— no tenía secretos para él. Me enternece su inocencia.

Está anocheciendo. Durante los últimos días trato de convencerme de que el suicidio es un acto legítimo, un gesto más que respetable de despedida frente a un estado de dolor insoportable. Yo misma soy capaz de imaginarme optando por la muerte si la vida fuera una carga insufrible. Para Ellos es distinto. Para Ellos, la vida es un obsequio sobre el que únicamente tienen derecho de uso, no de gobierno. No pueden disponer de ella. No pueden disponer de nada, en realidad. Por eso es pecado acabar con la vida: es usurparle la soberanía a Dios. Por ello el silencio. Por ello la mentira.

Llamo al perito informático desde la casa del Hombre. Las bombillas de tungsteno parpadean, como si la casa tuviera un corazón que padece arritmias o extrasístoles, latiendo de forma irregular y aleatoria, donde es imposible encontrar patrón

alguno.

Nos conocemos desde hace años. Es uno de los pocos amigos comunes que el divorcio no dilapidó. El resto se alió a uno de los bandos o fue desapareciendo para no verse obligado a tomar partido. No pregunta por el Hombre. No da el pésame. No hace referencia alguna a la tragedia que supone morir a los cuarenta. No se interesa por el Hijo. No pregunta qué ocurrió. Se limita a escuchar desde el otro extremo y a enumerar los pasos a seguir. Añade la tarifa: seiscientos euros. Por ser amiga, la mitad. Los recuerdos del Hombre cuestan trescientos euros. La amistad vale trescientos euros. Trago saliva. Cercenar nuestra economía familiar a cambio de ciertas imágenes y evitar que el Hijo sepa la verdad, porque así lo han decidido otros. Me incomoda su torpeza ante la muerte, pero me anima pensar que pronto tendré los archivos y habré acabado de limpiar la casa del Hombre. Pronto habrá terminado todo y podremos continuar con el duelo. De ahí mi apremio, así que sigo sus indicaciones y le dejo el móvil y el portátil en un comercio cercano para que los recoja.

En cuarenta y ocho horas me devuelve la llamada. Continúo en la casa del Hombre, vaciando su dormitorio.

Dice: Pepa, quiero que veas algo.

Le digo que para qué esperar. Llega en treinta minutos. Antes, me aseo un poco: me hago un recogido que parece descuidado. Me lavo las manos, los dientes y las axilas —no sé a qué viene ahora esta estúpida coquetería—. Bajo a abrirle el portón de madera que, a pesar de estar siempre abierto, alguien cerró. No sé cómo saludarlo después de tanto tiempo, después de la pandemia, pero le doy dos besos y me cuelgo de su abrazo sin preguntar. Le ha crecido el pelo. Trae una botella de vino que tirita dentro de la bolsa de papel. Está nervioso y eso me inquieta.

Según el perito informático, esta casa está demasiado muerta. Sonrío ante la ocurrencia; cuando algo muere no puede volver a morir o hacerlo más intensamente, ¿no? No importa. Supongo que capto lo que quiere decir. Los pocos objetos que quedan nos miran huérfanos desde su rincón, cubiertos de polvo. Pasa sin apenas mediar palabra y deja la

botella sobre la mesita baja del salón. Abre el portátil del Hombre. Se acomoda de rodillas en el suelo. Yo le imito. Parecemos fieles en una liturgia.

Abre un primer archivo *emepecuatro*. El comienzo está desenfocado, como si fuera un sueño. En cuestión de segundos, la imagen se torna nítida. Soy yo. Miro al Perito. ¿Soy yo? Él asiente. Soy yo hace quince años, paseando por la vía Corso Como de Milán de la mano de un hombre. La cámara nos sigue mientras nos detenemos en cada esquina para besarnos, para devorarnos, lejos de todo. Cenamos con vino. Reímos. La cámara nos sigue hasta el hotel. La Pepa de hace quince años tiembla con vehemencia camino de la habitación que compartirán dos noches enteras. Añoro a esa mujer de las imágenes de la que apenas queda nada. La violencia de la culpa es devastadora.

¿En qué parte del cuerpo alberga una mujer la culpa? ¿En el coño?

¿Y la nostalgia? ¿Dónde guardamos la nostalgia?

No hay sonido más terrible que el del orgasmo ajeno cuando una no es capaz de tener los propios.

Sí, recuerdo aquellos dos días con culpa y nostalgia. El Perito me abraza en silencio. No se lo he pedido, aunque tampoco lo rechazo. El vídeo ha finalizado y la Pepa de hace quince años se queda en pantalla, como congelada, mirándonos desconcertada. El Perito me besa. Tampoco se lo he pedido, pero tampoco lo rechazo. A veces digo que sí a los hombres sin encontrar en mí el menor indicio de consentimiento. Sabe a tabaco. El Hombre sabía a tabaco. Y también me besaba.

Cada vez estamos más desnudos. Nuestra ropa se esparce por el suelo hidráulico del Hombre. Se amontona a nuestro alrededor. Nos rodea una montaña de secretos de algodón y poliéster.

Cada vez estamos más desnudos, sí, hasta que ya no hay más prendas que arrojar sobre la montaña. El Perito se levanta. Las pisa y las empuja a un extremo del salón, con ánimo de alejarlas de aquellas imágenes de la Pepa de hace quince años y su amante griego recorriendo de la mano las calles de Milán.

Lo hace con sutiles patadas que me parecen ridículas. Ya no es ropa limpia, pienso. No hay nada limpio aquí. Ropa usada y pisada.

Soy una adúltera encapsulada en el ordenador de un muerto.

Me toma de la mano para que me levante. La piel se nos eriza, palidece a causa del frío de la habitación, los brazos, las piernas, los ojos se nos llenan de tinieblas. No sé si quiero seguir con esto. *Esto* es el Perito envolviéndome con sus propias sombras, susurrándome que olvide la culpa, que el Hombre también me fue infiel, no es para tanto, Pepa, olvida ya aquello. *Esto* es el Perito admirando un cuerpo roto que él cree poder arreglar —desconoce, claro está, el gran número de virutas enrolladas que hay bajo mis uñas y mi pelo; imposible recomponer algo así—, o quizás admirándolo como una pieza única de colección, qué sé yo, aprovechándose de esta ocasión de saldo. Así que él también me fue infiel. Y qué. *Esto* es el cuerpo del Perito entrando en el mío, al principio con la delicadeza que demanda la fragilidad, luego con la rabia de las embestidas contenidas en el tiempo —el tiempo de qué, el tiempo de cuándo— sin otro miramiento que el propio placer. *Esto* es acompasar nuestros alientos en un jadeo único sobre las baldosas de mosaico de la casa de un muerto. *Esto* es el orgasmo de sentir de nuevo un orgasmo.

Me levanto para ir al baño a lavarme. Me satisface volver a retomar mi sexualidad lejos del concepto de *sex war,* donde el sexo se concibe únicamente como un lugar de peligro y riesgo para las mujeres, no de placer. No quiero ver en esto mi debilidad como mujer. Al llegar al baño recuerdo que no hay bidé, que el bidé fue arrancado en algún momento. Me tendré que quedar con la fianza para cubrir los desperfectos, me dijo el propietario hace unos días. ¿Quién arranca un bidé y deja el hueco ahí como recuerdo, con el cemento a la vista y rodeado de alicatado gris? Intento enjuagarme en el lavabo, pero tampoco traga.

Regreso al salón para buscar mi ropa. El Perito está sentado en el suelo fumándose un Lucky, sumido en el salvapantallas del portátil. Ha abierto la botella de vino —estoy segura de

que ha debido de traer el sacacorchos también; no recuerdo haber visto ninguno en la casa—. Le pido una calada, aunque hace años que dejé de fumar. Toma la cajetilla del círculo rojo, que hace algunas décadas era verde. La historia de su logo se estudia en todas las asignaturas de *marketing. Lucky Strike has gone to war*, dijeron. El Hombre también fumaba Lucky. Y tenía un círculo rojo en el pecho. Y libraba su propia batalla. Me posa el cigarro en los labios con cierta timidez. ¿O es bochorno lo que siente? Sin preguntar, me sirve vino en una taza con el asa rota recuerdo de mi viaje a Lisboa con el Hombre.

Dice: Pepa, aún hay más.

No sé por qué siento miedo. ¿Hay motivos?

El Perito bebe de nuevo y desliza el índice por el ratón. Los colores de la pantalla desaparecen. Abre una carpeta. Luego otra. Y otra. Sus ojos recorren la pantalla con rapidez, pero sus manos se mueven tranquilas. Aquí, dice cuando encuentra lo que busca. La expresión le cambia. Suspira. No te va a gustar, Pepa, no te va a gustar.

Intento recordar algún otro episodio de mi vida que el Hombre hubiera podido grabar y almacenar con una finalidad oculta, pero no, no doy con nada que tenga interés. El Perito abre una carpeta y le da al *play* del primer archivo. Aquí lo tienes todo, me dice con un tono neutro. Se levanta y me deja sola ante la pantalla. Solo pongo dos vídeos. El primero lanzado por el Perito. El segundo para asegurarme de que no he interpretado erróneamente las imágenes. Hay muchas fotografías también.

Son cuerpos no acabados.

Cuerpos no acabados que envejecen ante la cámara, cuerpos sin formas rotundas pero colmados de promesas. Niñas, algunas muy pequeñas, practicando sexo. O no. Siendo obligadas a practicarlo. A ellos, a los hombres, nunca se les ve el rostro. Ni el cuerpo. A lo sumo la polla que ofrecen y graban como un trofeo.

Veo las imágenes pero no las proceso. Es como si no tuvieran nada que ver conmigo. El Perito se muerde el labio, frunce el ceño y posa la mano sobre mi hombro. En ese instante vuelvo a ser consciente de mi desnudez. Su contacto

me impide escapar, me ancla al suelo. Creo que si no estuviera él, ya hubiera cerrado la carpeta, el portátil y habría continuado con mi tarea, con esta misión automática de escamondar la casa de un muerto sin tomar ninguna decisión más allá de qué montón elegir —a tirar; a donar; a conservar para el Hijo—. Luego vino la sospecha de la carta de suicidio y los montones dejaron de importar o, quizás, adoptaron una orografía más amable. Pero ahora, ¿qué significan estas imágenes? ¿Qué hago con ellas?

Ay, la cobardía.

Siento un pellizco en la costilla. Mi costra ya no es suficiente para esto. No hay barrera con la suficiente fortaleza como para protegerme de algo así.

Los ojos se me llenan de lágrimas, de niñas dormidas en excursiones escolares con la falda subida, con la camiseta bajada. Sus padres cenan tranquilos en casa. Trinchan el filete de ternera al punto mientras ven la tele. Le falta sal. Ven saqueos, estafas, delincuentes, violadores. Menos mal que nosotros no. Los ojos se me llenan de niñas que duermen mientras alguien las graba. Sobre el césped o en uno de los asientos traseros del autobús escolar. Duermen y alguien se frota las manos. Duermen y alguien subasta sus sueños. Duermen y alguien las consume, se masturba con la ilusión de las niñas. También las hay despiertas. Niñas atadas con cuerdas negras, mirando al vacío. El vacío es la cámara. Es el que consume esas imágenes. Niñas contoneándose delante de móviles con barba, con voz ronca. Niñas abriendo las piernas y la boca. Manos violando infancias.

Los ojos se me desbordan de lágrimas, tranquilizadoras al principio en su emancipación de la culpa —así que no soy tan culpable de su muerte, después de todo—. Aterrorizadas después. Cierro los ojos porque no puedo continuar viendo a esas niñas. Cierro los ojos para no escuchar sus lamentos. Los gemidos de tipos anónimos, hombres como el Hombre, sobre ellas. Cierro los ojos y las lágrimas me corren por dentro.

Tengo el cuello rígido. Voy a gritar. Gritar para que las niñas me oigan. Gritar para insultar al Hombre. Gritar para recriminar al Perito haberme follado sabiendo esto.

El Perito me besa los ojos cerrados. Tiemblo. Se pierde entre los rizos de mi pelo. Me acaricia la protuberancia de mis vértebras bajas, de mi hernia discal. Continúa hasta la nuca. Tiemblo. Alarga la caricia. Lo miro. Se excita. Me excita. ¿Me excita? Me penetra. Le permito entrar. ¿Le permito entrar? Le pido que me lo haga otra vez. Y otra. Y otra más. Lo obligo a entrar para que yo pueda, por fin, salir, salir de allí, irme lejos.

Estamos en la casa del Hombre, pero de hecho, no. Estamos, estoy, en otra parte. En realidad —pienso—, hace tiempo que no estoy en ningún lugar.

Gusanos

—¿Qué dibujas hoy, hija?

La Niña piensa que su madre es tonta. O que, al menos, hace preguntas tontas. Está claro que está dibujando un gusano, un invertebrado, un anélido, basta detenerse un poco y ver qué ocurre, qué es, es uno de esos con anillos en el cuerpo que se arrastra por el suelo. Silencioso. Los gusanos son silenciosos. Los gusanos, el que dibuja ahora y todos los demás, son predecibles en sus movimientos, y eso la tranquiliza. La maestra llama a la madre porque la Niña está rara, me preocupa esa obsesión, señora, todo el día dibujando lo mismo, pero la madre trabaja poniendo desayunos, cervezas y comidas a otros muchos gusanos y también tiene sus propias larvas metidas por las vértebras y por los oídos y hasta por los ojos. La Niña mira hipnotizada los movimientos de los insectos. No pueden subirse de pronto encima de nadie. No tienen brazos, ni piernas, ni huesos. No pueden cogerte y colocarte sobre sus rodillas. Ni tienen rodillas. Ni pueden echarte el aliento, porque todo el mundo sabe que los gusanos respiran por la piel y por eso están siempre húmedos. Ni cerrar ventanas para que no penetre la luz ni la vida. A lo sumo, los de especies más pequeñas podrían colarse por algún orificio. Por la boca, por la nariz. Pero ella jamás les permitiría subir tanto. El hueco de abajo es otro cantar. Este pozo no consigue tapiarlo, por más que lo intente cerrando los ojos y arrancándose postillas. Por eso dibuja gusanos. Qué haría la familia, la seño, la mujer del Hombre, el Hijo, los vecinos. Qué haría el mundo si supiera que los dibuja para ahuyentar un mal mayor. ¿La ayudarían? Acaso lo saben. Acaso lo intuyen pero no quieren mirar. No desean conocer. Hace tiempo que no es como las demás. No puede serlo, porque hubo algo que la hizo diferente y todos consintieron. Se arranca las postillas, las amontona y las esconde en el cajón de su mesita de noche, junto a la muñeca,

allí donde queda algo de la gentileza de la infancia. Construye un montoncito de su cuerpo que quizás recomponga algún día, muchos años después, cuando ya no sea una mujer de once años, cuando deje de dibujar gusanos para evitar un mal mayor y todos comprendan que les da vida con los Alpino para que se arrastren y se metan por sus agujeros y ya no quepa nada más que gusanos. Solo gusanos. Ni dedos, ni zarpas, ni nada. Solo gusanos.

—Un bichito, mami, un bichito.

Cualquier destino consta en realidad de un instante

Te quedas ahí unos segundos, completamente inmóvil, sin saber cómo responder al saludo, si levantar la ceja o acercar la cara a su rostro inclinándote levemente para ponerte a su altura, un beso en cada lado del mundo, el día y la noche, pero al alcance de un suspiro o de un sueño, aunque también —a qué negarlo— a vista de pájaro, como te ocurría en la terapia, como te recomendaban en cada sesión: obsérvate desde arriba y huye a tiempo, escapa, sin reflexión alguna, sí, para no dejarte arrastrar por el deseo, por ese apetito que no es más que una renovada corriente de aire frío que bate los huecos de tu cuerpo y azota tus ausencias, aunque sea verano, aunque el sol golpee tu coronilla y estés sudando.

Reprimir el deseo te hace sudar.

Nadie ve lo que piensas ni lo que sueñas. Nadie sabe por qué sudas a pesar de tus manos frías, ni a qué se debe el olor que filtran tus poros. No has estado nunca con una mujer que supiera quién eres, quién eras, si es que alguna vez fuiste. Con ninguna mujer que se acercara a tus rincones más oscuros. Quizás una, quizás ella, un día, intuyó algo. Te dio un hijo y la castigaste con el abandono más doloroso, ese que perpetras cada día cuando tomas el café que te ha hecho por la mañana y le echas tres sobres de azúcar blanca, uno tras otro, enfrascado quizás en tus esquinas y entonces es imposible tomarse ese café dulzón y asqueroso, esto está asqueroso, piensas. O no. Lo dices. Vaya mierda de café, dices. Y todas las expectativas y frustraciones, todos los recuerdos y estados anímicos están ahora vertidos en el fondo de ese café, incapaces de disolverse a pesar de que hagas girar la cucharilla, a pesar de que ella te examine de pie en la cocina, desaliñada por el insomnio provocado por el Hijo y su hambre insaciable. Te dio un Hijo y desde entonces pasas las horas ausente intentando huir de tu

carne o intentando quizás endulzar todos los fluidos, como si ella no tuviera una presencia ni voz reales que sirvieran para nada más que servir ese café que tú echarás a perder.

Nadie ve lo que piensas ni lo que sueñas. Cómo decirles, cómo contarles que hace años que negocias a solas con tu propio deseo, aunque en el fondo, en el fondo de ese algo en lo que te has convertido, sabes que tu voluntad no es brida idónea, por más que te engañes. No, no quieres estar solo, sino rodeado de cuerpos sin juicio, de cuerpos inocentes.

Desconoces cuándo comenzaron a interesarte los cuerpos incompletos.

Ahora estás en casa y no puedes largarte. Es ella la que entra. En algún momento, pronto, tendrás que admitir que este apetito ya no te asalta de forma aislada, sino que esto te ocurre cada vez con más frecuencia. ¿Hubo un instante decisivo, una corriente de aire más violenta que las demás, o fue, más bien, la acumulación azarosa de todos ellos? ¿Somos fruto de aquello que hicimos o de lo que dejamos de hacer? ¿De lo que nos hicieron? De todas formas, sabes que es inútil tratar de ubicar en el tiempo la semilla de lo que hoy eres, porque ese grano enterrado en la tierra fue regado por numerosas manos —algunas amorosas, otras no tanto— y germinaste a pesar de todo o gracias a ello. No importa el motivo por el que hoy estás aquí. Estás aquí, sin más. ¿Estás? Hace tiempo que hablas en pasado de ti mismo cuando te narras. Lo haces desde que te echas de menos, aunque no sabes desde cuándo te ocurre ese no ser sino que fuiste, ese anhelo apenas perceptible de una vida en la que una vez jugaste a ser recipiente, antes de que llegaran los agujeros y fueras un colador.

Sabes que en una batea no solo se queda el oro, sino también la arena y la mierda. Depende del caudal del río.

¿Y el deseo?

El deseo es carencia, es lo que no se posee. Y tú no la posees. El deseo es una mirada llena de promesas y tú la estás mirando a ella. La miras sin saber cómo responder al saludo. Interrumpes tus pensamientos. Es algo que has aprendido a lo largo de años de terapia. Exiliar lo que eres. No ser. Ahuyentar al monstruo. Antes de que saludase y pronunciara tu nombre,

justo en ese instante premonitorio, tu deseo la invitaría a pasar, Pasa, ¿quieres un refresco?, tu deseo suplicándole quedarse a charlar un rato y el Hijo se ausentaría con alguna excusa sin importancia, algún quehacer del todo inverosímil, como arreglar su cuarto o hacer los deberes, así como son las fantasías contenidas largo tiempo. Entonces podrías hablar con ella sin interrupciones ni prisas, ella con sus vaqueros grises desgastados, tan exquisitamente impropios para otras, columpiándose en la silla de ruedas de tu despacho y tú sentado en el suelo, así vuestros ojos hablarían a la misma altura, o acaso los de ella un par de centímetros por arriba, para eso, para que ella pudiera sentirse poderosa y segura en aquel pacto ficticio a punto de ser firmado.

Si el Hijo no estuviera, quizás, o si se demorara, entonces, quizás podrías contarle una historia, uno de esos cuentos con ritmo trepidante que roba el aliento, sin interrupciones de ningún tipo, ella con los ojos despiertos lamiendo un mechón de su pelo oscurecido y acercándose tanto, tanto, que el sudor se ha extendido por todo tu cuerpo bajo la camiseta negra y tus vaqueros apretados, por las manos, por la espalda y el cuello, incluso por las ingles, un río de deseo que ella no intuiría tras tu postura exquisita y gentil, siempre contenido, como te enseñaron en la Obra, pero un río desbordado al fin y al cabo. Tienes una herida, le dirías al ver la postilla que asoma bajo sus vaqueros rasgados, una herida infectada, precisarías, y sin esperar confirmación ni respuesta irías a coger un trozo de algodón y uno de los muchos botes de Betadine repartidos por la casa (con cada herida que se abría el Hijo comprabas uno nuevo, incapaz de encontrar nada en aquel falso orden), y ella no se apartaría, no, no, no se apartaría sino que consentiría el roce de tus dedos, que se han vuelto un poco más cálidos de pronto, a pesar del sudor frío de tu espalda, tolerando este acercamiento que ella calificaría de paternal, porque nunca tuvo padre y porque el Hombre es un hombre y los hombres son, sobre todo, padres, aunque el suyo se marchara o quizás por eso.

Si alguna vez ella te hiciera un café no lo disfrazarías con ningún edulcorante, sino que permanecerías ensimismado en

las vistas cautivadoras de la Niña tendiéndote una taza, una batea repleta de pepitas de oro, para que tú la sorbas poco a poco, y le agradecerías el gesto acariciándole la nuca oculta bajo la melena con mechones ensombrecidos por su boca.

Pero no ahora mismo, porque en realidad, lo sabes, ella apenas te ha dirigido la palabra. Dale un minuto a la chica, ¿no? Es una cría. Les inoculan la desconfianza hacia tipos como tú desde pequeñas. ¿Eres capaz de darle un minuto? Bien. El temor a que te descubran y parecer un depravado es aún mayor que tu deseo, al menos de momento, y por eso lo tapas, por eso agachas la cabeza.

Te quedas ahí unos segundos, completamente inmóvil, sin saber cómo responder al saludo. Detienes esa desmesurada eyaculación de fantasías mientras la ves alejarse con el Hijo a su cuarto. Tiene razón Borges en eso de que cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad de un solo momento: el instante en que el hombre sabe para siempre quién es.

Bebo

El Perito continúa a mi lado en actitud expectante. Cambia el peso de su cuerpo de una pierna a otra. Ha cerrado el portátil y me mira en silencio.

Cojo el cenicero. Bebo algo más de vino. Derramo las cenizas en el suelo de colores. Bebo. Busco una escoba. Barro el suelo. Bebo más vino. Me tropiezo con el recogedor y las cenizas vuelan por el salón. Bebo. Cojo el portátil y lo cambio de lugar. El Perito me sirve más vino. Bebo. Quiero que me enseñes, digo. Bebo. A qué. A navegar por la *dark web,* a entender por qué, a entender cómo. Bebo. No hay nada que entender, Pepa. Sí que hay, yo quiero saber, quiero que me enseñes. Bebo. La vanidad del hombre está en mostrar que puede hacer, pienso. Por eso dice: está bien. La de la mujer, en que puede atraer. Por eso suelto un gracias que pretende insinuar promesas, pero el alcohol deprime mi sistema nervioso y siento que la niña fea ha vuelto. Bebo. Qué fea te pones cuando lloras, pero qué fea. Me secaron por dentro siendo chiquitita. La costra. Bebo. Es como un olor a mierda que se te queda dentro, por mucho que te laves, por mucho perfume que uses, por mucha ortodoncia. Aunque ya no seas fea, tu niña fea sigue encogida bajo un cuerpo de gimnasio y maquillaje, sigue ahí agazapada, a veces llorando, otras muchas buscando venganza. Él era río y yo le dije: Ojalá te mueras. Él era río y por eso desaparecía largas temporadas bajo las marismas del Guadalquivir. El Perito me mira con tristeza. No quiero su compasión, solo necesito que me enseñe. ¿Qué vas a hacer ahora? Bebo. Antes de ser capaz de responder, tengo que correr hacia el baño sin bidé, meter la cabeza en la taza del váter que no traga. Vomito. Él estaba podrido. Cogí la fruta más fea. Él estaba muerto mucho antes de morir. Vomito todo: las películas, las fotos, los vídeos, el rioja, al Perito, a mí misma. La costra tiembla, se resquebraja,

y por primera vez, estoy tentada de arrancármela para comenzar de nuevo, no hay dolor que importe ya, la herida está tan abierta que lo invade todo, parece una tumba abierta, y dentro, al fondo de la fosa, yace la culpa, moribunda, sin apenas aliento, participando de mi propia carne. Quiero llegar hasta el final. Voy a llegar hasta el final, a ese lugar donde todo encaje y la culpa deje de inflamar mi cuerpo.

Lista de pensamientos para el diagnóstico

Responda sí o no:

•La edad es solo una cifra.
•Es muy maduro/a para su edad.
•Me gustaría dejar de tener fantasías sexuales con menores.
•Todo esto me afectará en el trabajo. O en la familia. O en la pareja.
•Esta atracción va contra mis creencias. O mi religión.
•Que me gusten los menores me avergüenza. Me asusta.
•Me gustan los menores porque soy diferente.
•He pensado en quitarme la vida.
•Mi vida sería mejor sin esta atracción.
•Los niños que aparecen en las imágenes no son niños reales.
•Los niños son capaces de actuar de manera sexual para excitar a otras personas.
•El sexo con los niños es en realidad la expresión de un cariño del que carecen en casa.
•Las caricias sexuales no son sexo: son solo una expresión de amor.
•Las caricias mejoran la intimidad con el menor.
•A los menores les gusta; si no hubieran querido, ya se habrían negado.
•Si no hay violencia de por medio, al niño no le va a afectar emocionalmente lo que hacemos juntos.
•Los niños son seres sexuales con la capacidad y el entendimiento suficientes para tener una relación sexual con un adulto.
•Consumo imágenes, no por motivos sexuales, sino por lo estimulante y atractivo que resulta coleccionarlas, intercambiarlas, hacer algo ilegal, etc.
•La actividad sexual en sí misma no es dañina para los niños. Tampoco es dañina para los niños la *simple* actividad de ver

imágenes abusivas. Al no existir un contacto físico con los niños, no existe daño.

- Los niños no experimentan consecuencias negativas debido a la actividad sexual en sí misma, sino a la respuesta social tan negativa que existe a dicha actividad.
- El consumo de imágenes abusivas de niños no responde a un interés sexual hacia ellos, sino al placer sexual que me produce observar a otras personas en situaciones sexuales.

M. tiene los ojos azules y yo negros

Me paso los días acicalando el apartamento en el que vivió el Hombre y las noches embarrando las circunstancias de su muerte. Siempre me interesaron los engranajes de la mente y sus mecanismos, así que me abandono a la necesidad de saber. M. me acusa de no querer pasar página. Es imposible que te pongas en su cabeza, por más que leas e investigues. Es imposible que comprendas lo que pasa por la mente de un suicida, de un pedófilo, porque tú no eres él. De un suicida y de un pedófilo que durmió conmigo durante una década, le recuerdo. Y que vivió con el Hijo.

Y qué, me responde.

Habla así porque ella sí sabe, pienso. Ella tiene palabras para etiquetar qué ocurre en la mente de hombres que desean a prepúberes, narcisistas sin remordimientos, o con ellos, que abusan de sustancias, que a veces tienen trastornos de personalidad antisocial, conflictos matrimoniales, que han sido víctimas de abusos sexuales cuando eran niños, que cometen actos ilícitos, engañosos, abusivos e imprudentes en beneficio propio.

Mi mente vuela a casa de don Pedro y a su ventana atardeciendo, mostrándome el campo cuajado de sombras. A su aliento cerca de mi boca susurrando *Para lo que tú quieras, Kudryavka,* dejando en la palma de mi mano un duro, pagando por hacerme, comprando mi silencio. ¿Cuál es el precio de mi silencio actual? Yo solo quería una muñeca. A veces desconfío de mi memoria. No sé si recordar es acceder a los rincones del pasado o crear nuevos caminos donde albergar mis propios miedos del presente. Lo cierto es que mi mente abandona aquella casa en penumbra y deambula por la habitación de un hotel en Lisboa con el Hombre, hace casi veinte años.

Me dice: Túmbate.

Estamos desnudos. Me siento en la toalla blanca con la letra

K bordada en hilo dorado que ha extendido sobre la cama. Observo el barreño con agua caliente que ha dejado en el suelo. ¿De dónde saca uno un barreño en Lisboa? Las cuchillas de afeitar. El bodegón me aterra y excita a partes iguales, así que amordazo a la niña que masca chicle de fresa y dejo florecer a mi yo rendido, ese que quiere demostrarle cuánto lo quiero para que él también me quiera. Quizás esa cama encierre entre sus pliegues la muñeca que yo ansiaba. Por eso digo sí.

Se impacienta.

Me ordena: Abre las piernas.

Me tumbo y obedezco. A veces le digo que sí a los hombres, aunque no soy yo, sino la niña fea y con una muñeca tarada deshecha en el agua que escondo dentro.

En un par de décadas me contarán que su corazón se detuvo y me costará creerlo. Por noches como esta y porque su corazón nunca fue todo rojo bermellón por dentro. Me bastará con abrirlo una vez, con rajarlo sin precisión ni cautela para saber. Pienso todo eso, pero en cuanto el Hombre comienza a deslizar la cuchilla por mi pubis, todo el juicio desaparece. El Hombre es concienzudo. Se toma su tiempo, mucho tiempo. Se recrea en los pliegues. Los acaricia. Apenas habla durante el proceso. Cuando finaliza, me dice: No mires. Tira de mi brazo derecho para incorporarme, me cubre los ojos con sus manos y me conduce frente al espejo. Lo miro. Mi mundo está en esos ojos asediados por la maleza.

Dice: Pareces una niña.

Sus ojos brillan. Al Hombre se le ha puesto dura.

Ojalá te mueras.

M. sabe y eso le otorga un privilegio que yo no tengo.

¿Y qué?, casi le grito. ¿Cómo que y qué? Ha estado con el Hijo doce años. ¿Cómo se come que haya dejado al Hijo cada semana alterna, desde que tenía un año, y no supiera cada. Puto. Detalle. De. Su. Día. Y. Sus. Noches?

M. me observa con sus ojos azules. ¿Se ve el mundo azul desde esos ojos, más añil, más amable, así como yo lo veo negro por los míos?

Posibles causas atribuidas a la pedofilia: personalidad

narcisista, frágil autoestima, abuso sexual en la infancia, idealización del cuerpo y la belleza de la infancia, placer por la transgresión.

Me levanto y abro la ventana de la consulta. Hace calor. No le pido permiso. La ciudad ruge fuera y la algarabía, por más que parezca contradictorio, templa mis nervios. La perversión está en ver cómo el mundo continúa con su vida, la madre que llama a su hijo a gritos desde la ventana, un tipo que insulta a otro por haberle quitado el aparcamiento, un portazo, el timbre de una bici, un vaso que se cae y se hace añicos en el velador del bar de abajo. Soy ventana, soy grito, soy bici, soy vaso quebrado. M. no dice nada y continúa mirándome desde la otra esquina, sentada con las piernas cruzadas y con su mirada azul. Percibo cierto escozor en la entrepierna. Aún tengo los labios hinchados de la noche de sexo con el Perito. No se trata ni de satisfacción ni de felicidad, pero sentir ciertas partes del cuerpo que permanecían dormidas es mi forma de pasar página. Recuerdo las palabras de Woolf: «A la gente le gusta sentir. Sea lo que sea». Sentir mi clítoris latir es pasar varias páginas de un soplo.

Me dice: ¿Y qué vas a hacer entonces? ¿Qué deseas hacer ahora?

Tal y como me recomendó mi ginecóloga, aprieto los músculos del suelo pélvico en intervalos de tres segundos:

Ahora quiero escribir, le digo. Lo único que quiero es escribir.

Relajo. Pienso en Kegel y en mi músculo pubocoxígeo agotado por la juerga nocturna.

Pregunta: ¿Escribir, qué?

Esto, le digo. Continúo mirando por la ventana. Sonríe.

Escribir esto, repite. ¿Para qué, Pepa?

Contraigo de nuevo. Aguanto la respiración. Pepa ya no existe.

Le digo: Para poder olvidar.

Ella se muerde el labio y no dice nada más. Atravieso la consulta y me siento de nuevo. Relajo. Necesito ejercicios que tonifiquen los músculos de mi cuerpo. Es desconcertante albergar en el mismo organismo y durante períodos alternos la

tristeza, el duelo, la culpa, el miedo, la ira, la compasión. Ahora mismo siento ira y ni siquiera la costra me protege de todo lo que he vivido durante las últimas semanas.

Le digo: ¿Sabías que el interés sexual por los niños desaparece con los primeros signos de vello púbico? En los pedófilos. Hablo de los putos pedófilos.

Contesta: Así no vas a poder olvidar. Ni vas a sanar.

Insisto: ¿Lo sabías?

Sí, lo sabía.

Digo: Ha estado con el Hijo todas las semanas alternas, desde que tenía un año. Y yo no sabía Cada. Puto. Detalle. De. Sus. Días. Y. Sus. Noches. A mí no me hacen sufrir estas cosas, sino lo que me imagino de las cosas cuando no sé. Voy a escribir una novela.

Mi ira acaba de prolongar este deseo convirtiéndolo en proyecto. El proyecto de una novela. Siento un leve hormigueo en los límites de mi costra, pero no le presto atención. Sé que se está desprendiendo, pero no le presto atención.

M. ha descruzado las piernas y las mantiene levemente separadas. ¿Necesitará M. hacer ejercicios de Kegel para poder disfrutar del sexo? Relajo los músculos de la vagina por última vez antes de marcharme. Siento las bragas mojadas y me desconcierto. Presagio un líquido viscoso segregado por el cuello de la matriz y las paredes de mi vagina, pero también por los gritos de las madres llamando a sus hijos, por el portazo, por aquella jodida habitación de hotel con un espejo enterizo, por el reflejo de mi sexo rosáceo en lugar de negro, por el vaso hecho añicos sobre la acera, por mi deseo, por el afán de saber e intentar ponerle palabras. Las palabras no se parecen a los fluidos que nombran. Las palabras no se asemejan a los sentimientos que nombran. Palpo una prometedora humedad en mi entrepierna sobre la que no quiero hablar porque no tiene nombre. Y si no la nombro, no existe. Si no la nombro, no existe. No la nombro. No existe.

M. tiene los ojos azules y yo negros. Y eso lo explica todo.

Los 100 libros más vendidos en Amazon en 2010

96. *The Pedophile's Guide to Love and Pleasure: a Child-lover's Code of Conduct* (*La guía del pedófilo para el amor y el placer: Código de conducta para los amantes de los niños*), Philip R. Greaves. Precio: 4,76 dólares.

Dime, Casandra: ¿estás segura?

Y que si estaba segura.

Antes de abandonar su consulta, M. me pide que suelte amarras. No te lo guardes. Déjate sentir. Este secreto no te pertenece, lo sabes. El secreto es de ellos. Dáselo y que hagan con él lo que quieran.

A los pocos días, los cito en la casa del Hombre antes de entregarle las llaves al casero. A la llamada solo acuden las mujeres, los *Ángeles del Hogar*. Tengo aún varias cajas de su vida por repartir, objetos que no se han acoplado a ninguna de las etiquetas y que el Hijo cree que la familia puede querer conservar. Cuando llegan, me dan las gracias por todo el trabajo hecho. No les digo que llevo tres semanas metida en esta casa. No les hablo de mis manos azules. No les cuento lo de mi baja por crisis emocional. Me limito a un «Ya ves», como si no hubiera sido nada, como si yo fuera una de ellas, sacrificada, encantadora, altruista, pura. Aún me queda limpiar la cocina, añado. Ellas abren el frigorífico. ¿Para qué abren la nevera de un muerto? Hay comida podrida dentro que no me he atrevido a tirar. La última cena del Hombre. Se tapan la nariz de forma discreta y vuelven a cerrar el frigorífico. Abren la ventana de la cocina y fingen no percibir el hedor mezclado con el olor a goma quemada que no he conseguido eliminar. Es el miedo a saber.

Y que si estaba segura.

En el salón, cada una escoge los objetos que a partir de ahora servirán para evocar al Hombre. Los acarician, los giran, los ponen bajo la luz, los huelen, los abrazan. Permanecemos de pie, en círculo, alrededor de las cajas. Ya no hay muebles donde sentarse, donde buscar la mortificación. Tampoco hay hombres frente a los que sacrificarse. Ellas cuentan anécdotas:

El Hombre-taza,

el Hombre-plato,
el Hombre-camisa,
el Hombre-pluma,
el Hombre-cuaderno.

Digo: faltan su móvil y el ordenador. Los voy a entregar a la policía.

Silencio.

Y que si estaba segura.

Segura de qué.

Pues segura.

Ellas dan un paso atrás y me abandonan en el centro del anfiteatro que han improvisado, como si yo fuera una caja más. Deshago el secreto en mi boca y confieso haber encontrado en casa del Hombre todo aquel material pedófilo almacenado durante años. Les hablo de las niñas. Recuerdo el día en que confesé mi infidelidad ante ellos, el Hombre metiéndome la culpa en la boca. Mastica, Pepa. Mastica, coño. La culpa como una forma de violencia, de control, de agarrarte por el brazo, de atarte las extremidades con lazos negros. Trágatela, Pepa. Entonces no preguntaron si yo estaba segura.

Estoy siendo juzgada de nuevo. El Hombre era un pedófilo y yo soy como Casandra y sus profecías, condenada a no ser creída. De qué sirve saber, qué valor tiene la certeza de nada si no le dan credibilidad a mis palabras, si deciden ignorarlas.

Silencio.

Continúan observando los objetos como si yo no hubiera dicho nada, pero hay terror en sus ojos y los objetos son elocuentes. Ya no relatan anécdotas:

El Hombre-taza-pedófilo,
el Hombre-plato-pedófilo,
el Hombre-camisa-pedófilo,
el Hombre-pluma-pedófilo,
el Hombre-cuaderno-pedófilo.

Y que si estaba segura. ¿En qué parte del cuerpo alberga una mujer la credibilidad? ¿En el mismo resquicio que la culpa?

Hay demasiada gente en el salón de la casa del Hombre. Suena el timbre y el sonido quebranta la falsa calma. Nadie

acude a la llamada. El timbre vuelve a sonar. No estamos esperando a nadie. No espero a nadie, digo, como si esta fuera mi casa. Voy hasta la puerta, la abro sin asomarme por la mirilla. Al otro lado del marco está la Niña con una joven que supongo su madre.

—Disculpe. Soy la vecina del quinto. Mi hija tiene algo suyo. No sé cómo ha podido cogerlo, pero ya le he dicho que está castigada.

Su mano izquierda descansa en el cuello de la Niña. Se balancea sobre los talones durante unos segundos, con un gesto, pienso, que no le pertenece a una madre. Saca la mano derecha de detrás de su cuerpo y me tiende el par de zapatos marrones que le regalé a la Niña, así, sin una bolsa ni nada que los cubra. Los zapatos del Hombre.

—Me los pidió ella, le digo.

Y me arrepiento en el preciso instante de terminar la frase. La Niña me mira achinando los ojos.

—¿Tú estás tonta?

—¿Perdón?

Y que si estaba segura. Qué para qué iba su niña a querer los zapatos de un vecino. ¿Se da cuenta de la tontería que está diciendo? Anda y quédeselos, o regáleselos a su hijo o a sus hermanos, o a quien quiera, dónelos a los pobres, pero déjenos tranquila.

No hizo falta intercambiar una sola palabra. Todo esto lo sé por cómo me miró. Abandonó los zapatos y se marchó escaleras arriba, con su mano izquierda aún agarrando la nuca de la Niña, dirigiéndola.

Cierro la puerta sin hacer ruido y vuelvo al salón, donde solo oigo de ellas palabras sueltas:

tirar,
olvídalo,
no puede,
destrúyelas,
no debe,
su memoria,
su recuerdo,
su nombre,

el Hijo,
secreto.

Dejo los zapatos del Hombre en el centro del círculo. No hay gritos ni chillidos ni lágrimas. Supongo que imaginé que habría lágrimas, chillidos, gritos.

Y que si estaba segura.

La dama

—¿Qué dibujas hoy, hija?

La Niña piensa que su madre es tonta. O que, al menos, hace preguntas tontas. Como cuando pasaba horas dibujando gusanos. No importa. Ellos no alcanzan a comprender el consuelo que siente en cada trazo, en cada línea que cierra un camino mil veces abierto. La Niña sabe que lo importante ahora es clausurar huecos para que la mariquita vuele a su antojo.

Le cuesta concentrarse, porque tras la puerta de abajo ya no está el Hombre. Cuando vivía tampoco lograba mantener la atención en nada que no fueran sus gusanos con sus bailes y la humedad de la piel. La profesora ha dejado de llamar a la madre. Tampoco es que las veces anteriores obtuviera mucha respuesta, pero al menos la Niña ha dejado de dibujar esos insectos asquerosos que se arrastraban y que al terminar de colorear espolvoreaba con agua para que parecieran húmedos. Le digo que no es normal, señora, no es normal.

A lo mejor a las mariquitas les gustan los gusanos. La Niña ha leído que son carnívoras y que devoran insectos con escamas, piojos harinosos, mosquitas blancas, pulgones, ácaros, huevos de otros insectos, larvas, orugas. Algunas son caníbales.

La Niña tiembla de excitación. Suda. Buscará todos los gusanos del mundo para darles de comer a sus damas bichos. *Lady Bugs.* Quizás un día se convierta en una de ellas y pueda abrir las alas para marcharse lejos. El último gusano que dibujó se lo quedó el Hombre, así que no podrá alimentar a su dama con él. Recuerda entonces que el Hombre ya no existe y un cosquilleo de placer prohibido le sacude el ombligo. Sabe que no está bien alegrarse por la muerte de nadie, sonreír tras el velo del dolor, incluso, sobre todo cuando intenta rememorar su cara y no lo consigue, sino que únicamente ve gusanos primero, y mariquitas volando trastornadas después. El

cosquilleo se transforma en punzada y le duele la tripa. Se siente culpable pero enmudece, como lleva haciendo desde la primera vez. Se siente culpable, perdida, pero también libre sin esa mirada constante en la nuca que la obligaba a mirar al suelo y a cantar las preposiciones. Ya no dibuja gusanos y su profe y su madre respiran aliviadas. Ya no dibuja gusanos, porque no hay más hueco que llenar. Desde que murió el Hombre su cueva se ha inundado de un rojo de carne cruda echada a perder, un líquido mucho más oscuro que el que le exprime a sus postillas, más negro, más profundo. Ahora dibuja mariquitas rojas que baten sus alas. Damas que comen gusanos y hacen estallar pulgones. Sí, mejor callar.

—Un bichito, mami, un bichito.

Screening para detectar abusos en un/a menor

Físicos específicos:

•Dificultad para andar y sentarse.
•Embarazo.
•Ropa interior rasgada, manchada o ensangrentada.
•Contusiones, desgarros o sangrado en los genitales.
•Presencia de enfermedades venéreas.
•Presencia de semen en la boca, genitales o en la ropa.
•Micción dolorosa, infecciones urinarias repetidas sin causa orgánica o externa identificable.
•Se queja de picor o dolor en la zona genital.

Físicos inespecíficos:

•Somatizaciones como los dolores abdominales recurrentes y dolores de cabeza sin causa orgánica.
•Enuresis y encopresis secundarias.
•Desórdenes del sueño (aparición de dificultades para conciliar el sueño, pesadillas, terrores nocturnos).
•Desórdenes de la alimentación, aparición de dificultades para tragar, elección caprichosa de alimentos, comer compulsivamente o restringir la alimentación, en especial cuando van asociadas.

Comportamentales en la niña o el niño (aquella o aquel menor que no ha alcanzado todavía la pubertad):

•Comportamiento seductivo inusual y acercamientos peculiares a los adultos.
•Utilización de la fuerza física o la coerción psicológica para conseguir la participación de otros niños en juegos sexuales.

•Conductas o conocimientos sexuales extraños, sofisticados o inusuales para su edad.
•Interés inusual por sus órganos sexuales, los de otros o la sexualidad en general.
•Masturbación compulsiva.
•Se introduce objetos por la vagina o por el ano.
•Tiene juguetes, dinero o regalos de los que no se puede establecer su procedencia.
•Dibujo bizarro de los genitales.
•Expresiones o vocabulario excesivamente sexualizado.
•Menores con especiales dificultades o circunstancias vitales problemáticas.
•Conducta evitativa en situaciones donde debe desvestirse.
•Fantasías o conductas muy infantiles para su edad o francamente regresivas.
•Manifiesta o demuestra rechazo hacia uno de los progenitores/tutores, en el caso de separados se niega a cumplir el régimen de visitas.
•Aparición brusca de miedos intensos, fobias.
•Dificultades de aprendizaje o alteraciones en el rendimiento escolar, de aparición brusca o inexplicable.
•Escasa relación o por el contrario hostilidad y agresividad exacerbada en el hogar, y/o con sus amigos/as y compañeros/as de clase.
•Comportamiento excesivamente reservado y/o rechazante, sumiso o pusilánime.
•Síndrome de estrés postraumático.

Comportamentales en la o el adolescente:

•Promiscuidad sexual, prostitución o excesiva inhibición sexual.
•Comportamiento pseudomaduro. En el caso de las adolescentes, inversión de roles, papel de madre/esposa.
•Tendencia a permanecer en la escuela y/o actividades fuera del horario habitual.
•Falta de confianza en las personas adultas y ausencia de expectativas de futuro.
•Retraimiento social, cambios bruscos de humor y/o

anhedonia.
•Intentos autolíticos.
•Conductas autodestructivas y/o automutilaciones.
•Robos y mentiras.
•Conductas agresivas y/o antisociales.
•Fugas (de casa, el colegio, el centro de acogida …).
•Dificultades escolares, falta de concentración y/o interés, de aparición brusca e inexplicable.
•Consumo de drogas y alcohol.

Suelo de gres

Al final de la avenida de República Argentina está la Unidad Policial de Delitos Tecnológicos. He pasado por allí decenas de veces sin saberlo, cuando hace años asistía periódicamente a las reuniones de la UGT. La dimensión de las letras de UGT con su tipografía ochentera excede cualquier proporción armónica con el entorno, a pesar de tratarse de una de las avenidas más largas de Sevilla. La Unidad de Delitos Tecnológicos, en cambio, no se anuncia. He pasado por allí decenas de veces sin saberlo —me repito—, sin percibir todo lo que se agita dentro. Tan similar a nuestro modo de caminar por la vida: abriendo solo las puertas necesarias, las que se anuncian sin pudor alguno y te ofrecen la tranquilidad de entrar en un lugar seguro. Nos cuesta abrir las puertas sin placa o con letra pequeña, no vayamos a descubrir las miserias que laten bajo la piel de nuestra comunidad, esa comunidad que no es una entelequia, sino nuestros hijos, nuestros maridos, nuestras amantes y madres y padres y hermanos.

Cuando hace un par de días llamé a mi abogado, quedamos en vernos hoy a las diez de la mañana en la puerta. Le he pedido que me acompañe porque no puedo más con la soledad de este duelo corrupto. No puedo más con todo, condenada al silencio por la familia del Hombre para preservar su memoria, dicen. Qué hay de la memoria de las vivas. Qué hay de las vivas que ya están muertas por hombres como el Hombre. No puedo más con todo, con la costra de mi piel roída por los gusanos, repleta de moscas. Obligada al silencio por mi costra de madre de tres centímetros de grosor, para que el Hijo no sepa y tenga un duelo digno, con sus seis etapas, un duelo que le permita ir cerrando cicatrices que no sangren en su joven cuerpo. Por cada herida que le lamo, se me abre una nueva. Mi cuerpo alberga las pústulas que él desecha. Hay noches en las que soy pura llaga y el abrazo más insignificante es una tortura

que me hace supurar. Nuevas grietas a las que solo permito sangrar al caer el sol, cuando él duerme, para que no vea, para que no sepa. El calor es insoportable a pesar de ser noviembre, el tiempo de los muertos. Me rasco la costra. Sangra. Me la curo, pero no sana. Me doy una ducha, me pongo unos vaqueros que en lo que va de mes ya aparentan pertenecer a otra persona más corpulenta y en cuanto el Hijo sale para el colegio, extraigo el disco duro del portátil, cojo el móvil y los discos externos y llamo a un Cabify.

Llevo la vida digital de un muerto a la Unidad Policial de Delitos Tecnológicos. Llevo la vida digital de un muerto en brazos. Acuno su secreto, la oscuridad que ocultó hasta morirse, por la que seguramente murió, embutida en una bolsa de rafia de Ikea que abrazo y que se confunde con mis latidos. Nadie debería mecer esas imágenes pegadas al pecho, nunca, porque se agarran y trepan hasta introducirse por todos los orificios del cuerpo, anidando en ellos. Mis cavidades están llenas de bocas vírgenes violadas por machos parafílicos. De cuerpos de niñas maniatadas mirando a cámara, como el cuerpo desnudo de Unica Zürn atado con cuerdas, a la manera de un fetiche erótico. De niñas dibujando una provocación en el aire con los mismos brazos que hace apenas unas horas sostuvieron una muñeca. De noches de insomnio sin poder pensar en otra cosa.

No quiero pensar en otra cosa.

No quiero tener que pensar en otra cosa.

El abogado me espera en la puerta. Hay una mirada de compasión, incluso de agradecimiento, por lo que estoy a punto de hacer. Podrías haberte deshecho de todo, haber cerrado los ojos, haberlo olvidado y seguir con tu camino, cuidarte tú y tu hijo, me dice luego frente a un café solo. Aunque fuera un delito de destrucción de pruebas. Cualquiera lo hubiera entendido. Ya no sé si es alabanza, reproche o intuición de mi demencia. Subimos por las escaleras. Un tipo que ha aparecido por allí sube detrás de mí. Siento su mirada en mi culo, pero no hago nada. Hay veces en las que no hago nada. Otras, en cambio, digo: ojalá te mueras. Segunda planta. El abogado jadea. Yo tiemblo aferrada a la bolsa. El oficial de

policía me saluda y me pide que me siente. Es amable. Veo en él la misma expresión que en el abogado. En cambio, los ojos del oficial joven parecen distraídos. Ambos me hacen preguntas sin mucho orden. Cómo he descubierto los vídeos y las imágenes, cuántos años tiene el Hijo, qué relación había entre el Hombre y el Hijo. Si alguna vez intuí esa tendencia en el Hombre. Por qué se suicidó. Los pongo en antecedentes, llorando, sorbiendo los mocos, siéntese, señora, siéntese.

Me dejo caer en la primera silla que encuentro.

Les digo: Estoy haciendo lo que cualquier madre haría por su Hijo.

Pienso: estoy haciendo esto porque todo el mundo cierra los ojos. Porque la muerte da miedo. Porque yo necesitaba una muñeca a la que hablarle y nunca la tuve.

Siento: soy una loca de mierda.

El joven me toma declaración. Percibo en el oficial de mayor edad cierto deseo de acercarse, de ofrecer consuelo para hacerme menos pesada la carga. La de la bolsa, que aún abrazo, y la interior. Pero las mascarillas, la distancia de seguridad, los protocolos, nos impiden cualquier aproximación física o intimidad. El COVID nos ha enseñado que tenemos que llorar, sufrir, morir solos.

—Precintamos los dispositivos, señora, y pedimos que se abra investigación al Ministerio Fiscal. Le leo para su conocimiento, señora: los hechos que ha declarado hacen presumir una infracción penal. ¿Lo entiende?

—Lo entiendo.

Miento. Él se mete un chicle de fresa en la boca. El olor me trae a don Pedro. Cuéntame algo que hayas aprendido hoy. Si supieras. Pero no, él no sabe. Extiende los brazos para que le ceda el contenido de la bolsa. Cada *byte* comprimido me agacha la cabeza un poquito más, no hay más mundo que este suelo al que mirar, un suelo de gres con orificios por donde entra la suciedad y ya nadie puede sacarla. El suelo reverbera, grita, pero solo yo lo escucho. Esas niñas, digo. ¿Existen? ¿Son reales? Escupir esas palabras y sentir que solo es parte de la verdad. No es toda la verdad. Es el hijo de una mentira, un engaño, una coartada, porque lo que en realidad les estoy

suplicando es que investiguen, que lo hagan rápido y me confirmen que mi exmarido no. Que los padres que conocemos, no. Los otros. Los demás. Que estoy equivocada. Señora, usted está equivocada, el Hombre, no. Su hombre, no. El padre, no. Ese es el sueño proyectado, el único posible, en el que desaparecen los cuerpos y el semen y los gemidos y las niñas y el dolor.

Cerrar los ojos para olvidar. Olvidarte.

Recordar entonces lo visto. Recordarte.

Parpadeo de nuevo. Con cada guiño el mundo cambia y al abrir los ojos siempre hay algo nuevo que no reconozco, que no recuerdo. Este es mi único sueño proyectado: hacer desaparecer los cuerpos atados y el semen y los gemidos y las niñas y el olor a chicle de fresa. En la untuosidad del último parpadeo, desaparezco yo. Pero te recuerdo. Siempre te recuerdo. Y has dejado de ser río. Y solo hay suelo de gres.

Cómo matar a una niña

Degenerado, dime. ¿Por qué la tocaste? ¿Por qué tuviste que elegirla a ella entre tantas? Si es que acaso hubo alguna vez elección y no providencia, si es que acaso no hubo otras antes, después, durante, en ese preciso instante en el que todos los tiempos confluyen. ¿No es acaso ella todas las ellas del mundo y tú no existes en realidad, sino que eres todos los hombres del mundo que eligen bucear en las cloacas, todos los testigos por turnos, el vecino que permite, la religión que tapa, la madre que acuna, el amigo que no pregunta, la amante que se viste de niña para complacerte, el guía espiritual que te perdió?

Cállate, bicho.

Para, bicho, para.

Te estamos viendo.

Sí, pero no hicisteis nada.

Te vemos.

Sí, pero no hacéis nada. Únicamente miráis.

Calla, degenerado. Suerte que mutaste en el pulgón del guisante, suerte que la mariquita, la dama, ínfima, diminuta, delicada, pudo contigo. Así estaremos todos a salvo de nuestras propias conciencias. No quiero mirar, no queremos saber, el mal ya está hecho, ¿no? Así que no hay razón para airear las miserias que no quisimos ver en vida, mejor dejar que la muerte acalle las conciencias y los latidos. Sí. Tú y todos los don Pedro de todas las épocas. Las madres Amparo.

No siento nada ahora mismo. Entre todos me matasteis.

Calla, degenerado. No sentir es tu salvación. Tendrías que estar desgañitándote de arrepentimiento por lo que hiciste.

¿Qué hice? No siento nada ahora mismo. Me miro en el espejo y solo veo vuestras espaldas, las leves contracciones de vuestras nucas, supongo que porque estáis vivos y vuestros corazones laten, no sé.

Calla, degenerado. Qué sabrás tú de corazón.

Nunca hubo nadie que se girara en mi espejo, ni uno solo de vosotros. Espaldas, únicamente cervicales, dorsales, lumbares, sacros corruptos, el coxis. No hay nada peor que ver pilares cuando eres un gusano, una alimaña sin sostén. Por eso hago muecas, me acerco a la superficie fría de este espejo en el que me habéis encerrado, regalándole mi aliento y empañando vuestras cabezas, que bien podríais estar todos muertos, para lo que os sirve el corazón y el hígado y la garganta y los ojos. Entre todos me habéis matado. Es hora de que comencéis a morir.

Cállate, degenerado. No quiero oírte. Déjame que perdure en la compasión, que me arrope con ella por las noches para poder así conciliar el sueño. En el asco de la definición donde te encerramos. Cinco golpes en el pecho: de-ge-ne-ra-do.

Os digo que ha llegado el momento de morir.

¿Cómo se mata a una niña, eh? ¿Cómo se mata?

Tú eres el que la mataste, el que acabaste con su vida para que nunca fuera la misma. ¿Por qué hurgaste en sus huecos?

Os diré cómo se mata a una niña. Se le mete un duro en la palma de la mano para que se compre chicles de fresa. O se le asegura que su vocación es servir a Dios, que es una elegida. O se las llama numerarias auxiliares reclutándolas con catorce años. Así también se mata a un niño. Una vez también tuve once años, ¿o pensáis que nací así, con esta tara? O se la bautiza como la perra de pelo rizado. Cuántas perras habéis bautizado sin saber. O se le instruye en las preposiciones para que las recite sentada en tus rodillas. Qué duda cabe. O denegándole al padre la custodia compartida. O no exigiéndola por comodidad. O regalándole un bikini con relleno. O enseñándola a posar para tu perfil de Facebook. O fingiendo no saber dónde va la niña cada tarde. Qué duda cabe. Si es posible encontrar a Dios en una prostituta, como sostenía Bataille, es igualmente posible encontrar a un depravado bajo las ropas de un virtuoso. Tantas formas de matar a una niña que lo difícil es no hacerlo. ¿No creéis? Lo sencillo es culpar al que mete la mano, la mano guiada por todos vosotros.

Pedófilo, ojalá te mueras.

Ya estoy muerto.

Pero nosotros podemos verte.

No soy yo. Lo que veis es vuestra conciencia añadiendo paréntesis. Pedófilo. Pederastia. Degenerado. Pero no, hace tiempo que no soy yo. Veis ahora lo que no quisisteis ver en vida, por eso me ejecutasteis. Y por no querer mirar, por no querer saber, vosotros, y solo vosotros, matasteis a la Niña.

La lista de la Niña

A la Niña, la palabra infancia (la de ella) le parece un lienzo rasgado —ras—, no hay acrílicos posibles para hacer de la tela un cuadro. Ni destreza tampoco, ya que por más que lo intente no consigue la amalgama adecuada del color de los gusanos —marrón oscuro, color tierra escupida— que siempre están mojados y reptan por sus miedos. Uf. ANTE la ventana (la del Hombre) ahora solo ve mariquitas donde antes existían celosías de tinieblas —nadie más que ella conoce las verdaderas razones de semejante metamorfosis—, damas voladoras que se enredan en los listoncillos de madera y que la Niña guardará durante los próximos meses dentro del espejo mal esmerilado del baño donde su madre se maquilla el rabillo del ojo cada mañana para tener (dice ella) una mirada más profunda. De profundidades sí que sabe la Niña. También de escondites: las ocultará (a las mariquitas) ahí mismo para liberarlas cuando ella decida mirarse sin herida, sin cólera. Y también BAJO la cama. Ahí sepultó un día a su conejo moribundo, mucho antes de todo, para que no se lo llevaran. Y allí también conoció el olor de la muerte, ese que teme y que acuna en un cajón CABE las postillas resecas y partes de su cuerpo, trozos de su piel que esconde junto CON la muñeca, o CONTRA la muñeca (la que le regaló el Hombre), dos posiciones tan confusas ante la vida que quizás por eso duermen hermanadas en el mismo cajón. Las bisagras (las del cajón) están oxidadas, pero no puede pedirle a nadie —ni a mamá, ni al novio de mamá, ni a la profe— que acabe de una vez por todas con ese chirrido por temor a que descubran sus trozos y hagan preguntas que no sabría responder.

DE noche, cuando la oscuridad abre cajones y hostiga a los monstruos de su cabeza, cuando la oscuridad es esa otra niña que pudo ser meciéndose en un columpio oxidado, se cubre con la colcha y recita un padre nuestro que estás en los cielos

para que todo termine pronto. No creas en un dios que no te enseñe a bailar, le recitó una tarde el Hombre. Entonces recuerda que hace mucho que no baila y que no tiene padre y que quizás por eso no sabe tratar con los hombres ni bailar con ellos y que quizás por eso también el padre nuestro nunca acude a su llamada.

DESDE que existe el Hombre, este anda adherido a su piel y por eso ella se la arranca. EN la bañera se frota con la esponja vegetal de su madre para desprender su olor, esa (la esponja) que elimina la piel muerta de un plumazo. Se restriega enérgica ENTRE sus huecos, pero es difícil limpiar las ausencias y tan solo consigue un dolor de otra tonalidad, acaso más superficial, como el de sus postillas, que al menos sí que controla, o eso le parece.

HACIA el mediodía, el Hombre le ha pedido compañía; poco después se bebía el contenido de dos frascos de cristal marrón que tenía sobre la mesita de noche. Quédate, le ha dicho. Sus palabras suenan hoy diferente, menos incisivas. HASTA que me duerma. Quédate conmigo hasta que me duerma.

La Niña no sabe cómo suena un corazón que se detiene. El crac lo siente en su cabeza y en la herida de la rodilla, que le vuelve a sangrar. Solo recuerda el olor de su conejo bajo la cama. Ningún crac. Aún no sabe (la Niña), que a partir de esta experiencia ajena de la muerte (la del Hombre y la de su conejo) pensará mucho en los finales. PARA ahuyentar sus pensamientos continúa recitándole (al Hombre) las preposiciones.

Esa noche —después del desfile de bomberos, policías, interrogatorios— dormirá arropada POR su colcha roja, roja como las mariquitas, pero también como la sangre que le brota de las postillas que se arranca, rojo como su grito en la noche. ¿Por qué nadie la oyó gritar? ¿Fue su culpa? Las niñas no son importantes. Cuanto antes lo sepa, antes dejará de importar. SEGÚN mamá, según la seño, ahora que ya no dibuja gusanos, no hay de qué preocuparse. Pero esa otra niña que pudo ser se columpia por sus noches, sonriendo. ¿De qué hablan todos que solo prestan atención a sus dibujos, y no a sus terrores nocturnos, a sus piernas agujereadas, su extrema delgadez o a

su silencio? No grita porque el Hombre le desgarró las cuerdas vocales. Chss.

¿De qué hablan todos?

Si pudiera, si fuera sencillo, quizás sería mejor estar muerta. ¿No es mejor estar muerta, SIN vida?

SOBRE todas las certezas intuidas en los últimos meses, hay dos de ellas que se afianzan en sus tobillos: la primera, que nunca colmará ya ese foso entre la certeza de lo que es y la ignorancia de lo que pudo haber sido. Dos, que el Hombre no es monstruo, qué va, sino un hombre con madre y con padre, con hermanos, con hijo, mujer. Un hombre que impulsa el columpio de esa otra niña que ya nunca va a poder ser. Y que, a veces, llevaba corbata. Que había tardes en las que le contaba cuentos. Incluso que era guapo. Al principio era guapo. Y lo más difícil: que el mundo, las calles, el cole, la playa, la vida, todo estaría lleno de hombres como el Hombre. ¿Es posible agazaparse TRAS la belleza entonces?

Dios MEDIANTE, susurra a veces su madre, y su profe, y sus vecinas. Mediante qué, piensa la Niña. Pero no reconoce ningún dios que medie. DURANTE sus cavilaciones, siempre recita las preposiciones que el Hombre le enseñó como un mantra. Recita las preposiciones para él. Todas, EXCEPTO la última, no sabe bien si para evitar comenzar de nuevo con la cantinela —¡ahora más rápido, sin pensar siquiera!, le suplicó mientras aguardaba el crac— o porque no se la cree, no puede creérsela después de lo vivido.

Dice:

A-ante-bajo-cabe-con-contra-de-desde-en-entre-hacia-hasta-para-por-según-sin-sobre-tras-mediante-durante-excepto y.

Falta una. La lista no está completa. La Niña exhala y el silencio lo invade todo. Si tuviera otro lienzo, comenzaría el dibujo de nuevo, sin insectos ni preposiciones. Sin peces plátano. Sin el Hombre. Pero lo cierto es que no lo tiene. Sí lleva, sin embargo, una carga en el cuerpo que se llama caderas, vello púbico, pechos. Eso piensa ella, que es su condición femenina la carga que la obliga a caminar encorvada. Pero no, qué va, la carga de la Niña se llama Niña y es por eso que intuye una única forma de estar a SALVO.

Dice: Salvo.

Arenas movedizas

Cuando los supervivientes miramos hacia atrás, todo son presagios, señales: sus ausencias, su recelo ante la paternidad, su impulsividad y arrogancia, su fascinación por la velocidad y el peligro, sus deudas, sus mentiras.

¿Qué hago ahora con esto, eh, qué hago?

Me he deshecho de su casa, de su móvil y de su ordenador. Denuncié los hechos a la policía y hay noches en las que ya no grito, a pesar de que sé que ellos me observan para garantizar mi silencio. Ya en casa, bajo, poco a poco, uno a uno, los escalones que me conducen a su sótano. Hace tiempo que no puedo hacer otra cosa sino arrastrarme por la suciedad de su rincón oscuro. Llevo semanas leyendo sobre el suicidio, la pedofilia, la *dark web,* sobre el trastorno de personalidad narcisista o antisocial o limítrofe. La temperatura de mi cuerpo ha bajado varios grados y las palmas de mis manos se han helado, adoptando cierto tono azulado por la falta de oxígeno. Cianosis, me han dicho: mis manos pasando su propio duelo. Bien es verdad que la costra ha desaparecido y es ahora una herida en carne viva que sueña con cicatrizar. Por la noche la froto con suero fisiológico, la desinfecto con iodopovidona y la cubro con una gasa limpia. Siento que mi obsesión ha alcanzado la cima pero que, gracias a ella, las piezas en mi cabeza comienzan a encajar. Los episodios elocuentes de mi vida con el Hombre a lo largo de más de dos décadas, esos que han permanecido en mi memoria como minúsculas profecías y que yo traduciré en capítulos de una novela, me observan. Su vida me observa. Mi novela no escrita me observa. Mis manos azules me observan. Sé también que nunca sabré la verdad de lo ocurrido, pero eso ya no es importante, porque solo necesito restablecer la unidad de mi universo.

Voy a escribir una novela, le dije a M. Voy a transformar todo esto en mentira —no, en mentira no, en ficción— para

que entonces sea más verdad que nunca y así poder olvidarlo. Voy a dotar de coherencia a la barbarie. Las novelas como terapia que sirven tanto para desnudarse como para camuflarse, porque continuamos empeñados en disociar realidad y ficción, como si la una no bebiera de la otra y la otra de la una. Por eso la abandono. Abandono a M. Abandono sus ojos azules.

Los días se suceden y yo los camino. El cielo está limpio y el lugar que ocupó mi costra, justo debajo de mis costillas, late desbocado, pero ya no supura. Celebro la tímida calma. Es abril. Abril desangra el invierno en esta ciudad y desocupa las heridas, porque la sangre galopa en la piel, en el paladar, en los hombros desnudos, en las promesas de los olores, aunque mis manos sigan azules. Sevilla en abril es carnal y lasciva. En abril fue mi primera vez con el Hombre. Para los supervivientes, todo son señales.

Mis pasos atrapan pensamientos fugaces: el Hijo, el Hombre, el sótano, el baño sin bidé, la nota de suicidio nunca encontrada, las niñas atadas, los gemidos, el pulgón del guisante y el Nembutal, mi muñeca tuerta, la Niña. Pienso en todo eso y siento que la sangre me vuelve a brotar bajo las costillas y también que no es posible transformar todo eso en una novela verosímil, porque mi realidad tiene un enorme sumidero. Las calles son ahora un cubículo de arenas movedizas, donde la superficie luce firme y sólida, pero esconde tierra y sal. La ciudad es un pantano de arenas movedizas. En lugar de andar para buscar la salida, hay que echarse de espaldas para repartir el peso del cuerpo y ofrecer más superficie corporal, más resistencia al hundimiento.

Pienso: sacármelo de encima, eso es lo único que tengo claro. Echarlo fuera, reducirlo a palabras, contarlo, es decir, ponerlo en orden: uno, dos, tres, cuatro.

Pero me digo: Kudryavka. Me llamo Kudryavka. Quiero escribir una novela para matar a un fantasma.

Para sobrevivir a las arenas movedizas hay que quedarse muy quieta, me repito.

Durante las próximas semanas, ato cabos por el día y los

desamarro por la noche. Escribo algunos textos, cuento, pongo en orden, uno, dos, tres, cuatro, quizás cinco páginas por sesión, y me olvido de la Niña, de su casa, del suelo de gres. Mi novela se desliza entre lo que digo y lo que callo, entre lo que temo y lo que anhelo. Así crece, lánguida y febril, provocando una hemorragia en mi herida con cada texto, pero el dolor se vuelve deseable, casi adictivo. Comienza la liberación y me doy cuenta de que vivir es algo más que existir, mucho más que existir, y que por ese motivo resulta tan difícil matar cualquier fantasma, pero también que con cada texto corregido estoy un poco más cerca de conseguirlo. También sé que las arenas movedizas, cuando están en reposo, parecen sólidas.

Blancas, legales, inocentes

1,2α-metileno-6-cloro-δ6-17α-acetoxyprogesterona.

Acetato de ciproterona.
Paroxetina.
Fluoxetina.
Sertralina.
Son pequeñas. Impronunciables. Perlas blancas, legales, inocentes. Mentirosas.

Tu cabeza es un burdel, por eso las necesitas. Tu polla a veces se vuelve frenética, se deja sublevar por tu cabeza. Por eso las necesitas. Pero quitando tu cabeza y tu polla, si no tomamos en cuenta el daño infringido por tu cabeza y tu polla —y por las manos obedeciendo a tu cabeza y a tu polla—, eres una buena persona. ¿Qué es ser una buena persona? Tienes padres, familia, hermanos, amigos. Talento. Tienes al Hijo. Podrías haber hecho feliz al Hijo. A tu ex. A tu socio. A tus amantes. A tus hermanos. A tus padres. Podrías haber sido feliz porque eres una buena persona. Pero las buenas personas no tienen tus mismos agujeros ineluctables.

El timbre del despertador es el momento más doloroso del día, quizás porque excita las voces y te cuesta varias horas y hasta el aliento hacerlas callar. Tener plena conciencia de que no estás muerto tampoco ayuda. Tu primer pensamiento es encender un cigarro. Para no sucumbir a la urgencia del deseo, para alejarlo apenas unos minutos y creer que ejerces el control sobre algo —por más insustancial que parezca este gesto—, metes una cápsula roja en la cafetera que te regaló tu padre. Es inmediata, no como las italianas que te exigen echar la cantidad exacta de café, de agua, en función de tus gustos, colocar el émbolo, esperar a que el café suba e impregne la casa con su olor. Nunca entendiste de cantidades, papá lo

sabía, lo sabe, aunque estás a punto de engullir setenta y ocho plátanos para volar por los aires. Por eso eliges las máquinas de cápsulas: son inmediatas y te ayudan a dejar de pensar. Comerse setenta y ocho plátanos es dejar de pensar. Morir es dejar de pensar. Tú, todos los días, has querido morir. Pero te espanta dejar de pensar.

Para cuando el café termina de caer en la taza ya estás encendiéndote el primer cigarrillo del día. Otro día vencido, te mientes. En la calle es la hora de la cerveza. Lo sabes gracias a las conversaciones amortiguadas por el sol, a pesar de que siempre tienes las contraventanas cerradas. ¿De qué color es el cielo? La primera bocanada te da el empuje que necesitas para comenzar el día.

La nicotina también es una perla blanca, legal, inocente. Mentirosa.

Has acabado la última cápsula de café. Sabes que no habrá otro, que mañana no necesitarás cápsula alguna, pero aun así sientes que deberías salir a reponer el tarro de cristal vacío para que cuando desmantelen tu casa todos sepan dónde las guardabas. No se trata de tener café o de salir a comprarlo. Eso es lo de menos. Aunque salgas a por café y vuelvas con una bolsa cargada de cigarrillos y patatas y pipas y un pequeño cactus y desgana, en lugar de. En realidad, lo que metas en la bolsa es lo de menos, excepto por la desgana, claro, porque ya sabes que de lo que se trata es de levantarse cada mañana y colmar la bolsa de entusiasmo, esa ha sido tu vana contienda durante los últimos años. Henchir la bolsa como una vela al viento: de ganas de ver el sol y fantasear con las nubes como hacías de niño, de ganas de pasear tendiendo puentes, inventar historias para hacer reír a mamá, de ganas de abrazar al Hijo. Es de justicia decir que esas ganas sí que las tienes, las tienes siempre, esas ganas son las pinzas que sujetan tu anochecer, pero la otra oscuridad va mordisqueando los pliegues del abrazo y hay días en que ya no es suficiente o quizás es demasiado. Sientes terror a que el Hijo se acerque tanto al apretarte que descubra que no eres normal. ¿Qué es ser normal? ¿Puede uno aspirar a la normalidad siendo un callejón estrecho sin salida? En absoluto. Cuando eso te ocurre, tu otro

yo, diligente, se hace cargo de todo: sale a comprar y no compra, va a cocinar y no cocina, sino que únicamente piensa en eso sin remedio, febril, sin condensar ni una gota de remordimiento y entonces no sabes a dónde dirigirte, no dices nada, no atiendes el teléfono, te acuestas vestido, con zapatos, y te tapas la cabeza bajo la manta, hecho un ovillo, rezándole a las perlas blancas, mientras tu otro yo juega a ser tú en este mundo, con el Hijo, con tu ex, con tu familia, con los vecinos, con la Niña. Tu otro yo que baja a tirar la basura y se encuentra con el gilipollas del vecino que te recrimina que no son horas. No son horas.

El tiempo es una perla blanca, legal, inocente. Mentirosa.

Tienes cuarenta años. Hace dos que tomas acetato de ciproterona, paroxetina, fluoxetina, sertralina para reducir tu nivel de testosterona. Nadie lo sabe. Castración química, medicalización del deseo y un profundo desapego de la realidad. Despertar, café solo, perla blanca, ducha, contener las ganas del primer cigarrillo, encender el primer cigarrillo, encender el ordenador, cinco horas de oficina, de llamadas, comida, café, cigarrillo, contener las ganas de navegar por lo oscuro, sucumbir, navegar por la *dark web,* perla blanca, cena, cigarrillo, seguir navegando por las imágenes, dilatar tus pupilas, cigarrillo, pocas horas de sueño, lunes, martes, miércoles, despertar, café solo, perla blanca, ducha, contener las ganas del primer cigarrillo, encender el primer cigarrillo, visita del Hijo: sin duda, adquirimos la costumbre de vivir antes que la de pensar.

La costumbre de vivir es otra perla blanca, legal, inocente. Mentirosa.

Se lo pides a Dios. Sientes que Dios es necesario, que es preciso que exista, para que todo dependa de él y de su voluntad, de esa que no tienes. Se lo pides a Dios. Si no, piensas, ¿para qué necesitamos a Dios? ¿Para qué? Se acude a Dios para pedirle lo imposible, para que te enderece el deseo, porque para lo posible, para lo viable, no necesitas a Dios. Para eso ya estás tú. Ya lo dijo alguien. ¿Quién fue? El hombre se ha limitado a inventar a Dios para no matarse. No recuerdas quién fue. Pero una vez que te agujerea la certeza de que Dios no

existe, ¿qué te queda si no es la muerte? Tú eres tu propio Dios.

Dios es una perla blanca, legal, inocente. Mentirosa.

Todo está permitido. Los remordimientos son inútiles, te dice tu otro yo antes de bajar a tirar la basura. Estás dispuesto a pagar por tus actos, pero no crees que haya culpables, sino únicamente responsables. Quizás. Ya has intentado otras veces renunciar a un cuerpo sin pliegues, sin dobleces, podrido como está tu mundo de rincones húmedos y oscuros. Amar a una adolescente es posible. Eso dice tu otro yo. Puedes enamorarte de una niñita, no ves por qué no, ¿prohibir su sexualidad? Esa es una forma de opresión social. Prohibido compartimentar la sexualidad por edades, prohibida toda segregación. ¡Prohibido prohibir! Ese es tu lema: prohibido prohibir. Oh, claro que sí. Se te escapa un suspiro. Contienes multitudes: por ejemplo, ese amigo que se enamoró de una muñeca, de una de esas Mariquita Pérez antiguas que costaba una millonada. Y le bajaba las braguitas con sus manazas mientras la acariciaba sin poder contener la excitación. Solo eyaculaba con su muñeca. El tipo era buena persona. Trabajaba en el Servicio de Personal de una consejería. ¿Y las niñas? A los doce es cuando más deseables se muestran. A los catorce, sin embargo, todo sueño está perdido, el vello es una manta que lo enturbia todo. No hay nada sucio en amar la inocencia. ¿Por qué no cierras la puta boca? Diseñan niñas para ese abuso que luego condenan. ¿Qué es lo que quieren entonces? Es más: la avisaste, se lo advertiste. Todo esto acabará con tu primer sangrado, cuando tengas que rasurarte para continuar siendo una niña, cuando tus pechos no puedan ser escondidos. Pero ella seguía llamando a tu puerta, a la puerta del Hombre. A la puerta del lobo. Hasta que no pudiste más.

La culpa es una perla blanca, legal, inocente. Mentirosa.

Te frotas los ojos y una pestaña se te pega a la yema del dedo corazón, la observas unos segundos, piensas en soplar pidiendo un deseo, aunque no sabes qué desear a estas alturas, quizás hace unos años había salida para ti, cuando aún la anhedonia no había hecho estragos y tu cerebro podía aún generar dopamina, aunque las pestañas no se caían por

voluntad propia, sino que tenías que desprenderlas engañándote a ti mismo, pidiendo una y otra vez lo mismo, cuando aún existía la posibilidad de mezclarte con los vivos sin parecer un muerto. ¿Quién no ha presentido alguna vez la soga, la pistola, el veneno, las vías del tren, el hoyo? Este mundo te lo puede quitar todo, excepto tu derecho a aniquilarte, o sea, a reducirte a la nada. Tu libertad. Por eso no te angustia la muerte. No, qué va. Es la vida la que te aterroriza. La vida no vivida, la vida perdida en algún cruce, la elección que sin poder haber sido de otra manera —lo sabes— te ha llevado a una existencia no real y ausente de todo placer más que de uno.

El placer es una perla blanca, legal, inocente. Mentirosa.

Quítate los zapatos, túmbate en la cama y entrégale tu abismo, tu costumbre de vivir, para que la arrope en tu noche: no despertar, tomar ese café no hecho, darte una ducha sin agua, aguantar las ganas de fumar cuando las ganas ya están en otra parte —nunca en tu bolsa—, no encender un cigarrillo ni el ordenador en este último fogonazo, sin despertar, sin tomar ese café no hecho en la taza que ella no tirará nunca por ser vestigio de tu paso por el mundo, una jodida taza con el asa rota, sucia, en el fregadero, eso eres, ni lunes, ni martes, ni miércoles, ni la no llegada del Hijo que ya nunca abrazarás, en otro lugar, quizás. En otra parte. En otro tiempo. En otro hombre sin asa rota.

El pentobarbital es una perla blanca, legal, inocente. Mentirosa.

Las paredes de la habitación palpitan, las contraventanas, la puerta, el suelo. Los latidos se vuelven rítmicos ante la llegada de la oscuridad a tu sótano, donde por primera vez hay una calma luminosa, a pesar de la ausencia de luz. Sientes un breve soplo de viento, sobre todo en tus pies descalzos. Quizás entró por las rendijas de esta casa antigua. Quizás los crujidos que escuchas acercarse como tímidos pasos en la noche se deban a las nuevas corrientes de aire que atraviesan los agujeros sin sellar. Intentas incorporarte en la cama para echar un último vistazo por la ventana, para una brevísima mirada a las nubes y sus formas. ¿De qué color era el cielo? Las piernas no te

responden. Te llevas una mano al cuello, que se detiene a mitad de recorrido, sobre tu pecho, y ahí queda, sintiendo agotarse tus latidos. Crac. Fuera, el sol golpea con violencia, lo sabes de sobra, pero a ti siempre te ha cegado tanta luz. La luz es el dolor. A ella le gustaba el dolor. Encendía todas las luces. Luces blancas y cegadoras. Tú hace tiempo que vives en la oscuridad como única escapatoria al dolor de vivir. Has apurado el contenido del frasco comprado en la *dark web*. Tu muerte indolora ha costado seiscientos euros. En unos minutos, las nubes serán de nuevo nubes, lejanas y frívolas, no ovejitas en la noche, ni mordiscos de algodón de azúcar, ni peldaños sueltos sobre el cielo. Las nubes serán de nuevo nubes, pero ya no encontrarás hierba sobre la que tumbarte para verlas pasar. Tu elección frenará la hierba. Es ahora, cuando las nubes dejan de importar, el momento en el que sonríes. Aunque nadie te vea. ¿Por qué no logras recordar el color del cielo? Apenas un instante de felicidad, porque te sabes río y por fin te abandonas a su caudal caprichoso. En esta crecida has vencido. Ya no habrá más lucha por llegar a la cima, no habrá más quebranto por permitir que la roca vuelva a caer al pie de la montaña. ¡Ay, Sísifo, hombre absurdo! No has ido a comprar café y dejas un libro a medio leer en el que has esbozado una despedida; al Hijo, huérfano; la taza, sin fregar; a la Niña, sin preposiciones. Sonríes porque de pronto recuerdas ese cielo inmenso de la infancia, el que luego mutó al color de los caminos abandonados. Sonríes también porque has ganado tu batalla contra todas ellas, contra todas las perlas que te impusieron: las blancas, las legales, las inocentes y las mentirosas, sobre todo las mentirosas, entregándoles tu abismo.

Elige

He quedado con Valentina para contarle. Me he aferrado al acto físico de levantarme, ducharme, hacerme un café en la cafetera del Hombre, ponerme los vaqueros que vuelven a pertenecerme tras un año de duelo corrupto y colocarme una camiseta de algodón. Al revés. Me pongo la camiseta al revés como cuando de niña me plantaba el vestido al revés queriendo. Incluso un poco de color en los labios. Agarro el bolso y el último libro del Hombre con la misma intensidad con la que hace más de un año llevé sus dispositivos electrónicos a la Unidad Policial de Delitos Tecnológicos. Ahora no llevo la vida digital de un muerto en brazos, sino páginas preñadas de preguntas. Mis preguntas. Sé que hay respuestas que traen sosiego. Otras, en cambio, arrancan más interrogantes, a menudo más dolorosos que los primeros. Pero se puede encontrar la salvación en la mierda. Yo lo he hecho.

El Hijo se levanta y se asea conmigo. Nuestros cuerpos no sienten pudor el uno del otro, porque durante este último año hemos bebido del mismo duelo. Se ha puesto uno de los abrigos del Hombre que incorporamos a nuestro hogar. Lo cogió hace un par de días y no se desprende de él. Lo miro a través del espejo y busco sus ojos. Te quiero tanto, le digo. Mis tres palabras hacen que se encoja en el interior del tres cuartos del Hombre, que se haga pequeñito y que su metro setenta se condense en los cincuenta y cinco centímetros que midió al nacer. Sin embargo, sus ojos son de adulto. Durante el último año hemos aprendido a distraer nuestros pensamientos más espinosos con la futilidad de los gestos cotidianos. Hemos sobrevivido gracias a las duchas, a peinarnos, lavarnos las manos, cortarnos las uñas, abrigarnos. Así hemos ido pasando con el tiempo, así hemos hecho nuestro propio tiempo, escudándonos en los pliegues de la voluntad de seguir viviendo.

El Hijo me sonríe, pero sus ojos no mienten. Su mirada se ha vuelto más oscura. Mete la mano derecha en el abrigo y saca dos píldoras rojas que veo a través del espejo y que abandona sobre el lavabo.

Esto sería de papá, dice, y junto a las píldoras de Nolotil ha dejado un montón de preguntas y recuerdos. Cualquier objeto tiene también su pasado, pienso. La memoria del Hombre está ahora contenida en un blíster deslucido con dos analgésicos caducados. Tiembla.

No es nada, le digo, es solo un calmante, siempre con esta sensación de intentar hacerle menos dolorosa la realidad. Yo lo tomo cuando me da migraña, le explico, pero él tiene ya esa mirada de cuando abre la bolsa cerrada herméticamente y huele su jersey negro de cuello vuelto y una barrera invisible se levanta entre él y el mundo. Ninguno de los dos tira las pastillas caducadas, ni las guarda, ni las esconde. Las pastillas de Nolotil se anclan a nuestro presente y son ahora nuestra bóveda. Nos abrazamos y nuestros cuerpos saben cómo hablarse. Ninguno de los dos nos atreveremos a deshacernos de ellas en los próximos días y continuarán sobre el lavabo hasta que algo ocurra —lo que sea— y las aleje de allí, hasta que la falsa cubierta labrada se quiebre y nos permita de nuevo respirar a cielo abierto. ¿De qué color es el cielo? La realidad.

Me despido del Hijo, me voy, sabiendo que la mujer que dice adiós no va a volver: sé, por fin, por qué quería una muñeca; sé que una muñeca ha dejado de ser suficiente. Una vez en la calle, camino resuelta. Pego el libro de un muerto a mi pecho. Un acto físico que trasciende al simple gesto de abrazar una historia, cuando ambas sabemos —la niña fea que ahora tirita y la adulta que camina— que a quien verdaderamente estoy abrazando es al Hombre, al Hijo, a mamá, a la Niña, a Valentina. A la cicatriz de mi costra que comienza a brotar de nuevo.

No lo hagas, me digo.

No lo hagas, me suplico.

Pero desoigo mis voces y me lanzo a la calle con el pelo rociándome los hombros.

Jadeo. Apenas si me queda aliento cuando llego a la casa

del Hombre. No he vuelto desde aquello. No he vuelto a saber de la Niña tampoco. En el balcón hay plantas florecidas y un molinillo de viento multicolor que gira a merced de la brisa. Las ventanas abiertas. El portón, encajado. Lo empujo con el hombro y subo las escaleras. No quiero tocar nada por última vez. No quiero que sea una despedida, aunque los objetos rezuman su propia marcha. Los escalones están sucios. Los peldaños desgastados por la parte central. Cuántas veces pisaría el Hombre estos mismos huecos. Recuerdo mi promesa mientras saco el epitafio escrito en casa. Lo clavo en la puerta con dos chinchetas:

En esta casa de desamparo murió el Hombre sin zapatos.

Dentro escucho risas y el trajín del día. Bajo deprisa las escaleras y me vuelvo a perder por las calles del centro, camino de la taberna donde he quedado con Valentina. Llego antes de la hora acordada y me pido un café solo. Para aliviar la espera, saco del bolso el último libro del Hombre. No sé qué sentido tiene conservar como reliquias las últimas veces de alguien así, pero aquí estoy, abriendo el libro que el Hombre dejó inacabado en su lectura por la página marcada, el día perfecto, el día perfecto para el pez plátano, aquel cuento de Salinger que tantas veces he leído. Ahora, solo ahora, caigo en que quizás no sea una coincidencia, aunque el hormigueo que me recorre bien podría deberse a esta obsesión que he desarrollado por escudriñar cada gesto, como si lo peor de cualquier tragedia no fuera nuestra posterior reflexión sobre ella, nuestro afán por recrearla en cada pensamiento, construyéndola de nuevo.

Abro el libro. El día perfecto tiene párrafos completos subrayados:

«Entran en un pozo que está lleno de plátanos. Cuando entran, parecen peces como todos los demás. Pero una vez adentro, se portan como cochinos. ¿Sabes?, he oído hablar de peces plátano que han entrado nadando en pozos de plátanos y llegaron a comer setenta y ocho plátanos —empujó al flotador y a su pasajera treinta centímetros más cerca del horizonte—. Claro, después de eso engordan tanto que no pueden volver a salir. No pasan por la puerta».

Imagino qué pretexto podría tener nadie para comer setenta y ocho plátanos a sabiendas de que quedará atrapado para siempre. Parecer un ser normal y convertirse en una criatura hambrienta que no puede dejar de engullir. La metáfora me pone los vellos de punta y la imagen de Sybil evoca de forma inevitable a la Niña.

Las anotaciones del Hombre se acumulan en los márgenes atravesados por flechas que desconozco a dónde llevan. Leo algunas sin seguir ningún orden:

Ya no más.

Comí hasta reventar y no pude salir.

Hoy es el día perfecto.

Todo está bien. Nada existe.

¿Hasta dónde aguanta un hombre roto?

Todo estará bien sin mí.

Cuando llega, Valentina mira las costuras de mi camiseta al revés, pero no dice nada. Se acaricia la camiseta blanca con una gran libélula pintada en el pecho, un zapatero de ojos grandes y dos pares de alas traslúcidas. Se sienta al sol y me observa desde el otro lado del puente que ha tendido para distanciarse del gentío y desde cuyo extremo se abandona a veces al ensimismamiento, y otras, a su curiosidad desmedida. Desde ese otro lado, desde las tonalidades que ofrece la distancia, observa el libro de Salinger. Sé que su intuición sabe. Yo solo quería una muñeca. Mira mi mano azulada sobre el ejemplar, pero al igual que ha hecho con las costuras de mi camiseta, no lo menciona. Sin embargo, decide avanzar unos pasos a través de la pasarela que despliega los días luminosos como el de hoy. ¿Qué tal, amiga?, me pregunta con tono despreocupado, pero yo sé que cuando se toma algo en serio es cuando lo despoja de toda solemnidad.

Digo: No era un gusano. Era un pez plátano. Se perdió en pozos repletos de plátanos y comió hasta reventar. Por fin encontré su carta de despedida.

Palidece. Delante de algún café hemos hablado sobre las notas de suicidio como la forma que tiene el moribundo de sentirse acompañado en el último salto. El suicida no quiere morir solo y su única forma de hacerlo es esa carta de

despedida dirigida a alguien, pero no deja de ser una forma de mostrarse, síntoma de cierto exhibicionismo. Desde que la Niña mencionó la carta, la he buscado sin descanso: en su casa, en sus papeles, en la policía, preguntándome a quién estaría dirigida. He aprendido a navegar por la *dark web* —ese pozo colmado de plátanos— para encontrar la última pieza. Nada. Le tiendo el libro abierto por «Un día perfecto para el pez plátano» para que lea sus notas al margen.

Valentina examina las páginas en silencio. Sin prolegómenos, comparte conmigo tan solo la última anotación, escrita a lápiz, justo después de que Seymour se siente en la cama y se pegue un tiro en la sien derecha.

Dice:

—«Soñé que yo no existía / y me sentí bien así».

—Es de Jolanta Stefko. En San Francisco, todos los suicidas saltan del lado del puente que encara a la ciudad, ninguno lo hace del lado que da al Pacífico.

—Ya.

—¿Cuánto vale una vida, Valentina?

—Ya te lo dije. Una mujer es más mujer por las cosas que calla que por las que dice. Por eso. Por eso no te conté lo de tu padre ni por qué te dejaban ir a nuestro colegio.

Estoy a punto de decirle que hay mujeres a las que les ocurren cosas como estas solo para que puedan contarlas. Todas ellas son perras, perras de pelo rizado que han demostrado que es posible sobrevivir al ser puestas en órbita y soportar la microgravedad. Leonas sacrificadas. El sol me deslumbra. La camiseta de Valentina araña el recuerdo del zapatero amarrado a su ventana, el hilo apenas visible atado a su cola, la brisa hecha de aleteos, de Valentina queriendo libertad, esa libertad que pasa por conocer la verdad, esa verdad que no quiere conocer.

El sol me deslumbra, pero no parpadeo. No quiero cerrar los ojos, aunque se acartonen. En la esquina, una pareja se come la boca. Los dos tienen hambre y los dos la sacian. Y de pronto, la Niña. Junto a ellos, la Niña. Me mira a lo lejos. Me mira con su media melena, le han cortado el pelo, le han arrancado cualquier exceso, pero ella sabe que siempre será una niña de

larga melena y mechones oscurecidos, al igual que yo siempre seré una niña fea. Me mira a lo lejos y no reacciona. Quiero decirle, quiero gritarle: Suéltalo. Por favor. Cuéntalo. Pero mis labios apenas modelan un *hola* en la distancia, un disparo de dos sílabas que le acierta en la cara y en el pecho y en el sexo. Dos sílabas que provocan en ella un parpadeo continuo, un cerrar los ojos para que el mundo cambie, para que todo mute alrededor antes de alejarse calle abajo.

Niña, por favor, cuéntalo.

Pienso muchas veces en cómo hubiera sido la vida del Hombre si no nos hubiésemos divorciado. Si yo no hubiera dejado de quererlo. Si él no hubiera dejado de quererse. Si no me hubiera empeñado en tener al Hijo. Pienso en la batalla propia librada por el Hombre, como pienso en la de Seymour, el protagonista del cuento. Supongo que todo obedece a un deseo de ocupación, el de los pueblos o el de la inocencia, qué mas da, si el mal está también ahí, en la obsesión de ocupación de los menos fuertes, esas razones que los acerca a la inocencia de la infancia y ante la que solo cabe un tiro en la sien. Reconozco que son pensamientos que no llevan a nada. 2570 veces giró el Sputnik 2 alrededor del planeta, durante 163 días, con Laika ya muerta. 2570 veces. Y al final para qué.

Valentina me devuelve el libro abierto intentando enderezar, con una caricia, las esquinas dobladas. Quiero decirle que no es posible, que por más que planchemos con los dedos las esquinas plegadas, siempre habrá una señal inequívoca de lo que ocurrió. Qué haces, rara de mierda, no puedes hacer eso, por qué le haces eso, si tanto querías la verdad, si tanto la deseabas. Mi café ya está frío. Nos decimos adiós, porque ambas sabemos que no tenemos nada más que decirnos y la veo desaparecer calle abajo, con su camiseta marchita por tanto secreto. Niña, por favor, cuéntalo.

Me quedo en la taberna y cuando el camarero se acerca a retirarme el café, le pido un botellín, dispuesta a pasar la tarde enfrascada en desgranar su última lectura y con la intuición de enfrentarme a un episodio culminante, no ya de su vida, sino de la mía.

Cuánta razón tenías: contar es vivir dos veces, me dijiste una noche de tormenta en la que comenzamos a ser nostalgia de lo que fuimos. ¿Qué fuimos entonces, tú y yo? También me decías: Escoge. Ser semejante o la rara. Habitar la tierra o perderte en el espacio sideral. Elige. Ser la niña de pelo rizado. La perra de pelo rizado. La leona. Escoge, Kudryavka, mi pequeña. Teñir chicles con las puntas de los Alpino o cerrar la palma de la mano estrujando un duro dentro. Elige. Limpiar retretes o visitar a don Pedro. Callar y seguir viviendo. O denunciar y esconderte. Escoge. Ser lo que hiciste o ser aquello que dejaste de hacer. Elige. Que la costra que te protege sea una amalgama de todos tus síes o de todos tus noes. Escoge, vamos, no seas niña. Ser la infiel o la cornuda. La cría mancillada o la que permite con su silencio que continúen violando a otras chiquillas. Elige, venga, elige. Arrancarte las uñas o la vida.

Y de todo lo ocurrido, me elijo a mí, libremente. A la necesidad de contarme y seguir un impulso. A destapar al monstruo que todos arropamos cuando llega la noche, a acunar el engendro en el que podríamos habernos convertido. Elijo escribir y dejar de llorar, porque solo dejando de llorar se puede escribir, no es posible escribir llorando, porque se llora con todo el cuerpo, igual que se escribe con todo el cuerpo. Elijo sentir la propia vida y su libertad. ¿Acaso no es eso vivir lo más posible? ¿Sería más feliz si no hubiera decidido emprender este viaje? ¿Si no me hubiera empeñado en buscar la palabra exacta capaz de contener el horror en el hombre que una vez amamos? ¿Por qué M. tiene los ojos azules y yo negros? ¿Por qué soy ventana, soy grito, soy bici, soy vaso quebrado, soy verbo? ¿Por qué dibujamos gusanos en lugar de mariquitas? No hay respuestas. Mentiría si no admitiera que me acuerdo de ti cada día, cada noche, desde tu marcha. Mentiría si no admitiera que tu caudal es mayor de lo que jamás lo fue en vida, así como la extensión de orilla que destapas con la resaca. No hay explicación, no tengo respuestas, porque no hay verdad sino verdades, las mías, como que eras río y que te dije «Ojalá te mueras» a pesar de llevar muerto tanto tiempo, como que los ojos de la Niña se

convirtieron en dos manchas de aceite sobre el asfalto que todos frecuentamos para desplazarnos los fines de semana a las segundas residencias, como que no hay un antes, porque el antes se desmiga al pretender trocearlo, como que los vivos somos una cordillera de primeras veces y los muertos sois —eres—, para los vivos, una constante cacería de últimas veces compartidas.

En ocasiones, le digo al Hombre cuánto lo quise y a la Niña que lo siento. Deshago el camino de vuelta a casa y el recorrido es angosto, la tarde, fría, las preguntas, demasiadas, las respuestas escasas, yo, una mujer hecha de sus propios pedazos, el periplo, 2570 vueltas, la meta, tirar las dos pastillas de Nolotil cuando llegue a casa, y comprender que tras todo lo ocurrido y lo olvidado, del recorrido, de la tarde, de las preguntas y sus respuestas, elijo estar aquí, elijo la vida. Y como si fuera una letanía, pese a todo, elijo contarla.

Agradecimientos

Vomité esta novela en ocho o nueve meses muy difíciles. Durante ese tiempo aprendí, sobre todo, acerca de la fragilidad de nuestras vidas.

Kudryavka no hubiera existido sin aquellos miércoles en el Cicus alumbrados por Juan Bonilla donde creció —lánguida, febril— como un embarazo deseado a la vez que temido y que, como cualquier gestación, tuvo sus momentos de euforia, de temor, de extrañeza. A Juan le agradezco el acompañar el temblor de mi barbilla con humanidad y oficio. Sus conversaciones sobre la literatura y la vida, sobre la muerte. Gracias también a Blanca, Joaquín, Clara, Lourdes, Alicia, Salvador, Manuela, Ignacio, Anne, José M.ª, Jesús, por vuestra compañía a través de aquel patio de suelo ajedrezado del antiguo convento sevillano.

En momentos de flaqueza y dudas continuas, he contado con la ayuda inestimable de personas de gran talento y generosidad que me obsequiaron con tardes de café y cervezas por la Alameda, que leyeron estas páginas y me regalaron su conocimiento por el primigenio placer de compartir. Gracias a Carlos Frontera, Sara Mesa, Salva Robles, Javier Gonzalo y Silvia Diezma.

También a los que respondieron mis incisivas preguntas: psicólogas, una jueza amiga, agentes de delitos tecnológicos, una psiquiatra, abogados y *Opus Libros* (www.opuslibros.org), una web que sirve de punto de encuentro para las personas afectadas por la organización y a la que le debo, entre otras, la lista de captación de la página 31.

A los que, sin elegirlo, me acompañasteis en todo el proceso desde bien antes de comenzar, gracias infinitas: M.ª Paz Romero (mi amiga del alma, mi hermana, porque pocas personas como tú conocen mis entresijos), M.ª del Mar Rodríguez, Fernando Mérida, Muri, Pilar, tantos otros. Y por

supuesto a mi familia, esos tres pilares que me enraízan a la vida -inhóspita a veces, bella a veces- por soportar mis arrebatos y sacrificar muchos de los fines de semana de esta gestación a ciegas que apoyasteis por amor.

Pero, desgraciadamente, *Kudryavka* le debe todo a esas infancias rotas. Por ellas, para ellas y para no olvidarlas nunca, escribí esta novela. Y aunque bien sé que no es posible recuperar lo perdido —y hablo de tantas y tantas niñas— quizás estas páginas contribuyan a desenterrar el saber silenciado, ese mutismo pautado al que sometemos nuestra barbarie.

A todos, gracias.

Índice

Hijo
Ojalá te mueras
Él era río
Pequeña de pelo rizado
Por fin ha descansado
Secretos
Lista de 27 pasos para que pida la admisión una chica al mes
Cuéntame algo que hayas aprendido hoy
El Hombre estaba muerto mucho antes de morirse
Prohibido prohibir
Informe de conciencia sobre un supernumerario
Dos manchas de aceite sobre el asfalto
Al Hijo no le alcanzarán las llamas del infierno
Loca de mierda
Abolición
La fruta más fea
El árbol fantasma
¿Le dolió?
Ni uno solo
Para, bicho, para
Casi doce
Diligencias previas Nº 2570
El Gran Profeta es solo un vacío
La lista del Hombre
El pulgón del guisante estalla cuando se acerca la mariquita
Piedra de Rosetta
Tenir au frais
Lista de precios
No estoy en ningún lugar

Gusanos
Cualquier destino consta en realidad de un instante
Bebo
Lista de pensamientos para el diagnóstico
M. tiene los ojos azules y yo negros
Los 100 libros más vendidos en Amazon en 2010
Dime, Casandra: ¿estás segura?
La dama
Screening para detectar abusos en un/a menor
Suelo de gres
Cómo matar a una niña
La lista de la Niña
Arenas movedizas
Blancas, legales, inocentes
Elige
Agradecimientos

Créditos

El Premio Unicaja de Novela Fernando Quiñones está convocado por la Fundación Unicaja.

Un jurado formado por Pilar Adón, Lola Larumbe, Juana Salabert y Valeria Ciompi otorgó a *Kudryavka (Perra de pelo rizado)* el XXIII Premio Unicaja de Novela Fernando Quiñones.

Edición en formato digital: 2023

© Xenia García, 2023
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-1148-230-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Contents

1. Cubierta
2. Hijo
3. Ojalá te mueras
4. Él era río
5. Pequeña de pelo rizado
6. Por fin ha descansado
7. Secretos
8. Lista de 27 pasos para que pida la admisión una chica al mes
9. Cuéntame algo que hayas aprendido hoy
10. El Hombre estaba muerto mucho antes de morirse
11. Prohibido prohibir
12. Informe de conciencia sobre un supernumerario
13. Dos manchas de aceite sobre el asfalto
14. Al Hijo no le alcanzarán las llamas del infierno
15. Loca de mierda
16. Abolición
17. La fruta más fea
18. El árbol fantasma
19. ¿Le dolió?
20. Ni uno solo
21. Para, bicho, para
22. Casi doce
23. Diligencias previas Nº 2570
24. El Gran Profeta es solo un vacío
25. La lista del Hombre
26. El pulgón del guisante estalla cuando se acerca la mariquita
27. Piedra de Rosetta
28. Tenir au frais
29. Lista de precios
30. No estoy en ningún lugar
31. Gusanos
32. Cualquier destino consta en realidad de un instante
33. Bebo
34. Lista de pensamientos para el diagnóstico
35. M. tiene los ojos azules y yo negros

36. Los 100 libros más vendidos en Amazon en 2010
37. Dime, Casandra: ¿estás segura?
38. La dama
39. Screening para detectar abusos en un/a menor
40. Suelo de gres
41. Cómo matar a una niña
42. La lista de la Niña
43. Arenas movedizas
44. Blancas, legales, inocentes
45. Elige
46. Agradecimientos
47. Créditos

Hitos

1. Cubierta
2. Índice
3. Créditos
4. Portada